WARHAMMER 40,000

Celestine

LA SANTA VIVIENTE

—ANDY CLARK—

Para Liz, brindemos por las largas conversaciones en las cervecerías al aire libre por la noche, y por ti que sigues proponiendo todas mis mejores ideas.



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: la Guardia Imperial y las numerosas fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan solo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre

billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no

podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro solo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan solo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Más allá

Fue consciente, de forma súbita y violenta.

Sus ojos se abrieron de golpe y una luz infernal entró a raudales. Respiró hondo por su garganta enrojecida, luego tosió con fuerza, se dobló hacia arriba, acurrucada de costado en posición fetal. Parpadeó velozmente y la oscuridad amenazó con tragarla otra vez. Su mente se resistió, se defendió, logró sobreponerse. Otra dolorosa serie de toses la sacudieron y luego remitieron. Respiró lenta y temblorosamente, parpadeando a gran velocidad mientras sus ojos se acostumbraban al resplandor.

Su entorno se reveló; sus sentidos se aclararon, la vista, el oído, el olfato y el tacto volvían con lentitud. Se percató de que estaba acostada sobre algo duro y repleto de bultos, una superficie irregular y cambiante por debajo suyo con cada movimiento que daba. Ante su mirada adormecida, se asemejaba a un montículo de piedras pálidas y escombros irregulares, pero no importaba cuánto parpadeara y frunciera el ceño, no podía concentrarse del todo.

Pudo oír un gemido bajo. Se percató que era el viento. Hacía calor, pero no de forma agradable. Su toque era como el primer brote de sudor febril que advertía de la enfermedad próxima. Cargaba un fuerte sabor. Le tomó largos momentos ubicar el hedor. Azufre, y algo peor, algún hedor subyacente de corrupción que desencadenaba una repugnancia primaria en su interior. Se sentó a duras penas y redobló sus esfuerzos para ver con claridad.

Lo que comenzó como una neblina ardiente se tornó en un cielo, aunque no podría haber imaginado una visión más imponente y siniestra. Nubes de color sangre se agitaban a través de un vacío magullado de púrpuras y grises podridos. Vórtices de vapores negros se arremolinaban a través de la vista, desgarrando las sangrientas nubes y dejando tras de sí tormentas chisporroteantes de espeluznantes relámpagos verdes. Bajó la mirada y se fijó en el horizonte distante con su irregular línea de montañas a medio ver. Las llanuras envueltas en humo se alejaban de sus pies.

Se movió otra vez, luchando contra los sentimientos de desconcierto. Su corazón latía con fuerza cuando se dio cuenta de que no tenía idea de dónde estaba, o peor aún, ni siquiera sabía *quién* era. Las preguntas casi escaparon de sus labios en voz alta, antes de percatarse de que no había nadie allí que

pudiera responderlas. Algo crujió bajo su palma, duro y astillado. Miró hacia abajo con creciente horror.

No eran piedras.

Sino huesos.

Volvió a pasar la mano por la frente rota y quebradiza de un antiguo cráneo. Los huesos crujieron por debajo mientras se movía, y esta vez dejó escapar un gemido involuntario. Se arrastró hacia atrás sobre manos y talones, como si quisiera escapar del montículo de carroña. La materia ósea se agrietó bajo su peso. Los fragmentos atravesaron la camisa gris que vestía y le arañaron las piernas y los brazos desnudos. El macabro repiqueteo de hueso contra hueso creció, cráneos, fémures y huesos de los dedos rechinando a cada movimiento que daba.

Sintió algo frío y duro bajo sus palmas. Se arrastró hacia atrás con un grito ahogado de gratitud, hasta que se sentó en una losa metálica pintada de negro de varios pies de ancho. Se dio cuenta de que era parte de algo más grande, enterrada en capas de hueso, oxidada y tachonada con remaches y viejos agujeros de bala. Vagamente, percibió los restos descoloridos de una insignia que aún colgaban del metal, pero ya no podía centrarle su atención. Las laderas de hueso se extendían por todos lados, derramándose hacia abajo, con pinceladas de restos metálicos sobresalientes, jirones de tela de colores y otros restos de aspecto más orgánico que no le importó identificar. No podía apartar los ojos.

—No es un montículo… —dijo, su voz apenas un graznido seco—. Esto es una montaña.

Las preguntas se perseguían unas a otras en su mente. Las encerró en jaulas forjadas con su voluntad de hierro, para languidecer allí hasta que pudiera discernirlas racionalmente. El pánico se extendió como escarcha en sus entrañas, subió a través de su pecho. Encontró el fuego de su determinación y se derritió tan rápido como apareció. Respiró hondo y lentamente y cerró los ojos, centrándose.

—Emperador, protégeme e ilumina mi camino —dijo, y las palabras acudieron espontáneamente a sus labios. Se sentían próximas, naturales, tranquilizadoras. No podía decir con seguridad quién era el Emperador,

pero obtenía fuerzas de Su nombre. Sintiéndose más tranquila, abrió los ojos e hizo un inventario mental.

No podía ver signos de movimiento más allá del ocasional flameo de tela sacudida por el viento. Cualquiera que fuera el macabro pico de carroña en el que se encontraba, dondequiera que estuviera este páramo, estaba sola. Se percató de que había cerrado los puños para defenderse.

—Una luchadora, entonces, tal vez —murmuró, encontrando consuelo en el sonido de su propia voz. Era profunda y fuerte, una voz hecha para declaraciones firmes, oraciones severas y juramentos vinculantes. ¿Pero oraciones a quién? ¿Juramentos de qué? Al no ver ningún peligro inmediato, resolvió comenzar respondiendo tantas preguntas como pudiera sobre sí misma.

Abrió sus jaulas mentales una a la vez e interrogó los pensamientos dentro.

Hizo un inventario personal. Su camisola gris no tenía adornos, su áspero material pegado a su piel. El cuerpo que vestía era poderoso; podía sentir la elegante fuerza en cada uno de sus movimientos, y ver los músculos nervudos y tensos moverse debajo de la piel de sus brazos y piernas.

Su cabello le llegaba a los hombros, y pudo apreciar al sostenerlo frente a sus ojos que era oscuro como un cuervo. Más allá de eso, sin una superficie reflectante, poco más podía decir sobre su edad o apariencia. Lo que había reunido hasta ahora tendría que ser suficiente.

Dejó que las puntas de sus dedos exploraran sus rasgos faciales, moviéndose desde su barbilla hasta su garganta. Jadeó y apartó las manos cuando sintió un anillo irregular de tejido cicatricial allí, que indicaba una catastrófica herida. Sintiendo náuseas, pero necesitando saber, se palpó con cautela alrededor de la circunferencia de su cuello. Efectivamente, la cicatriz corría por todos lados, y por un momento sintió el eco de algo dentro de su mente.

Gritos.

Llamas reflejadas en aguas agitadas.

Algo imponente y monstruoso.

Una luz.

La extraña sensación se esfumó tan repentinamente como apareció, la luz de la luna se vislumbró a través de una nube hecha jirones. Frunció el

ceño, desconcertada al darse cuenta de que la cicatriz también había desaparecido. Palpó la carne de su cuello con creciente agitación mientras trataba de encontrar la horrible marca.

—¿Cómo es eso posible? —le preguntó a la cima de la montaña vacía—. ¿*Cómo* es esto posible?

No tenía posesiones, eso estaba claro. Sin armas o armaduras con las que protegerse, ni comida, bebida, cualquier otra prenda de vestir o equipo. Nada que sugiriera quién era, o que la ayudara a sobrevivir.

—Y no tengo idea de cómo llegué aquí —dijo—. Pero me tengo a mí misma. Es suficiente.

Sabía que no podía simplemente permanecer sentada sobre una montaña de huesos para siempre. No se sabía qué tipo de tormentas feroces podría arrojar el cielo amenazante, y no sentía ningún deseo de ser arrancada de este pico por un vendaval aullador o verse atrapada en medio de feroces relámpagos. Aunque no sentía ni hambre ni sed, dudaba que ese fuera el caso para siempre. Morir de hambre y agregar sus huesos a la montaña era aún menos atractivo.

Sin embargo, lo que la hizo levantarse fue el deseo de respuestas. ¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo en un lugar tan espantoso? ¿Cómo había llegado a estar aquí? ¿Quién era el Emperador? Necesitaba saber, y no encontraría información en este lugar.

Estaba de pie en la cima de la montaña, con el vestido y el cabello ondeando en los cálidos vientos. Contempló las empinadas laderas. Desaparecían siempre hacia abajo por todos lados en una espesa niebla carmesí.

—Nada que sugiera una ruta —dijo—. No hay indicios de adónde debo ir. —Extrañamente, la idea no la aterrorizó. Instintiva como la respiración, cerró los ojos y ofreció una oración sin palabras al Emperador para que la guiara. Para su sorpresa, sintió un ligero calor en la mejilla, como si la llama de una vela se le hubiera acercado durante un brevísimo momento. La sensación estuvo allí y desapareció, pero fue suficiente, su toque de alguna manera puro, distinto de la caricia pegajosa de los vientos.

—Entonces, ¿eres un dios? ¿Mi protector, tal vez? —Sus preguntas murieron sin respuesta. Cualquiera que fuera la verdad, sabía que no sería tan fácil como simplemente exigir respuestas.

Abrió los ojos y se volvió en la dirección de donde había sentido el calor. Armándose de valor, caminó cuidadosamente, descalza, sobre la irregular alfombra de huesos. Empezó a descender con lentitud y deslizándose por la ladera de la montaña.

La marcha fue traicionera. Un dolor se acumuló en sus músculos hasta que se convirtió en un fuego sordo, y su pecho se contrajo por reflejo cada vez que contemplaba el pesadillesco descenso de la pendiente. En algunos lugares había poco más que un acantilado compactado, y se vio obligada a pasar largos minutos trepando como un cangrejo por las laderas en busca de un descenso más indulgente. Las astillas la desgarraron. Herrumbrados dientes de metal le rasparon las espinillas. Cuando se vio obligada a bajar las manos a toda prisa, le rajaron y perforaron los antebrazos y las palmas de las manos hasta que dejó un rastro de gotas de sangre de color rojo brillante detrás suyo marcando su camino.

Los huesos se movían bajo los pies con cada movimiento, pequeñas avalanchas de materia macabra se alejaban ruidosamente por la empinada pendiente para desvanecerse en la niebla debajo. Tenía que tener cuidado constantemente para no torcerse un tobillo o resbalar y caer; si trastabillaba, podría caer a una muerte agonizante sobre los fragmentos de hueso que sobresalían debajo.

A los pocos minutos de comenzar su descenso, sintió que su corazón latía con fuerza y sus nervios cantaban por el constante esfuerzo y el peligro. Brevemente, mientras se aferraba con tenues asideros a una caja torácica que sobresalía y buscaba un punto de apoyo para los pies en el arco destrozado de algún santuario antiguo, pensó en volver atrás. ¿Quizás podría intentar otro ángulo de descenso? Una mirada hacia arriba no mostró una ruta obvia de regreso, y se percató de que, ahora que había comenzado esta peligrosa escalada, su única opción era seguir adelante.

Se dio cuenta rápidamente de que la montaña no solo estaba hecha de los huesos de los muertos, sino más específicamente de los que habían caído en la batalla. Era evidente no solo por la forma en que sus extremidades y cráneos habían sido aplastados, cortados y volados, sino también por las

crecientes cantidades de armamento oxidado, armaduras e incluso cascos de vehículos que salpicaban la ladera de la montaña.

Aquí, se abrió camino con cuidado a través de una maraña de espadas cuyas hojas se habían hecho añicos y convertido en óxido. Cuando estuvo allí, se vio obligada a atravesar la sobresaliente proa de una especie de aeronave de combate, con el morro colgando hacia abajo y el cristal de la cabina lleno de agujeros de bala. Estandartes y banderines ondeaban al viento, con innumerables insignias que despertaban sentimientos en su interior que no podía identificar. Una puerta de rastrillo flanqueada por águilas y relámpagos aquí, una gota de sangre oscura bordeada por alas extendidas allá. Algunas parecían tan familiares que casi podía saborear sus nombres con la punta de la lengua, pero cada intento de ubicarlas la frustraba.

Llevaba una hora descendiendo cuando una maraña de huesos que sujetaba se partió y cedió. Cayó, su estómago se tambaleó por la ingravidez momentánea antes de golpear la pendiente con los pies por delante y caer torpemente hacia un lado. Los huesos se deslizaron en cascada a su alrededor, resonando en una tormenta hueca de restos. Y ella cayó con ellos. Rodó y patinó.

Con el pecho apretado, gruñó con esfuerzo mientras intentaba y fallaba en detener su caída. Algo le hirió el brazo. Algo más crujió bajo su cadera. Una llamarada de dolor le subió por la pierna y gritó. Intentó agarrarse a medida que aumentaba la velocidad, sabiendo con enfermiza certeza que en cualquier momento sentiría que la pendiente se desvanecía debajo suyo mientras navegaba hacia el vacío.

Sus dedos finalmente encontraron asidero, un sólido trozo de metal que soportó su peso y detuvo su caída con una sacudida. Su hombro gritó en protesta, pero resistió, con el corazón latiendo rápidamente en su pecho. Se las arregló para aferrarse a un fémur con la otra mano. Apoyó los pies en una losa de piedra que sobresalía y exhaló lentamente. Los fragmentos de hueso continuaron deslizándose y rodando a su lado, pero la avalancha apaciguó y luego se detuvo por completo. Se percató de que se había detenido a pocos metros de un precipicio.

—Gracias, Emperador —susurró.

Cuando su pulso se ralentizó, miró para ver qué objeto milagroso le había salvado la vida. Abrió mucho los ojos al darse cuenta de que se

trataba de un peto, moldeado, lacado en negro y bordeado con una fina filigrana dorada. Obligada por un sentimiento que no podía nombrar, clavó los dedos de una mano alrededor del segmento de la armadura para soltarlo, mientras se aferraba con fuerza a un mástil oxidado con la otra. Más huesos se esparcieron. Por un momento, el vértigo se apoderó de ella mientras se tambaleaba en su agarre, pero al final tiró del peto para liberarlo y lo sostuvo justo enfrente.

—No solo un peto... —Era, de hecho, una armadura de torso tanto por delante como por detrás, con los arneses medio abrochados, las placas abolladas y bordeadas de cardenillo. Claramente estaba destinada a ser alimentada de alguna manera, ya que su interior se jactaba de una telaraña de finos circuitos, y vio enchufes servoaccionadores listos para aceptar componentes de conexión. Una rasgadura la cubría por delante y por detrás. Dejó escapar un grito ahogado cuando otro eco sensorial la golpeó. Esta vez fue más fuerte, el sonido de una hoja raspando a través del metal, la carne y el hueso, acompañado por el hedor acre del humo y la carne quemada. Apretó los dientes cuando un dolor desgarrador estalló en su pecho, allí y desapareció en un instante.

Y entonces lo supo. Este peto había sido suyo. *Era* suyo. Cómo podía serlo, no tenía la menor idea, pero lo supo con tanta certeza como si respirara. Mientras giraba la armadura en sus manos, vio una placa con volutas colocada a lo largo de su gorguera. Pasó los dedos por encima, quitando el polvo de una pátina de mugre antigua.

—Celestine —leyó. El nombre le era poderosamente familiar—. ¿Esa soy yo? ¿Soy Celestine? —La idea le pareció correcta y resolvió que, hasta que se probara lo contrario, reclamaría ese nombre para sí misma. De alguna manera esto hizo que se centrara, que se sintiera menos un espectro de este páramo y más un ser que se aventuraba a través de él.

Consideró tirar la armadura a un lado, porque estaba maltratada y desgastada hasta el punto de ser inservible. Sin embargo, era la primera cosa familiar que había visto en todo este reino abandonado. No podía soportar separarse de ella. Bajó la mirada a su camisola, rota y desgarrada donde se había enganchado al hueso y al metal durante su caída. Había tenido suerte de no sufrir algo peor.

La armadura al menos le proporcionaría cierta protección contra otra caída, y aunque no tenía un paquete de energía para sus sistemas, no parecía

tan pesada como para sobrecargarla demasiado. Torpemente, consciente del abismo debajo suyo, Celestine maniobró la armadura en su lugar. Deslizó los brazos por los agujeros y luego selló los cierres con una facilidad instintiva y experimentada.

—Oh, divinos espíritus de las máquinas, *demideus Omnissiah espiritum*, les suplico que protejan mi frágil carne del daño.

Cuando el último cierre hizo clic en su lugar, parpadeó desconcertada. No solo la oración de bendición había brotado de sus labios por algún instinto, sino que la rasgadura en su coraza se había desvanecido. Las abolladuras y la suciedad se esfumaron como si nunca hubieran existido. La armadura que se había puesto había sido una reliquia maltratada, pero esta era completamente nueva, su laca brillaba a la luz sangrienta, sus volutas relucían. A Celestine le tomó un momento ubicar el repentino zumbido que invadió sus pensamientos. Se dio cuenta de que una fuente de energía interna se había activado dentro de su placa trasera.

—Emperador, sea cual sea el milagro que este sea, te lo agradezco —dijo Celestine. La restauración de la armadura era inexplicable, pero también lo era todo lo demás sobre su situación. Optó por creer que este desarrollo, al menos, estaba a su favor.

Con el ánimo a flote, siguió adelante. El descenso seguía siendo un desafío, pero con el torso y la espalda protegidos contra cualquier daño, era al menos un poco menos doloroso.

Algún tiempo después, un destello de luz entre el metal llamó su atención. Tirados entre los restos desplomados de una lancha de desembarco ennegrecida había un gran montón de esqueletos, muchos aplastados y mutilados, algunos deformados antinaturalmente, los cuales tuvo cuidado de no tocar. Allí, en medio de los montículos de restos, yacía la parte inferior del cuerpo blindado de un guerrero. Botas, grebas, armaduras abdominales y para las piernas: todo estaba allí, oxidado en una sola masa. Celestine sintió una intensa incomodidad al ver que el cuerpo desaparecía en la cintura, el trozo irregular de una columna sobresalía para desaparecer bajo una pesada losa de metal. Una vez más, de alguna manera supo que era suyo.

Tentativamente, extendió la mano y tocó una pierna de la armadura. La sacudió la intensidad del eco que la inundó.

Voces que gritan, oraciones frenéticas, el sonido de motores trabajando y voces terribles que cacarean y balbucean. El crepitar del fuego. El choque de armas en un espacio confinado. Balas y rayos volando en todas direcciones. El aullido del aire que se escapa y un momento de férrea determinación cuando sintió que se abalanzaba sobre la runa que bajaría el obturador y sellaría toda esta sección del navío de descenso del resto de la nave. No se podía permitir que la brecha de disformidad infectara al resto de la nave, no tan cerca de su destino. Golpeó la runa y la puerta blindada de diecisiete toneladas cayó sobre ella como la espada de un verdugo.

Celestine volvió en sí sobresaltada. ¿Había muerto?, se preguntó. Y si era así, ¿cómo estaba viva ahora? ¿Cómo era posible tal cosa? ¿Estaba recordando la vida de otros, tal vez? ¿O todo esto era solo un extraño truco, parte de una artimaña mayor y más cruel que la había traído a este lugar y enviado a un purgatorio viviente?

Dejando las preguntas a un lado, Celestine se apoyó en un inclinado saliente y arrastró minuciosamente la armadura hasta su posición, vaciándola de su macabro contenido antes de deslizarse y retorcerse en ella. Siseó de dolor cuando los bordes interiores oxidados le cortaron la carne. Se vio obligada a contorsionarse dolorosamente para obligar a sus piernas a bajar hasta el fondo de la armadura. Sin embargo, en el momento en que lo hizo, ocurrió la misma extraña restauración. Las runas del sistema se volvieron verdes al cerrar los cierres, el óxido se desprendió y permitió que las articulaciones se movieran con suavidad. Las negras placas de la armadura brillaron. Celestine se levantó, ahora con una armadura desde los pies hasta el cuello, y sintió la fuerza zumbando a través del traje que vestía. La calidez del Emperador la había puesto en este camino, pensó. Que hubiera encontrado estos artefactos de su propia armadura de batalla personal entre los restos de los innumerables muertos... no era un accidente.

La idea le dio esperanza.

Encontró sus hombreras sobre una figura esquelética arrodillada como si suplicara en medio de un bosque de cráneos empalados en sobresalientes bayonetas. De alguna manera, nuevamente, supo que este cuerpo también

era suyo. El cadáver arrodillado estaba vigilado por la estatua destrozada de algún santo antiguo. Los segmentos de su brazo y los guanteletes los localizó pieza por pieza, esparcidos por una larga pendiente de pedregal óseo debajo de los restos tambaleantes de un tanque superpesado, cada uno con sus propios brazos y manos esqueléticos retorcidos encerrados en su interior. ¿Cómo era posible que los segmentos de su armadura estuvieran tan esparcidos, se preguntó, y aparentemente pertenecieran a tantos cadáveres diferentes?

—¿He muerto más de una vez? —susurró, rehuyendo la pregunta cuando escuchó lo angustiada que sonaba su voz.

En el momento en que encontró lo último de su armadura y colocó sus componentes en su lugar, estaba muy abajo en medio de las nieblas carmesí flotantes, saboreando su sabor a cobre en la boca. Esperaba tener un yelmo para aislarse de la inmundicia del aire, pero no recordaba haber usado nunca tal cosa y no había ninguno procedente de la ladera de la montaña.

Con cada componente de la armadura que Celestine localizaba, llegaba otro destello de memoria sensorial, cada uno más fuerte que el anterior. Inmolada en una bola abrasadora de plasma. Derribada por un hacha tan grande como un tanque de batalla. Acribillada con rayos explosivos hasta que su cuerpo fue partido y su sangre empapó el aire.

Cada eco de muerte era horrible y doloroso, pero cada uno traía consigo un mayor sentido del deber y determinación, y el conocimiento inexplicable de que cada vida que había entregado, lo había hecho por una causa justa. Junto con el horror y el dolor de cada fallecimiento, Celestine también vio los rostros esperanzados que la rodeaban, escuchó las oraciones al Emperador y supo que con su propio martirio había asegurado la victoria o la salvación para muchos otros. Fue emocionalmente agotador. Con cada segmento nuevo que encontraba, crecía la tentación de simplemente dejarlo de lado en lugar de cargar con el peso de los sangrientos recuerdos que la acompañaban. Rechazó esa noción cada vez. Estaba segura de saber que cada eco pasaría y la dejaría fortalecida y mejor equipada para encontrar las respuestas que buscaba.

Por fin, completamente armada, Celestine bajó a grandes zancadas las laderas menos profundas de las estribaciones de la montaña. Todavía crujía sobre campos de cráneos y costillas, fémures y espinas, hojas oxidadas y pistolas rotas y banderas hechas jirones. Sin embargo, su armadura ahora la

protegía de los fragmentos punzantes. Con sus servoaccionadores ayudándole a mantener el equilibrio y dándole fuerza a su paso, Celestine alcanzó un buen ritmo. Se encontró abriéndose paso entre tambaleantes pilas de restos que se elevaban como túmulos y montones de carroña. Muchos sostenían postes de latón sobre los cuales vio asquerosos íconos que le causaron intensos sentimientos de ira y repugnancia. Vio una estrella de ocho puntas y, mientras se preguntaba por el odio que esta tosca forma despertaba en su interior, una palabra subió espontáneamente a sus labios. La escupió como veneno.

—Caos.

Los recuerdos fueron fugaces, pues su mente quería alejarse de ellos. En su lugar, trepó a un montículo irregular y agarró el asqueroso ícono que estaba encima con ambas manos. Arrancó el poste de hierro con un gruñido y lo tiró al suelo. Entonces las monstruosas imágenes llegaron en una ventisca que la hizo tambalearse, deslizándose por la pendiente del túmulo para caer de rodillas en su base.

Fauces bostezantes llenas de colmillos; herejes acorazados con ardientes ojos rojos; turbas de tontos que gritaban, engañados y esclavizados por entidades malévolas que no podían comprender. Terrores inminentes hechos de humo y llamas, hechicería y maldad. Estos eran los archienemigos de su Emperador, y por lo tanto también los suyos.

Celestine sabía que era verdad.

Cuando pasó el aluvión de imágenes y volvió en sí, algo se movió entre la niebla. Una sombra se arrastraba por el flanco de un risco cercano, una vaga sugerencia de largas extremidades y afiladas garras. Ojos rojos brillaban en la penumbra, y una ola de odio golpeó a Celestine como el calor de un horno.

—Engendro de disformidad —gruñó, enfrentándose a su furia con la suya.

Celestine apretó sus guanteletes blindados en puños, los servos gimieron y las células de energía zumbaron mientras sumaban su fuerza a la suya. Volvió la cabeza cuando oyó derramarse polvo de huesos, que una segunda figura sombría había soltado de otro montón de osarios. Se percató de que había más, escabulléndose entre los montículos y acercándose como bestias carroñeras alrededor de un cadáver. Sus ojos brillaban como brasas en la

penumbra, su única parte claramente visible. Sus voces la alcanzaron, gemidos bajos de hambre y odio absolutamente inhumanos.

Celestine podía luchar, estaba segura de eso, pero no podía derrotar a tantos de estos demonios desconocidos a la vez. Sintiendo que el más audaz de ellos estaba a punto de saltar, hizo lo único que podía hacer.

Corrió.

Con la ayuda de la fuerza de su servoarmadura, Celestine echó a correr repentinamente y se alejó cuesta abajo. Sintió la ráfaga de aire caliente cuando varias criaturas saltaron, sus garras sombrías errando por el grosor de un cabello. Aullidos de frustración la persiguieron mientras corría, el hueso pulverizado salpicando detrás de sus talones.

Celestine se lanzó cuesta abajo a través de espesas nieblas rojas que redujeron su visibilidad a una cuestión de metros. Huesos y escombros se retorcieron traicioneramente bajo sus pies. Montones irregulares de detritos surgieron repentinamente de la niebla, obligándola a esquivarlos frenéticamente en el último momento. Por detrás, Celestine oyó aullidos y el clamor de garras sobre huesos cuando sus perseguidores la alcanzaron.

—Emperador, guía mis pasos —oró mientras corría—. No me conduzcas al desastre o al infortunio. Aleja los terrores que me persiguen.

Demonios.

La palabra vino espontáneamente a su mente, junto con el conocimiento de que si las abominaciones que mordían sus talones la atrapaban, no solo perdería su vida, sino también su alma eterna.

Celestine miró hacia atrás por encima del hombro y vio docenas de carbones encendidos ardiendo en la oscuridad, acercándose con cada latido del corazón. Corrió más rápidamente.

El suelo se inclinó abruptamente y casi perdió el equilibrio, cayendo cuesta abajo en medio de una lluvia de huesos. Algo oscuro se disparó sobre su cabeza y tuvo una fracción de segundo para darse cuenta de que uno de los demonios había saltado desde lo alto de la elevación para aterrizar frente a ella. Con un siseo venenoso, el monstruo se giró hacia ella, atacando con sus garras. En lugar de tratar de evitarlo, Celestine apretó el puño y usó su impulso para lanzar un golpe atronador en la cara de la criatura.

Sintió un dolor punzante en el costado, seguido de una vertiginosa sacudida cuando su puño atravesó al demonio como si fuera niebla.

Celestine salió disparada hacia adelante y perdió el equilibrio, estrellándose contra la pendiente de huesos y rodando cuesta abajo. Patinó hasta detenerse en medio de un montón de esqueletos que todavía estaban parcialmente cubiertos con armaduras no muy diferente a la suya.

A Celestine le daba vueltas la cabeza y su pecho subía y bajaba con los impulsos competitivos de aspirar bocanadas de aire o vomitar. No había tiempo para reunir su ingenio. Podía oír a su atacante deslizándose por la pendiente encima suyo, un depredador alfa que venía a reclamar su presa caída. Miró a su costado y se sorprendió al ver que su armadura estaba completamente intacta, aunque podía sentir el dolor caliente en las costillas donde el demonio la había arañado.

—Lo suficientemente incorpóreos como para que no pueda hacerles daño, pero lo suficientemente sólidos como para que puedan masacrarme —jadeó, luchando por ponerse de pie y preparándose para correr una vez más. No sintió pánico ni miedo, ya que su voluntad de hierro mantenía a raya tales sensaciones, pero Celestine sabía que su situación era terrible. Era poco probable que huyera de sus perseguidores, pero para su inmensa frustración parecía que no podía mantenerse en pie y luchar. Celestine odiaba esa noción de impotencia más que nada, y decidió que, si los demonios la atrapaban, se las arreglaría para acabar con su propia vida en lugar de permitirles que se la robaran.

Fue entonces cuando la niebla se diluyó por un momento y, en la brumosa luz carmesí, vio la hoja. Sobresalía de un túmulo de huesos, justo pendiente arriba de donde se hallaba. Era larga y recta, una espada bastarda destinada a empuñarse con una o dos manos. Su cruceta tenía la forma de una calavera alada de oro bruñido. Una guirnalda de rosas negras muertas colgaba de su empuñadura, que estaba sujeta en un puño esquelético que se elevaba desde el corazón del túmulo. Aunque la hoja estaba deslustrada y con muescas, la sangrienta luz aún brillaba en ella de una manera que casi hipnotizó a Celestine.

Esta era su espada. Lo sabía con tanta certeza como había sabido que cada segmento de la armadura que encontró durante el descenso era suya. ¿Quizás, con esta arma en sus manos, podría luchar?

Sus perseguidores estaban casi encima suyo; podía ver al demonio líder deslizándose cuesta abajo, seguido de cerca por más de su prole. Celestine midió la distancia y tomó una decisión rápida. Podría lograrlo.

Se lanzó cuesta arriba, clavando los dedos de los pies en la irregular superficie y empujando con fuerza. Se aferró a los restos de esqueletos para impulsarse hacia arriba, emitiendo un rugido de puro esfuerzo mientras corría con el demonio hacia el montículo. La bestia estaba casi encima de ella cuando alcanzó la hoja, rodeó la empuñadura con las manos y tiró con fuerza. Por un momento, la mano esquelética pareció reacia a soltarla, y se vio obligada a tirar de ella por segunda vez, incluso con más fuerza.

Hueso saltó al aire. La hoja renació, brillando a la luz de la sangre. Celestine la retiró cuando el demonio se abalanzó. Giró, golpeó y la cabeza de su atacante salió disparada hacia la oscuridad, dejando una estela de chorros de icor. Celestine se preparó instintivamente para el impacto del cuerpo del demonio, pero éste la atravesó como un viento frío y ella se volvió, viendo cómo se desintegraba en humo mientras se detenía.

Celestine sacudió el icor negro de su espada y lo miró por un momento, sintiendo la sensación de máxima santidad que irradiaba el arma. Esta vez no sufrió ecos sensoriales, aunque se había preparado para ellos. En cambio, había simplemente una sensación permanente de rectitud y de finalización.

Ahora tenía el arma que el Emperador le había legado.

Ahora era una guerrera otra vez.

Ahora era Celestine.

Derrames de huesos y metal oxidado resbalaron a su alrededor mientras los demonios descendieron por la pendiente. Levantando su espada junto a su cabeza, Celestine apoyó sus pies y se preparó.

—Vamos, asquerosas blasfemias, déjenme purgarlas en nombre del Emperador —dijo con una tensa sonrisa.

La primera criatura se arrojó sobre ella, las garras azotando salvajemente. Le cortó un brazo y giró a un lado, permitiendo que el demonio que se abalanzaba pasara junto a ella como lo había hecho el primero. El siguiente atacante avanzó con más cautela, haciendo una finta baja y luego tratando de alcanzarle los ojos con un zarpazo. Celestine leyó sus intenciones con facilidad y se apartó del ataque del demonio, antes de clavarle la espada en la mandíbula y sacarla por la parte superior de la cabeza.

Quitó el arma de un tirón mientras el demonio se deshacía en humo, a tiempo de apuntar con un golpe destripador al próximo demonio que

atacara. Otro vino hacia ella desde la niebla, y otro. Luego, tres atacaron a la vez, una de las bestias logró rozar con sus garras la carne de su muslo mientras mantenía a raya a los otros dos. Celestine gruñó con ira y despachó a cada asaltante por turno, pero pudo escuchar una conmoción que sugería que docenas de demonios más se acercaban.

El fuego de la batalla ardía en el pecho de Celestine, pero sabía que estar de pie y morir en esta ladera desolada no le daría las respuestas que buscaba.

—Trono Dorado —escupió, dándose la vuelta para correr de nuevo, poniendo toda su entereza y fuerza de voluntad en dejar atrás a los demonios.

Aún así la alcanzaron, y maldijo la inutilidad de su difícil situación mientras los túmulos de huesos y escombros oxidados pasaban como un relámpago.

—¿Esta maldita montaña nunca termina? —jadeó, piernas y brazos bombeando mientras corría.

Como si lo hubiera invocado, el suelo se niveló de repente y luego, para su sorpresa, comenzó a inclinarse hacia arriba. Sus fuertes pisadas pulverizaron una última capa de hueso y luego cayeron sobre una dura roca negra.

Celestine cargó cuesta arriba, a través de una niebla carmesí tan espesa que apenas podía ver el largo de una espada frente a su rostro. Aullidos y gritos resonaban a su alrededor, los demonios que la perseguían estaban a unos metros de distancia. ¿Seguramente el cambio repentino en el paisaje indicaba una posibilidad de refugio? Seguramente no podría haber pasado simplemente de un infierno interminable a otro, para ser derribada al instante y destrozada por un número abrumador de enemigos.

Seguramente el Emperador significaba más para ella que esto.

Fue entonces cuando el suelo desapareció, tan abruptamente que Celestine no tuvo oportunidad de reaccionar. En un momento estaba corriendo a toda velocidad por una pendiente rocosa. Al siguiente estaba navegando por el aire cuando el promontorio de piedra terminó en una repisa abrupta y la arrojó al vacío.

Celestine cayó, su cabello azotándose alrededor de su rostro, la niebla carmesí ondeando por todos lados. Detrás suyo oyó los aullidos de

frustración de los demonios, que se alejaron rápidamente mientras caía en el interminable abismo rojo.

Le vino el pensamiento de que este era el final; no repentino, sino condenada a una terrible caída, tal vez interminable, tal vez a estrellarse contra las rocas, muy abajo, hasta convertirse en una ruina roja. Entonces una extraña sensación la atravesó, un milagroso despliegue de poder que hizo que sus nervios cantaran y su alma se estremeciera. El poder surgió a través de su cuerpo, y en un glorioso momento de revelación, un poderoso par de brillantes alas doradas y plateadas se extendieron desde entre sus omoplatos. Se movieron hacia afuera, obedeciendo a su pensamiento inconsciente como la memoria muscular. Detuvieron su caída, atraparon los vientos cálidos, transformaron su descenso en un deslizamiento en picada. Las nieblas se arremolinaron y se abrieron ante ella y, con un grito de alegría, batió sus poderosas alas y comenzó a elevarse.

Celestine rió mientras se elevaba a través de la niebla, batiendo sus poderosas alas con la misma facilidad con la que podría ordenar a sus piernas que caminaran o a sus brazos que blandiesen una espada. Su cabello ondeaba con el viento mientras se elevaba y se alejaba de la montaña de huesos, estallando en medio de la niebla carmesí y en el aire desolado de arriba.

Cuando el horizonte irregular apareció a la vista, Celestine sintió la calidez de una vela de luz del Emperador en su rostro. Sintió, más que vio, el resplandor distante de su iluminación, muy, muy lejos a través de las llanuras, entre las montañas como colmillos.

Allí estaba su destino. Lo sabía. Tenía fe en la guía del Emperador. Tenía fe en su propia fuerza.

Elevándose sobre resplandecientes alas de luz, con su espada plateada sostenida firmemente contra su pecho, Celestine voló sobre las llanuras devastadas.

Hacia la luz invisible del Emperador.

Hacia las respuestas.

DÍA 404 DE LA GUERRA – 0600 HORAS
IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN
CIUDAD-CAÑÓN DE TANYKHA ADUL – LO:564-3/LA:675-9

Las campanas repicaban sobre el Adul, llamando a los fieles a la guerra. Sus campanadas resonaron a lo largo de los abismos y barrancos esculpidos con láser en los que se había construido la ciudad. Rodaron reverberantes a través de oscuros habitáculos de cavernas y polvorientas fábricas

subterráneas, santuarios iluminados con velas y fortificados búnkeres junto a los acantilados. Resonaron en medio de la luz rosada del amanecer y el estrépito de botas corriendo. Se mezclaron con las primeras andanadas de disparos.

El mayor Blaskaine se levantó de su litera al primer indicio de problemas. Diecinueve años al servicio del Emperador habían perfeccionado sus instintos hasta el punto de que los hombres de Blaskaine bromeaban (cuando creían que estaban fuera del alcance del oído) de que tenía un toque de presciencia psíquica.

Permitía a los hombres sus torvas bromas.

Desde la caída de Cadia, cualquier alegría era bienvenida, incluso a expensas suyas.

Sin embargo, este no era un día para bromas. Mientras avanzaba por el sombreado corredor que unía sus aposentos con el búnker de mando del Cuarto Sector, Blaskaine reflexionó sobre los preciosos días que había pasado en Kophyn.

—Una viruela en esta inútil bola de rocas —murmuró mientras se ajustaba el cuello del uniforme, comprobaba dos veces el cargador de su pistola láser y arreglaba las medallas clavadas en su pecho. Aún así, no estaba bien lucir menos que lo mejor, incluso si no quedaban oficiales de mayor rango a los que impresionar.

Blaskaine salió al búnker de mando y lo encontró envuelto en un caos controlado. El búnker era ancho pero de techo bajo, sus suaves paredes de piedra típicas de las cámaras y pasillos tallados con láser del Adul. En algunos lugares estaban decorados con ángeles imperiales en bajorrelieve y soldados que luchaban contra mutantes y traidores. En cada talla, las fuerzas del Imperio reinaban triunfantes. Ojalá eso fuera cierto, pensó Blaskaine.

Globos de electrolumen colgaban del techo del búnker, proyectando una fría luz sobre la gran mesa de strategium que dominaba el centro de la habitación. Mapas, gráficos, rollos de pergamino y placas de datos dispersas cubrían la mesa de un extremo a otro.

Una pared del búnker estaba dominada por un enorme banco de consolas rúnicas, unidades vox, receptores auspex de largo alcance y otras maquinarias de varios opacos propósitos. Operadores de Cadia empujaban

los codos mientras se inclinaban sobre ellos, manejaban sus controles y hablaban en tonos entrecortados a través de voluminosos auriculares.

Esos hombres y mujeres parecían cansados pero decididos. Era una expresión con la que Blaskaine se había familiarizado demasiado en el transcurso de esta campaña.

Suboficiales, sacerdotes, servidores, encargados de señales, tecnólogos, socorristas de regimiento, comisarios y docenas de otros parásitos variados se afanaban en el búnker. Las conversaciones en alto y bajo gótico se mezclaban con cantos binháricos y llanos para crear un gran estrépito. Sin embargo, todo quedó en silencio cuando Blaskaine se acercó a la mesa de trabajo. Saludos y genuflexiones fueron dirigidos hacia él. Como último oficial de alto rango de la 144º de Infantería Pesada de Cadia, tal era su derecho.

—Informe de situación —dijo Blaskaine, complacido de escuchar que sonaba más tranquilo de lo que se sentía.

—Se avecina un asalto herético masivo, mayor —informó la teniente Kasyrgeldt, la ayudante de Blaskaine. Sacó una placa de datos de entre la maraña de la mesa y se la pasó—. Elementos blindados y de infantería suben por el wadi desde el sureste y avanzan hacia la Puerta del Halcón. Los exploradores han detectado una segunda fuerza que rodea la mesa para asaltar la Puerta de Jackyl desde el oeste, y un auspex de largo alcance sugiere que elementos aéreos se aproximan a nuestra posición.

—Claramente, merecemos un esfuerzo sustancial por parte del enemigo, damas y caballeros —ladró Blaskaine—. Creo que deberíamos sentirnos halagados.

Sus palabras provocaron un puñado de sonrisas sin alegría, aquí y allá un par de risas irónicas. Estos soldados no se hacían ilusiones en cuanto a la terrible situación, pero eran cadianos. Con sus hogares, sus familias y todo lo que habían conocido perdidos, ¿qué motivo tenían para temer a la muerte?

—¿Números enemigos? —preguntó Blaskaine cuando se reanudó el bullicio del búnker.

—Sustancial sería decirlo suavemente, señor —dijo Kasyrgeldt. Le mostró una copia impresa de un pergamino y Blaskaine arqueó una ceja.

—Trono, Astryd... Tanques, artillería, sectarios. —Blaskaine exhaló—. Por el fantasma de Creed, ¿de dónde sacaron un Stormlord? El Motor de

Guerra nos está lanzando todo, ¿no es así?

—Parece que sí, señor. Creo que pretenden acabar con nosotros hoy, cueste lo que cueste.

—¿Cuál es nuestro estado? —preguntó Blaskaine, tomando una taza de refresco y haciendo una mueca cuando descubrió que estaba frío. Kasyrgeldt le pasó uno caliente.

—Los generadores dos, tres y cuatro siguen funcionando —dijo—. Los sectores dos y cuatro todavía están cubiertos por escudos de vacío. Ambas puertas están totalmente guarnecidas por soldados de la Ciento Cuarenta y Cuatro. Todavía tenemos dieciséis pelotones con fuerza de combate, si se incluyen los escudos blancos.

—Ya nadie es un escudo blanco, Astryd —dijo Blaskaine en voz baja, pero ella prosiguió como si él no hubiera hablado.

—Quedan cuarenta y dos vehículos blindados de transporte de personal, veintiocho carros de combate de línea principal, diecinueve piezas de artillería de campaña autopropulsada, incluidos Manticores y Basilisks, y tres tanques de exploración. La capitana Maklen tiene, según el último recuento, el treinta y cuatro por ciento de los efectivos restantes de la infantería mecanizada de la Doscientos Treinta de Cadia. Están listos para brindar una respuesta rápida en caso de que ocurra un gran avance. La Novena astorosiana ha reunido sus motores en los cañones de escorrentía cerca de la Puerta de Jackyl. Tenemos activos sustanciales, señor.

—¿Pero…? —dijo Blaskaine.

—Sinceramente, señor, no nos quedan más opciones estratégicas que atrincherarnos y resistir —dijo Kasyrgeldt, manteniendo la voz lo bastante baja para que solo Blaskaine pudiera oírla—. El enemigo dispone de toda una población planetaria para utilizar contra nosotros, y todo el material que han saqueado de una docena de campos de batalla... Sin mencionar una formidable base de fabricación para producir nuevas armas y máquinas de guerra. Las probabilidades están en contra de que sobrevivamos el día, señor, ¿pero más allá de eso? Son incluso menores. Y no hay esperanza de rescate o escape, no desde que cayó la oscuridad. Estamos aislados, nuestros astrópatas están muertos o han enloquecido, y probablemente seamos el último reducto imperial en un mundo que ya está perdido. No importa cuán decididos estén a morir con honor, no importa cuán enojados

puedan estar al verse luchando por otro planeta condenado, nuestros soldados saben que todo *está* perdido.

—Los comisarios y los predicadores están haciendo su parte, ¿no? —preguntó Blaskaine.

—Así es, señor, pero están luchando en la retaguardia contra su propia sensación de desesperación —dijo Kasyrgeldt—. Hay una preocupante racha de fanatismo que suplanta la buena disciplina de Cadia. Creo que los soldados están rezando por algún tipo de milagro.

—Si eso hace que nuestros soldados sigan luchando, tomaremos todo lo que podamos —dijo Blaskaine, con la mente acelerada. Sabía que el terrible resumen de su ayudante era correcto y, por más que lo intentara, el mayor no podía pensar en una forma de salir de esta trampa—. Honestamente, Astryd, parece que nos vendría *bien* un milagro ahora mismo. Hablando de eso, ¿dónde están las Hermanas en todo esto? Esperaba al menos tener noticias de Meritorius, con la violencia a la vista.

—La Hermana Superiora se comunicó al comienzo, señor —respondió Kasyrgeldt, consultando otra placa de datos—. Ya están en las puertas.

—Por supuesto que lo están —dijo Blaskaine—. Buenas mártires, ¿eh?

—Las Hermanas de Batalla son guerreras excepcionales, señor —dijo Kasyrgeldt, con una nota de reproche en su voz—. Su ejemplo es una inspiración para los soldados y, francamente, aceptaré la ayuda de medio centenar de mujeres guerreras con servoarmadura y bólters cualquier día. Señor.

Blaskaine levantó una mano apaciguadora.

—Aquí no hay desacuerdo, teniente —dijo—. Nunca había visto soldados tan ansiosos por morir en nombre del Emperador. No veo el sentido de buscar peleas sin esperanza cuando uno puede vivir para pelear otro día, y no confío completamente en la cordura de aquellos que piensan distinto.

Blaskaine se maldijo a sí mismo cuando vio que la expresión de Kasyrgeldt se convertía en una máscara cuidadosamente neutral.

—Muy bien, señor —dijo, y Blaskaine se preguntó si alguna vez escaparía por completo de los fantasmas de la caída de Cadia.

Ahora no era el momento de detenerse.

—Continúe, teniente —dijo Blaskaine—. Quiero un comunicador y un tecnosacerdote en la consola once. Tengo una zona de guerra que coordinar.

Dio media vuelta bruscamente y atravesó el búnker de mando, diciéndose por enésima vez que no podía haber hecho nada ese día, pero que podía hacer algo útil ahora.

La Hermana Superiora Anekwa Meritorius estaba de pie sobre las murallas de la Puerta del Halcón. Fornida y de constitución fuerte, Meritorius recibía volumen adicional gracias a la ornamentada servoarmadura blanca y negra que vestía. Su piel oscura y su cabello blanco teñido contrastaban fuertemente y, combinados con el brillo acerado en sus ojos y la espada de energía de hoja ancha envainada en su cadera, aseguraban que pareciera una severa guerrera imperial. Aun así, mientras contemplaba la horda de herejes que se dirigía hacia el Adul, Meritorius sentía poca fuerza de la que mostraba exteriormente.

La Puerta del Halcón era un imponente portal blindado que sellaba uno de los dos únicos puntos de acceso principales a los cañones de Tanykha Adul. Sus puertas de duracero de cien pies de altura estaban alojadas dentro de un arco blindado, flanqueado por un par de torres de artillería de macrobastión y dominado por la muralla sobre la que se encontraba Meritorius, en medio de las Hermanas de Batalla de su séquito Celeste.

La Hermana María Penitencia le lanzó una mirada de celo.

—Estas puertas resistirían el bombardeo de armamento de clase Titán —dijo la Hermana Penitencia, como si Meritorius se lo hubiera pedido—. Cada torre de armas es una fortaleza. Cientos de cadianos las guarnecen, Hermana Superiora, y con nuestras hermanas y los predicadores de misiones repartidos entre sus filas para reforzar su fe, no flaquearán.

—La Hermana Penitencia habla con la palabra del Emperador —dijo la Hermana Constancia Indómita—. El enemigo tendrá poca fortuna arrojándose a estas puertas, y menos aún si intenta escalar los acantilados de la mesa. Creo que vi a los ingenieros de Cadia colocando suficientes minas entre esos riscos para hacer estallar en pedazos hasta tres veces a todo un ejército de enemigos.

—Sin mencionar las redes de torretas automatizadas que vigilan los bordes del cañón —agregó la Hermana Elena Absolom—. Incluso con el

enemigo avanzando en tal número, creo que los venceremos con la bendición del Emperador.

Meritorius se sintió irritada por los comentarios de sus Celestes. Había sido una campaña dura, y no ocultaba la presión que había caído sobre ella después de la muerte de la Canonesa Rokhsanja, pero le molestaba la idea de que pudieran pensar que su espíritu necesitaba un refuerzo. La alternativa, de que realmente creyeran lo que estaban diciendo, parecía incluso peor. Miles y miles de guerreros herejes y máquinas de guerra avanzaban bajo los duros cielos cobalto de Kophyn. Sus andrajosos estandartes rojos llenaban el horizonte, y la nube de polvo que se levantaba a su paso parecía una tormenta que se avecinaba.

—El Emperador no tiene tiempo para frívolos vítores, Hermanas —espetó ella, luchando contra la sensación de que todas estaban de acuerdo y ella a un costado—. Guarden sus declaraciones esperanzadoras para los cadianos.

Las Celestes intercambiaron miradas que Meritorius optó por ignorar, pero permanecieron en silencio. No así el predicador Unctorian Gofrey, una figura con túnica, cabello oscuro y ojos acerados, que estaba de pie junto al hombro izquierdo de Anekwa.

—Tenga cuidado, Hermana Superiora —dijo con voz profunda y dura como una losa de ferrocemento—. Puede que el Emperador no apueste por esperanzas infundadas, pero frunce aún más el ceño ante el artesano que socava sus propios cimientos. Así está escrito en el Credo Imperial.

—Gracias, Gofrey —dijo Meritorius, con la voz tensa y la boca en una fina línea—. Asegúrese de que nunca nos quedemos sin consejos.

El predicador hizo la señal del aquila, ofreciendo una dura sonrisa que no le llegaba a los ojos. Como era su costumbre, se llevó la mano al esternón, donde un bulto indicaba que algo colgaba de su cuello debajo de la túnica. Meritorius nunca había visto el aquila imperial del sacerdote, pero no se habría sorprendido si estuviera tallado con los huesos de algún pariente desafortunado.

—El enemigo estará sobre nosotros dentro de una hora —dijo Meritorius, apartándose de Gofrey y dirigiéndose a sus Celestes—. Vayan, Hermanas, y ocupen sus puestos entre las filas de Cadia. Conversaré con sus oficiales superiores y me aseguraré de que nuestra estrategia defensiva sea implementada correctamente. Tengan fe, Hermanas mías, porque sea

cual sea el destino que nos espera este día, nos mantendremos firmes y fuertes ante la mirada del Emperador, y nadie nos encontrará deficientes.

—*Deus Imperius Eterna* —corearon, ofreciéndole la señal del aquila.

—Palabras conmovedoras, Hermana Superiora —dijo Gofrey en voz baja mientras las tres Hermanas de Batalla veteranas se alejaban trotando hacia sus puestos designados—. Espero por el bien de todos que sean ciertas.

—¿No tiene soldados a los que molestar, Unctorian? —preguntó Meritorius sin mirar alrededor.

—Hago el trabajo del Emperador, como todos nosotros —El predicador sonrió—. El fuego debe ser encendido.

—Entonces vaya y enciéndalo, y déjeme hacer mi deber —dijo la Hermana Superiora.

—El Emperador nos vigila a todos, Anekwa —respondió Gofrey.

Mientras lo escuchaba alejarse, Meritorius esperó en silencio que sus insinuaciones fueran infundadas. Levantó los ojos al cielo y ofreció una oración al Emperador, esperando por milésima vez sentir esa chispa de lo divino que una vez había sido su compañera constante.

No hubo nada. No había habido nada desde que la Gran Fisura atravesara la galaxia, desde que las estrellas se apagaran y Su luz se extinguiera. Meritorius temía, en las vigilias más oscuras de la noche, que su fe se hubiera extinguido al mismo tiempo, como otra llama de vela ahogada por las sombras. ¿Quedaba algo más allá de la Grieta? ¿Mundo Trono había desaparecido?

¿Estaba sola?

Tales eran las constantes preguntas que se hacía día tras día. Eran preguntas repetidas una y otra vez por los guerreros que dirigía y los soldados con los que se habían encontrado luchando junto a ellos. Cadia se había ido. La Grieta devoraba los cielos. El Astronomicón se había desvanecido entre un respiro y otro. ¿Cómo podría alguien mantener su fe en el Emperador y Su Imperio en un momento tan terrible?

—Y sin embargo, eso *es* la fe —susurró para sí misma con una voz cargada de frustración por haber tenido esta conversación consigo misma muchas veces antes—. Tienes que creer a *pesar* de todo. Eso es lo que da a la fe su poder, y al Emperador el suyo. Solo cree, y si no puedes, entonces,

por el bien de Trono, al menos no dejes que te vean vacilar. No tan cerca del final.

Meritorius escuchó que una puerta se abría de golpe en un extremo de la muralla. Un pelotón de Cadia con pesadas armas salió, trotando a lo largo del escalón de fuego para comenzar a instalar sus cañones láser portátiles y bólters pesados. Meritorius devolvió sus saludos, irradiando una compostura de acero mientras activaba el enlace vox integrado en la gorguera de su armadura.

—Aquí la Hermana Superiora Meritorius de la Orden del Cáliz de Ébano, llamando al mayor Blaskaine, a la capitana Maklen, al teniente Tasker y al subduque Velle-Marchon. Les traigo las bendiciones del Emperador y les pido su consejo, mis compañeros líderes de guerra, porque el enemigo está a nuestras puertas.

El predicador Gofrey acechaba por los pasillos de la fortaleza de armas Halcón Alfa. Miraba fijamente a los soldados de Cadia que dejaba atrás, disfrutando de cómo los hombres y mujeres de la Guardia Imperial desviaban la mirada y le ofrecían la señal del aquila. Casi, pensó, como si estuvieran protegiendo su juicio, o más propiamente, el del Emperador. Sentían su autoridad y la respetaban, como debían.

Pasó escuadrón tras escuadrón de guerreros reunidos ante las blindadas ranuras de disparo. Los cadianos rezaban sobre sus rifles láser. Sostenían aquilas de bronce mientras imploraban la ayuda del Emperador y de los espíritus-máquina de sus armas. Algunos se acercaron para tocar los dobladillos de su túnica cuando pasó.

Mientras caminaba, Gofrey predicaba.

—Y sí, aunque la luz del Emperador puede ocluirse en esta hora sombría, ¡Su ojo nunca está lejos! —gritó Gofrey, su voz resonando a lo largo de los pasillos arqueados y a través de las bulliciosas cámaras—. Él espera por nosotros, hermanos y hermanas. Él espera por nosotros y juzga con la mayor severidad a aquellos a quienes considera deficientes.

Se encontró con un escuadrón de soldados que estaban reunidos alrededor de un destartalado aparato de comunicación e intentaban hacer que el dispositivo volviera a la vida.

—¿Son ustedes fieles? —preguntó Gofrey, su voz fría como el acero y el fuego.
—Lo somos, predicador —respondió su cabo, un hombre rechoncho, pálido, de ojos cansados y demasiadas cicatrices—. Todos somos leales servidores del Emperador.
—¿Hay corrupción entre ustedes?
La expresión del hombre se endureció.
—No hay mancha entre la Ciento Cuarenta y Cuatro de Cadia —dijo el cabo.
—Arrogancia —reflexionó el sacerdote—. ¿Es por eso que el vacío se convirtió en locura? ¿Es por eso que el Imperio arde? ¿Es por eso que su mundo ya no existe? ¿Alguno de nosotros está verdaderamente libre de la corrupción?
Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando vio que los cadianos se erizaban de indignación. La mano de Gofrey se desvió hacia la pistola láser que llevaba en la cadera.
Que lo haga, pensó.
Que reaccionara.
Que se traicionara a sí mismo por hereje, para que Gofrey pudiera cortar otro chancro.
Fijó su mente, concentró el poder de su voluntad y se arriesgó al más mínimo empujón mental. Si estos hombres fueran impuros, seguramente ahora se revelarían. Un músculo se contrajo bajo el ojo del cabo. El hombre apretó los puños, pero para decepción de Gofrey, mantuvo su lugar. El predicador sabía que no podía incitar más al hombre; todavía podría haber algunos entre este aburrido rebaño que fueran verdaderamente fieles. Por su bien, debía contenerse.
—Cadia resiste —dijo el hombre con los dientes apretados—. Y somos leales.
—Demuéstrenselo al Emperador, no a mí —dijo Gofrey casi conversacionalmente, dándose la vuelta y alejándose. Los cadianos ya habían sido olvidados. No había ninguna mancha evidente allí para extirpar. No estaban donde yacía su propósito. Pero se hallaba aquí, en algún lugar de esta guarida de corrupción, y la engatusaría para que se soltara. El Emperador se la mostraría, antes del final. Le había otorgado a Gofrey sus dones por una razón.

Sus pensamientos se dirigieron a la Hermana Superiora Meritorius, como lo habían hecho muchas veces en los últimos días, y lo invadió una ira justificada. Gofrey vio las grietas en la fachada de su fe, vio la forma en que irradiaban hacia el exterior para corromper a todos aquellos con los que se relacionaba.

Otro predicador, Munctian Dunst, se encontró con Gofrey en las escaleras mientras descendía hacia el siguiente nivel de la torre. Dunst se alejó y Gofrey se burló cuando el anciano y corpulento sacerdote pasó corriendo junto a él sin decir una palabra.

Todos eran infieles, pensó Gofrey. Todos cargaban con la culpa. Si la misión siempre había sido una maldita broma, ¿cómo llevabas la iluminación a una galaxia de pecadores? Habían acarreado este final sobre el Imperio y ahora vivían en las cenizas del apocalipsis que habían forjado.

Sin embargo, todavía restaban hombres aquí con la fe para servir al Emperador hasta el final. Unctorian Gofrey mantenía su secreto cerca de su pecho, y el Emperador en su corazón, y cumpliría su función final antes del fin de todas las cosas. Él era el árbitro de la justicia del Emperador, y la entregaría a todos los infieles, en el momento en que sus actos los traicionaran.

Comenzando, esperaba fervientemente, con la Hermana Anekwa Meritorius. Cuando las sirenas de batalla comenzaron a aullar momentos después, y el grito de los proyectiles que se acercaban llenó el aire, Gofrey sintió que una sonrisa se extendió por su rostro y la ira ardió con más fuerza en su pecho.

—¡El momento de la prueba ha llegado! —gritó, sin importarle a quién—. Arrepiéntanse de sus pecados, masas infieles, porque en el fuego de la batalla todos seremos juzgados por nuestra culpa.

La Hermana Meritorius estaba enmarcada por las almenas tan altas como un hombre y observaba cómo el enemigo comenzaba su ataque. La gran mayoría avanzaba a pie, hordas de harapientos mineros, trabajadores de fundición y granjeros de polvo armados con armas pequeñas robadas y exhibiendo los pañuelos rojo sangre y la pintura de batalla de los seguidores del Motor de Guerra. Cantaban y gritaban mientras se precipitaban hacia la

Puerta del Halcón. Sobre ellos ondeaban andrajosos estandartes carmesí e íconos de latón, todos representando el mismo estilizado sigilo de calavera.

Meritorius sabía que era un símbolo impuro del Dios de la Sangre. La runa de aquel a quien los desesperados pueblos de Kophyn rindieron culto cuando la luz del Emperador se apagó. Los odiaba por esa elección, con una vehemencia que eclipsaba todo lo demás.

—La artillería enemiga se acerca a la cresta, señora —dijo una cadiana cercana, mirando a través de sus magnoculares—. Le aconsejo que se ponga a cubierto.

—El Emperador protege —dijo Meritorius mientras las ondulantes bengalas de los cañones iluminaban la lejana loma.

—También el ferrocemento, señora —murmuró la cadiana mientras se agachaba. Una lluvia de proyectiles cayó sobre la Puerta del Halcón, pasando de puntos negros contra el cielo cobalto a proyectiles precipitantes. Meritorius respiró hondo y se obligó a mantenerse firme. Si era necesario el fuego de la furia del enemigo para quemar la mortaja entumecedora que la alejaba de su fe, que así fuera. Cualquier cosa para restaurar el amor del Emperador.

Los proyectiles golpearon y el mundo se volvió blanco. Atronadoras detonaciones anularon todos los demás sonidos, y Meritorius sintió el calor de las explosiones mientras su cabello y su capa ondeaban con los vientos hirvientes. Las almenas se estremecieron. Los escombros llenaron el aire. Luego todo terminó, y en medio del humo y los primeros gritos de los heridos, Meritorius descubrió que aún estaba viva. Se llevó una mano a un agudo pinchazo en la mejilla y sus dedos enguantados salieron manchados de sangre.

—Metralla —dijo distraídamente, y luego miró a través del humo, tratando de percibir al enemigo. Era vagamente consciente de que los cadianos se ponían de pie y la miraban con renovado asombro mientras arrastraban sus pesadas armas a las posiciones de fuego.

—Mantendrán su bombardeo —dijo Meritorius, su voz amplificada a través de su gorguera para que resonara a lo largo de las murallas—. El enemigo busca mantener nuestras cabezas bajas y nuestras armas silenciadas mientras su infantería se acerca. Recuerden el destino de Dasha Adul. Mantengan al enemigo alejado de la puerta a toda costa y recuerden, hombres y mujeres del Imperio, ¡el Emperador está con ustedes!

Los cadianos vitorearon sus palabras y, mientras el humo se disipaba y las órdenes parpadeaban a través de sus receptores vox, se lanzaron hacia las hordas de cultistas que se abalanzaban. No fueron los únicos. Todos los emplazamientos de armas, posiciones de artillería y ranuras de disparo resplandecieron cuando la 144° de Cadia descargó su furia sobre el enemigo que avanzaba. Las primeras filas de cultistas estaban a unos cientos de metros de la puerta cuando estallaron en fuentes de sangre, fuego y carne destrozada. Una silbante tormenta de fuego láser descendió como una lluvia brillante para segar a docenas y docenas de herejes aulladores. Misiles cayeron sobre estelas de humo y detonaron en medio de grupos apretados de enemigos. Bólters pesados y cañones automáticos traquetearon, eructando líneas rojas de ruina a través de los soldados a pie de las hordas del Motor de Guerra.

Cientos murieron en minutos, pero miles más llegaron detrás de ellos. Treparon y pisotearon los restos ensangrentados de sus antiguos camaradas, con los ojos desorbitados y bramando. Difícilmente se parecían a humanos ya, pensó Meritorius. Eran más como animales salvajes.

—¡Señora, entrantes! —gritó la artillera de Cadia cuando otra ráfaga de proyectiles cayó sobre las murallas.

—¡A cubierto! —rugió Meritorius—. ¡Luego levántense y continúen disparando! ¡El Emperador está con ustedes!

Nuevamente, el fuego y la furia de los bombardeos enemigos sacudieron las almenas. Cien metros a su derecha, un tiro afortunado pasó entre dos almenas y dio en el escalón de la chimenea, arrojando una avalancha de escombros y cuerpos por la ladera trasera de la puerta. Cadáveres y rocas desprendidas llovieron sobre los escudos blancos de Cadia apostados en el suelo del cañón. Gritaron de agonía, medio enterrados bajo los escombros aplastantes. Cuando los médicos de campo corrieron para alcanzarlos, Meritorius vio que uno era aplastado repentinamente debajo de un trozo de mampostería del tamaño de la puerta de un búnker que se estaba derrumbando. Una vez más, ella misma estaba más o menos intacta.

Hubo un día en que tal cosa habría hecho que su fe ardiera. Ahora se encontraba sintiendo poco o nada en absoluto.

El humo se disipó por segunda vez y Meritorius se asomó para añadir el fuego atronador de su bólter a la descarga imperial. Los proyectiles

autopropulsados azotaron al enemigo y cada disparo de masa reactiva hizo estallar a otro hereje como si se hubiera tragado una granada.

Mientras disparaba, Meritorius activó su comunicador, hablando con sus hermanas y los predicadores de la misión imperial que habían acompañado a las estrellas.

—El enemigo presiona fuertemente, pero esto es solo el comienzo y debemos resistir a toda costa. Que resuenen sus voces, hermanas y hermanos. Dejen que sus oraciones sean escuchadas por amigos y enemigos por igual.

Confirmaciones volvieron a ella, y en medio del fragor de la contienda escuchó el comienzo de un himno de batalla de las fortalezas de armas. Del vox amplificado por las Hermanas de Batalla, el canto coral se elevó sobre el martilleo de los disparos y los gritos de los moribundos, inquietante, hermoso y severo. Muy pronto, los cadianos unieron sus voces lo mejor que pudieron, un poderoso himno de desafío resonando desde la Puerta del Halcón para recibir al odiado enemigo.

Mientras tanto, Meritorius cambió de canal.

—Mayor Blaskaine, aquí la Hermana Meritorius —dijo por vox.

—*La recibo, Hermana Superiora* —fue la respuesta del cadiano.

—Mayor, el enemigo ha dispuesto prodigiosos recursos de artillería en la cresta al norte del wadi. Si continúan bombardeándonos sin ser molestados, me temo que comprometerán nuestras defensas con bastante rapidez.

—*Entendido, Hermana, podemos verlos en el auspex* —dijo Blaskaine, y Meritorius sintió un momento de irritación por el tono relajado del hombre.

—Entonces, ¿tal vez sería lo bastante amable intervenir en nuestro nombre, mayor? —dijo.

—*Las ruedas ya están girando, Hermana Superiora* —respondió Blaskaine—. *Creo que la capitana Maklen está a punto de proporcionar al enemigo una demostración de cuál es la artillería adecuada. Le recomiendo que disfrute de su punto de vista y tal vez se cubra sus ojos, Hermana.*

Un rugido se elevó desde lo más profundo de la ciudad del cañón, resonando para todo el mundo como una avalancha catastrófica o un terremoto feroz. Meritorius miró hacia atrás para ver media docena de voluminosos cohetes tronando en el cielo sobre gruesas columnas de fuego y humo. Se percató de que eran misiles Manticore, cada uno del tamaño de

un vehículo blindado de transporte de tropas, guiado por espíritus mecánicos y cargado con miles de microbombas.

—Por el Trono —susurró Meritorius mientras los enormes cohetes volaron pesadamente sobre su cabeza y se extendieron antes de comenzar su mortal descenso hacia el enemigo. Vio las explosiones un momento antes de oírlas, una ráfaga de destellos de luz apocalíptica que transformó la distante cordillera en un turbulento mar de fuego. Nubes en forma de hongo ondearon en el aire cuando el rugido del dragón de las múltiples explosiones llegó a sus oídos, y Meritorius observó las ondas expansivas de las explosiones alcanzar las últimas filas de herejes mientras corrían hacia el exterior.

—Alabado sea el Emperador —dijo la artillera de Cadia a la derecha de Meritorius, mirando de nuevo a través de sus magnoculares—. Ya no queda artillería enemiga. No queda nada…

—Magnífico, mayor, la ira del Emperador manifestada —dijo Meritorius —. Por favor, transmita mi agradecimiento a la capitana Maklen y a sus artilleros.

—*Lo haré, Hermana Superiora* —respondió Blaskaine—. *No pida otra demostración. Esa fue la última artillería Manticore. Los lanzadores están vacíos.*

—Entendido, mayor Blaskaine —dijo Meritorius, antes de finalizar el enlace vox. Tal demostración de poder imperial, pensó, y sin embargo no sentía nada.

Meritorius suspiró y miró hacia abajo sobre las murallas para ver nuevas oleadas de cultistas entrando en la lucha. Tantos herejes habían sido asesinados ahora que los vivos usaban baluartes de los muertos para cubrirse, atrincherándose detrás de los cuerpos de sus antiguos camaradas y barriendo la puerta con fuego. Las balas erupcionaron a lo largo de las murallas, escupiendo nuevos fragmentos de metralla allí donde impactaban. Meritorius se estremeció a su pesar, y una mirada a la artillera de Cadia mostró que la mujer había captado su momento de debilidad. Por un instante, las dos se miraron a los ojos y Meritorius sintió como si sus defectos quedaran al descubierto. Se desesperó al ver los primeros atisbos de miedo y duda florecer detrás de los ojos de la cadiana en respuesta a los suyos. Luego, una bala alcanzó a la artillera en la oreja y le voló un lado del cráneo, arrojando su cuerpo por el peldaño como basura desechada.

El otro artillero del arma miró a Meritorius con ojos duros y exigentes.

Meritorius apartó la mirada y volvió a concentrarse en la batalla, disparando otra ráfaga hacia la masa de enemigos. No tenía nada que ofrecerle.

El mayor Blaskaine se frotó los ojos con los puños, tratando de quitarse el agotamiento y fallando.

—¿Cuánto tiempo han estado atacando hasta ahora? —preguntó, sin dirigir la pregunta a nadie en particular.

—La batalla ha durado doce horas y dieciséis minutos, señor —dijo la teniente Kasyrgeldt.

—Se siente como días —dijo Blaskaine—. Y pronto llegará el anochecer. ¿No será un placer?

Las noches en Kophyn habían sido infernales durante muchas semanas. Las estrellas naturales del vacío ya no eran visibles en medio de la oscuridad. En cambio, monstruosas auroras iluminaban la noche, colores espeluznantes derramándose y ondeando a través de la estratosfera, retorciéndose en las gigantescas siluetas de rostros lascivos y fauces con colmillos. Los fenómenos celestes que se podían observar eran erróneos y antinaturales, y no correspondían a ningún mapa estelar que Blaskaine hubiera visto nunca.

—Si le sirve de consuelo, señor, dudo que tengamos que resistir todo el proceso —dijo Kasyrgeldt—. Estoy viendo nuevas oleadas de armaduras heréticas rodando por la Puerta de Jackyl. Parece que finalmente han activado su Stormlord. Las defensas de la puerta han bajado al dieciocho por ciento de efectividad y la capitana Maklen ya desplegó la mayoría de sus reservas para apuntalarlas. No hay forma de que podamos detener ese golpe, y una vez que la puerta caiga habrá herejes pululando por las calles como alimañas.

El búnker tembló y las luces parpadearon. El polvo goteaba de las recientes grietas en el techo.

—Malditos bombarderos enemigos —espetó Blaskaine—. Lo que daría por disponer de unos cuantos escuadrones de Lightnings entre ellos.

—Si los deseos fueran armas, tendríamos una Legión Titánica en la estación —respondió Kasyrgeldt.

—Generadores de escudo de vacío fallando por encima del sector dos —informó uno de los operadores de la consola.

—La Hermana Meritorius informa que otra oleada de infantería enemiga se acerca a la Puerta del Halcón, señor —dijo otro—. Está informando sobre servidores de armas y mutantes del tamaño de un Dreadnought.

Cualquier última reserva de humor negro que Blaskaine pudiera haber usado para desviar la gravedad de la situación se le escurrió junto con la sangre de su rostro.

—Invitemos abiertamente a los mutantes a las filas —susurró—. Parece imposible que esta gente haya caído tan bajo.

—En días tan oscuros como estos, todo es posible —dijo Kasyrgeldt.

Blaskaine respiró hondo y se levantó de su propia consola. Puso una mano en la culata de su pistola láser y miró alrededor del búnker de mando. Runas rojas destellaban en cada pantalla auspex. Los operadores hablaban rápidamente a través de los auriculares, esforzándose por mantener actualizados los mapas estratégicos a medida que oleada tras oleada de nuevos enemigos entraban en la lucha. El sombrío indicador negro del Stormlord del enemigo se acercaba cada vez más a la Puerta de Jackyl, el tanque superpesado avanzaba imparable hacia el asediado bastión. Sin duda, estaba repleto de soldados Mas'drekkha armados con hachas de la élite del Motor de Guerra. Los informes de bajas aumentaban a cada momento.

—Damas y caballeros —comenzó Blaskaine, antes de que todo el búnker se estremeciera de nuevo, más violentamente que antes. Las grietas se abrieron paso a través de las tallas en bajorrelieve, dividiendo a los ángeles imperiales y decapitando a los valientes soldados. Los lúmenes se oscurecieron. Sólo la mitad volvieron a la vida.

—Hemos perdido los escudos de vacío —llegó el informe.

—El Stormlord se enfrenta a la Puerta de Jackyl —llegó otro.

—¡Una brecha! Se informa de una brecha en la Puerta de Jackyl —ladró otro operador un momento después—. El subduque Velle-Marchon está asignando el último de sus tanques para sellar la brecha.

Blaskaine negó con la cabeza. Todos sabían que una veintena de tanques dañados por la batalla no serían suficientes para detener lo que se

avecinaba.

—Damas y caballeros —comenzó de nuevo—. Ha sido un maldito honor servir con ustedes, pero creo que todos sabemos que la situación es irreparable. Estoy dando la orden para que todos los activos de combate restantes retrocedan a través de las cuevas profundas. Comunicador, transmita mis saludos a la Hermana Superiora Meritorius y pídale que mantenga la Puerta del Halcón tanto tiempo como lo permita el Emperador.

—¿Señor? —preguntó Kasyrgeldt mientras los operadores de Cadia intercambiaban miradas—. ¿No deberíamos comprometer todas las reservas para retener Jackyl?

—Ambos sabemos que aquí no se puede obtener ninguna victoria, teniente —dijo Blaskaine—. Nuestro deber ahora es retirar todos los activos que podamos de esta zona de combate. Todo lo que salvamos hoy puede usarse contra el Motor de Guerra mañana.

—Señor, no podemos dejar que la puerta caiga —soltó enojado un teniente subalterno—. ¡El Trono sabe que ya hemos hecho suficiente!

Blaskaine inmovilizó al teniente con toda la intensidad de su mirada.

—Cuando Cadia cayó, todos perdimos algo de nosotros mismos, teniente —dijo—. Pero nos retiramos como exigían la estrategia y la cordura, para que el Imperio pudiera usar nuestra fuerza restante para algo más que un gesto pírrico de desafío. Así que, a menos que quiera marchar ahora hacia la Puerta de Jackyl y luchar contra el enemigo con sus propias manos, le sugiero que se calle y siga las órdenes, buen muchacho.

Blaskaine miró fijamente a su alrededor, desafiando a cualquiera a cuestionar sus órdenes. Podía oír cómo sonaba, lo risible que era la idea de organizar una lucha significativa si Tanykha Adul caía. Y conocía los rumores, sabía lo que susurraban sobre él desde la caída de Cadia. Pero si aún quedaban más días por vivir, Blaskaine los viviría pronto y podría salvar algo para luchar en sus propios términos. Estaba obligado a hacerlo sin importar lo que pensaran de él por ello.

Kasyrgeldt tomó aliento para hablar, pero en ese momento un grito desgarrador estalló a través de todos los comunicadores de la habitación. Los operadores gritaron sorprendidos, arrancándose los auriculares y retrocediendo de sus consolas. Los lúmenes brillaron más, y una nota cristalina cantó en el aire, haciéndose más fuerte por momentos.

—¿Qué, en el nombre del Trono? —jadeó Blaskaine.

—¡Señor! Las aeronaves enemigas. Han... *desaparecido*, así sin más —gritó uno de los operadores, señalando la reproducción rúnica en su pantalla.

—Augures empíricos activos, señor —llegó otro informe—. Algún tipo de fenómeno.

—Define *algún tipo* —ladró Blaskaine—. ¿Qué es esto, un arma para que el enemigo acabe con nosotros?

—No... —El operador se quedó boquiabierto ante sus contradictorias lecturas, dos tecnosacerdotes parloteaban en binárico mientras se inclinaban sobre la consola.

—Informe de la Hermana Meritorius, señor —gritó un comunicador por encima de la nota creciente que llenaba el aire—. Dice que es un milagro, señor. Le pide que deje el búnker para contemplar los cielos.

Blaskaine parpadeó, luego se dio la vuelta y se dirigió a la salida, con la mayor parte de su personal de mando pisándole los talones. Siguió los túneles a través de la roca del acantilado, llegando al balcón exterior más cercano. Mientras caminaba, se encontró avanzando hacia una luz dorada que brillaba a lo largo de los corredores como un falso amanecer. La nota alta y cantarina aumentaba y se elevaba a medida que se aproximaba.

Parpadeando en el resplandor, medio sordo, Blaskaine emergió tambaleándose al balcón de observación y miró hacia arriba. Las sombras profundas de la ciudad del cañón trazaban un relieve gracias a lo que parecía ser un derrame de luz dorada de una estrella que caía desde lo alto.

—¿Qué es eso? —gritó Kasyrgeldt, protegiéndose y entrecerrando los ojos hacia el resplandor dorado que llenaba los cielos.

—¿Son naves enemigas? —preguntó un subteniente, señalando los senderos en llamas de los restos que caían desde lo alto.

—Tres puntos al noroeste —ladró un operador, mirando a través de pesados oculares aumentados al corazón mismo del incendio. La luz comenzó a oscurecerse, la nota a desvanecerse y, mientras lo hacían, Blaskaine vio a qué se refería el hombre. El resplandor procedía de algo. No, de *alguien,* ahora a la deriva atravesando los cielos nocturnos y descendiendo hacia la Puerta de Jackyl.

Una figura con alas metálicas, con armadura, sosteniendo una espada reluciente, su cabello flotando en una melena oscura alrededor de su cabeza.

—Un vox —demandó, chasqueando los dedos a un operador que obedientemente se apresuró hacia adelante con el aparato portátil que llevaba en la espalda. Blaskaine agarró el auricular y pasó a la frecuencia de la Hermana Meritorius—. Hermana, ¿quiere explicarme quién es, en el nombre del Emperador? —ladró—. ¿Y tal vez podría aclararme qué, en nombre del Trono Dorado, acaba de hacerle a la aeronave enemiga?

La voz de Meritorius, cuando volvió a él, estaba tan llena de asombro silencioso que hizo que incluso Blaskaine se detuviera.

—*Mayor, creo... creo que es la Santa Viviente.*

—¿La Santa Viviente? —Blaskaine se quedó boquiabierto.

—*Sí, mayor* —dijo Meritorius, sonando tan desconcertada como él—. *Creo que ha venido a nosotros en nuestra hora de necesidad. Es Santa Celestine.*

Más allá

Celestine volaba a través de un reino en constante cambio. Los cielos se enturbiaban en lo alto, turbulentos estratos de color entremezclándose con serpentinas de deslumbrante luz y masas de veloces nubes. A veces había rostros en medio de las tormentas, cosas enormes y horribles con ojos en blanco y lascivas fauces. Sugerencias de abominaciones aviares gritaban a través de picos con colmillos. Terribles pero hermosos rostros observaban hacia abajo antes de deshacerse en parpadeos de energía como gusanos retorciéndose. Soplaban vientos calientes y fríos, acarreando olores tan variados como azufre y alcanfor, pan fresco y carne podrida, piel caliente y hielo antiguo y pergamino quemado y vómito.

Debajo de Celestine, las tierras surcaban veloces en un pantano en constante cambio. Algunos eran tan sobrenaturales y etéreos que sus sentidos apenas podían percibirlos. Otros eran demasiado tangibles. Se elevó sobre una orilla resplandeciente cuyas arenas estaban formadas por diminutas piedras preciosas. Cosas harapientas se tambaleaban a través de la reluciente belleza, figuras humanoides que escudriñaban lánguidamente una fortuna imposible con manos callosas y lloraban hacia ella.

—¡Un bocado de comida, mi señora, sólo un bocado! —gimió uno.

—Agua, por favor, agua —jadeó otro, pero pronto su desesperada avaricia arrastró sus ojos de nuevo a las riquezas a sus pies. Celestine sintió pena y lástima mezcladas con repugnancia y siguió volando, porque sabía que no podía ayudar a estos miserables.

Más allá de las costas de piedras preciosas vino un océano no de agua sino de energía que fluía y brillaba y latía a través de caleidoscópicos colores más allá de su capacidad de nombrar. Cuanto más volaba sobre ese hipnótico océano, más la cautivaban sus colores. Parecía haber un significado más profundo en los patrones de luz y sombra que podía discernir si tan solo pudiera...

Celestine se percató sobresaltada de que había volado tan bajo que casi tocó la superficie del océano. Se inclinó hacia arriba y se alejó con un grito de alarma, a tiempo de ver algo enorme moviéndose debajo de las olas. Un ojo del tamaño de un edificio la fulminó con la mirada y luego desapareció, pero su mirada de hambre frustrada permaneció con Celestine mucho después de que el monstruo mismo hubiera desaparecido.

Luego vino una tierra destrozada de cañones profundos e islas escarpadas que flotaban unas alrededor de otras como nubes sueltas. Cadenas colgaban de debajo de esas islas sin raíces, terminando en jaulas cada una conteniendo una figura desplomada y sin esperanza. Los gemidos de la legión de miserables llegaron a los oídos de Celestine, pero miró hacia otro lado, porque sabía de alguna manera que estas almas estaban más allá de su ayuda. En lo alto de cada isla se elevaba una torre de mármol negro y hueso pálido, cada una de las cuales sostenía orbes de fuego crepitantes que saltaban y escupían furiosamente mientras terribles criaturas hacían cabriolas a su alrededor y agitaban largas y negras espadas.

Así continuó. Pasó sobre un repugnante pantano de fluidos burbujeantes y efluvios en los que se retorcían gusanos del tamaño de tanques. Voló por encima de un castillo de cristal y vitela que se extendía a lo largo de kilómetros y estaba repleto de criaturas de colores chillones que saltaban y aullaban. Una planicie de ojos giratorios, un río torrencial de almas que gritaban, una enorme negrura vacía que irradiaba la más espantosa sensación de dolor, todo pasó por debajo suyo.

Siempre, Celestine sintió el calor de la vela en su mejilla. Siempre intuyó más que vio la luz brillando justo más allá del horizonte, y mientras avanzaba se armó de valor ante las terribles imágenes. Nada la distraería de su propósito. Nada le impediría encontrar las respuestas que buscaba.

—¿Cuánto tiempo he volado? —se preguntó Celestine en voz alta. El tiempo se sentía fluido y extraño, y se dio cuenta de que no podía decir si había estado en el aire durante horas, días, tal vez incluso semanas.

Aún no sentía hambre ni sed, y ese pensamiento la perturbaba en sí mismo. Al menos, se percató, estaba empezando a sentir la carga del cansancio en sus extremidades. Sin embargo, aunque la sensación era de alguna manera tranquilizadora en su aspecto físico, también era problemática.

—No puedo imaginar encontrar refugio en este terrible lugar —murmuró para sí misma. Desde las laderas de la montaña, Celestine no se había enfrentado con ninguno de los habitantes de este reino, pero dudaba que su buena fortuna durara para siempre. Aun así, sabiendo que tarde o temprano tendría que descansar, echó un reticente vistazo por debajo en busca de algún nido de águila seguro o rincón protegido en el que pudiera descansar.

Voló sobre una región de infernales abismos volcánicos, fuegos rojos que ardían en sus profundidades y cenizas negras que alfombraban las tierras a su alrededor. Sin embargo, cuando Celestine miró hacia abajo, el despiadado reino se transformó ante sus ojos. Como si su escrutinio la hubiera convocado, Celestine se encontró volando sobre una ciudad.

Calles y edificios marchaban en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Los edificios se avecinaban, su arquitectura gótica, incrustada con sombrías estatuas. Lúgubres fábricas y altísimos capiteles presionados contra montones de casas de vecindarios enmohecidos y fortalezas imponentes y plantas industriales en expansión. Calles y carreteras serpenteaban a través de la extensión, tan profundas y sombreadas que parecían barrancos entre imponentes riscos montañosos.

El lugar estaba desierto, por lo que Celestine podía ver, y parecía como si lo hubiera estado durante muchos años. Los edificios se inclinaban unos contra otros como borrachos, sus ventanas de vidrio estaban huecas y destrozadas, sus fachadas se desmoronaban por el mal estado. Un viento aullador soplaba a través de las puertas vacías y enviaba tormentas de polvo a bailar a lo largo de las calles vacías. En algún lugar repicaba una campana, lúgubre y esporádica, como si la llevara una brisa insensible.

Celestine se dio cuenta de que las nubes negras como la noche hervían en lo alto, espesas y viscosas como el aceite. De ellas caían ráfagas de lo que primero tomó por nieve, hasta que los copos tocaron su piel y la picaron con su calor. Celestine siseó entre dientes y se pasó un dedo por la mejilla. Salió manchado de oscuridad.

—Cenizas —dijo—. O algo peor. Y lo bastante calientes como para quemar.

Las nubes descendían ahora, y la lluvia de ceniza caliente caía más espesa de ellas. Celestine se dio cuenta de que permanecer en el aire en medio de tales condiciones sería peligroso. Los edificios huecos de abajo representaban la mejor oportunidad de refugio que probablemente hallaría.

Mientras volaba más bajo, una sensación de inquietante malevolencia se elevó para acariciar sus nervios y hacer que se le erizara el vello de la nuca. Celestine sintió una terrible malicia irradiando de las oscuras calles, una vigilancia y una amenaza que desmentían su vacía apariencia.

—No, allí abajo no —dijo, consciente de las cenizas arremolinadas que ahora llenaban los cielos—. Buscaré refugio entre los lugares más altos.

Muy pronto vio una inmensa torre que se elevaba hacia el cielo, sus flancos destrozados por grietas. Inclinando sus alas, descendió, planeando incluso cuando los primeros copos de ceniza punzantes besaron su carne. Los agujeros en los lados del edificio parecían antiguos, y la oscuridad en su interior sepulcral.

—Pero es un refugio —dijo. Celestine se abalanzó a través de la renta más cercana y se apeó en medio de las sombras.

Merodeaba a través de la oscuridad sosteniendo con ambas manos su espada frente a ella. Viejas tablas crujían bajo sus pisadas, y el zumbido del paquete de energía de su armadura resonaba fuerte en medio del silencio. Cosas insectiles se retorcían a través de los rincones oscuros, y aunque estaba lejos de ser aprensiva, algo en sus formas apenas visibles hizo que la carne de Celestine se erizara. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se percató de hallarse en algún tipo de vivienda, pero que no había sido ocupada en mucho, mucho tiempo. Había muebles escasos esparcidos por todas partes, sillas viejas a las que se les escapaba el relleno y mesas inclinadas en extraños ángulos sobre torcidas patas. Todo tenía una pátina de mugre y una sensación de decadencia y, cuanto más miraba, peor se veía. Las patas de las sillas se fundían con las tablas del suelo como sebo derretido. La habitación parecía moverse y asentarse sutilmente más allá de su visión periférica, como si estuviera tratando de cerrarse alrededor de Celestine cada vez que le daba la espalda. Un torcido estante tenía marcos pictóricos, pero todos estaban agrietados y ennegrecidos como por fuego; las imágenes que alguna vez habían mostrado se habían perdido, y Celestine apartó la mirada mientras las manchas oscuras restantes nadaban ante sus ojos.

En una pared colgaba un símbolo de aquila, con sus dos cabezas y alas extendidas. En una habitación tan pequeña, la gran decoración parecía dominante hasta el punto de la incongruencia, pero Celestine sintió que también había algo sutilmente erróneo en ella. La forma del símbolo la miraba, demasiado dentada y retorcida, sus ojos crueles y sus picos abiertos por la idiotez o el hambre. Quizás ambas. La inquietud se hinchó en su corazón al ver este símbolo bastardo, y sintió una cruel malicia acechando detrás de toda la escena.

Celestine sacudió la cabeza y siguió adelante, ansiosa por salir de la habitación repentinamente claustrofóbica, con sus paredes manchadas de amarillo y sus sombras profundas. Permanecer era como dejar la cabeza suspendida entre las fauces abiertas de una cosa monstruosa y confiar en que no se cerraran de golpe. Caminó hacia un pasillo que se inclinaba en un ángulo antinatural, con las tablas del suelo partidas y rotas hacia arriba. Celestine recorrió el pasillo y entró en otra habitación, esta vez en una especie de baño común. Se detuvo al ver sangre antigua manchando las baldosas de las paredes y el suelo, su fuente oculta dentro de uno de los lavabos hacia el fondo oscuro de la habitación. Algo goteaba, lento e irregular, y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio zarcillos de alguna materia orgánica esparcidos por las baldosas. Sus pálidos extremos buscaban como gusanos ciegos, girando sin pensar en su dirección y balanceándose como si olieran el aire. Asqueada, Celestine se echó atrás y dejó intactos los secretos de ese repugnante lugar. Aún así, miró hacia atrás hasta que la puerta se perdió de vista, en caso de que algo emergiera de la oscuridad invisible.

Se apresuró, el suelo crujiendo debajo suyo, y pasó rápidamente a través de una sucesión de habitaciones, cada una más opresiva y lúgubre que la anterior. Pequeños santuarios familiares yacían derribados y abandonados o manchados con sustancias repugnantes secas hacía mucho tiempo hasta convertirse en una costra negra. Los ecos de las vidas yacían volcados y pudriéndose, muchos rotos como si hubieran sido arrojados y pisoteados. De alguna manera, las habitaciones donde todo estaba casi intacto, casi en su lugar, eran las peores. Hacían que Celestine se sintiera indescriptiblemente triste, y su inquietud crecía con cada habitación, como si el peligro se acercara a cada momento.

Se detuvo en otro sombrío corredor, escuchando atentamente cualquier señal de movimiento. En ese momento, el corazón de Celestine latía con fuerza y sus sentidos gritaban que algo depredador y terrible la acechaba a través de las ruinas. Aunque la ciudad parecía vacía, los instintos de Celestine eran cada vez más insistentes en que no era así.

—No encontraré descanso aquí —murmuró—. Sólo la muerte. —Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño, escuchando con atención. Le llegó un sonido, un fragmento distante demasiado vago para ubicarlo, pero de alguna manera familiar. Celestine consideró descartarlo como un artefacto más de este extraño lugar, pero luego llegó otra vez, un poco más claro. Una voz, distorsionada por los ecos y amortiguada por la distancia, pero inconfundiblemente una voz humana. Una mujer. Gritando.

—No, no solo gritando —murmuró—. Rezando. —Movida por una repentina sensación de urgencia, Celestine atravesó el edificio en ruinas para buscar la fuente del sonido.

Unos pocos minutos de paso apresurado a través de las ruinas la llevaron a otra irregular herida en el flanco. Entró con cuidado en la habitación, la mitad de la cual simplemente se había desprendido del núcleo del edificio como una compañía de dientes podridos de una encía. Combadas tablas del suelo sobresalían de un desnivel lleno de enredadas varillas de refuerzo y escombros desmoronados. Más allá, el sombrío paisaje urbano se revelaba otra vez, ahora cubierto por una constante caída de cenizas calientes.

Celestine se detuvo, balanceándose sobre un saliente de tablas y mirando los edificios apenas visibles a través de la ceniza descendente. Casi que no se atrevió a respirar mientras escuchaba atentamente por si se repetía el sonido.

Allí. Su cabeza giró bruscamente y descendió su mirada desde su punto de vista hacia la calle debajo. La luz estalló de repente, caliente y ardiente en medio de los grises monótonos de la ciudad. Estuvo allí y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero dejó una impresión grabada en la visión de Celestine. Estaba segura de haber visto algo que se movía a la luz del fuego, una figura que corría de un edificio a otro a nivel del suelo.

Una voz flotó hasta ella. Sus palabras eran ecos, pero su tono inconfundible. Celestine escuchó ira, fervor y odio. Era un tono de justa repugnancia por algo impuro, y tocó una fibra sensible en ella.

Celestine se lanzó a la lluvia de cenizas, contenta con la armadura que protegía la mayor parte de su cuerpo del calor abrasador. Dio un giro hacia abajo, una inmersión rápida que terminó recogiendo sus alas, protegiéndose la cara con los brazos y rompiendo los restos de una ventana rota. Celestine rodó hasta detenerse y se encontró agazapada en un pórtico oxidado varios niveles por encima del suelo de una fábrica abandonada. Maquinaria, tuberías y transportadores estaban por todas partes, cubiertos de óxido y cardenillo. Poseían un aspecto incómodamente biológico, las tuberías envueltas en finas madejas de carne venosa mientras luces infernales parpadeaban en las entrañas de las máquinas más grandes.

Mientras miraba por encima de la barandilla, Celestine volvió a ver ese destello de luz ardiente. Esta vez la voz se elevó clara y estridente, resonando a través de la sombría fábrica y rebotando en los antiguos mecanismos.

—En nombre del Emperador te abjuro, engendro de disformidad. Te destierro con los fuegos sagrados del Amo de la Humanidad —gritó.

Las llamas estallaron de nuevo y, mientras Celestine observaba, una figura se precipitó por el suelo de la fábrica, entrando por un lado del edificio y corriendo con fuerza hacia el otro. Era una mujer, vestida con raídas túnicas. Su cabello oscuro flotaba detrás suyo mientras corría, y sostenía un par de tizones ardientes, uno en cada puño. Sobre su espalda, Celestine vio una espada envainada, medio oculta por la túnica flotante de la mujer.

Celestine tomó aliento para gritar, pero entonces los perseguidores de la mujer rompieron las puertas y ventanas y el frente de la fábrica y se esparcieron por el suelo. Eran una docena, encorvados y demacrados con andrajosas alas de murciélago brotando de sus hombros. Sus hocicos eran largos y repletos de colmillos, y cuando los abrían de par en par emitían terribles lamentos. Las criaturas se arrastraban sobre miembros desgarbados que terminaban en garras en forma de gancho, y su oscura carne estaba cubierta de un apelmazado pelaje. Eran singularmente horribles, y Celestine sabía que tenían la intención de perseguir a la mujer que huía y devorarla.

La mujer giró y se detuvo entre dos piezas de maquinaria oxidada. Levantó sus tizones ardientes para apuntar a sus perseguidores y bramó:

—¡La luz del Emperador los consume!

Rugientes lenguas de fuego brotaron de cada tizón, hambrientas bolas de fuego de luz dorada que se dispararon a través de la penumbra para explotar en medio de los monstruos. Chillaron y se retorcieron mientras ardían, y aquellos que no fueron alcanzados por las explosiones gemelas retrocedieron, batiendo las alas frenéticamente.

La mujer dio media vuelta y echó a correr de nuevo, y casi de inmediato las cosas la persiguieron, nuevas bestias desparramándose por la destrozada fachada de la fábrica para unirse a la manada.

Celestine echó a correr por los pórticos elevados. Ignoró los cables que se retorcían como gusanos a su paso, las puertas que se abrían como desdentadas fauces en paredes a las que no se podía llegar y que conducían a habitaciones que parecían curiosamente invertidas e inquietantes. Sus pisadas resonaban en el viejo metal. Los cables cantaban y los cerrojos crujían bajo su peso blindado, y las pasarelas se estremecían y balanceaban.

Abajo, Celestine vio a la mujer correr tan rápido como podía. Sin embargo, los monstruos la estaban alcanzando, derramándose unos sobre otros y emitiendo sus agudos gritos mientras arrastraban a su presa al suelo.

Más adelante, Celestine vio una brecha en la pasarela. Agarró con fuerza el mango de su espada y saltó por el agujero. Giró en el aire mientras caía, con las alas resplandecientes desplegadas lo mejor que pudo en medio de los confines enredados en un esfuerzo por frenar su caída. Celestine descendió como un cometa, chocando contra el suelo entre cazadores y presa con la fuerza suficiente para romper el ferrocemento. Se levantó de su posición en cuclillas, con la espada lista, y miró a los monstruos que se aproximaban. Apenas habían disminuido su velocidad ante su repentina aparición, y Celestine vio que su mirada estaba fija únicamente en la mujer que huía a su espalda.

—No la tendrán, demonios —escupió, y al decirlo la palabra sonó bien. Demonios de los Dioses del Caos. Sus antiguos enemigos. Celestine sintió un odio justificado surgir en su interior. Saltó para encontrarse con el engendro demoníaco que chillaba con un rugido desafiante.

Celestine barrió su espada en largos arcos, cortando las horribles cosas que venían hacia ella. Su primer golpe abrió el cráneo de un demonio y le

quitó las extremidades a otro. Su golpe de regreso abrió la garganta de otra criatura y luego le cortó la cabeza a una cuarta. Cada herida vomitaba icor negro, una suciedad apestosa como viejo aceite de sumidero que chisporroteaba al salpicar el suelo.

Los demonios la arañaron con sus afiladas garras y la mordieron con sus fauces llenas de colmillos. Sin embargo, se dio cuenta, cuando sus golpes resonaron en su armadura y en su espada, que las criaturas no estaban tratando de matarla. Estaban desesperadas por esquivarla, por continuar su persecución. Era como si, en su hambre idiota, apenas registraran la presencia de Celestine.

El pensamiento envió una nueva ira y repugnancia en su interior, y lo usó para dar mayor fuerza a sus golpes. Celestine giró, y cortó con su espada a varios demonios y luego usó sus alas para aplastar a otro en una máquina con una fuerza feroz. La última bestia cayó, rota pero aún tratando de lanzarse tras su presa.

A pesar de todos sus esfuerzos, Celestine fue consciente de que tantos demonios pasaban a su lado como caían ante su espada. Un afortunado movimiento de garra resonó contra su hombro y la empujó de costado. Un demonio trepador le clavó las garras en el rostro y la obligó a saltar hacia atrás con una maldición.

—¡Luchen contra mí, alimañas! —gritó—. ¿Realmente son tan tontos?

Parecía que las criaturas lo eran, mientras corrían tras su presa original con gritos hambrientos. Desde algún lugar lejano en medio de las sombras, Celestine escuchó nuevamente el rugido de las brasas.

—Si quiero salvarte, tendré que luchar a tu lado —dijo, y se lanzó hacia el cielo. Celestine batió sus alas y salió disparada por el aire, trazando un camino peligroso entre pedazos de maquinaria que sobresalían, cables colgando y combadas cintas transportadoras.

Pasando por encima de los demonios cazadores, Celestine atravesó otra vidriera que representaba la muerte de un mundo a manos de un orbe llameante de los cielos. Salió disparada a una calle en sombras y, entre remolinos de nubes de ceniza, vio a la mujer que subía corriendo una escalera de caracol de metal en el otro extremo de la calle.

—¡Aguarda! Voy a ayudarte —gritó Celestine. La mujer ni siquiera miró hacia atrás, sino que se lanzó a la vuelta de la esquina en la parte superior de la escalera. Los demonios corrieron tras ella.

Celestine batió sus alas y la persiguió, protegiéndose los ojos de las ráfagas de ceniza caliente que bailaban como remolinos de polvo por la calle oscura. Al doblar la esquina al final de la escalera, vio las colas colgantes de las túnicas de la mujer desapareciendo en una destartalada estructura en el otro extremo de un callejón. Los demonios se precipitaron en la cavernosa entrada del edificio y el fuego estalló en su interior.

Con un gruñido, Celestine pateó la pared y se lanzó a lo largo del callejón en tres rápidos aleteos. Levantando su espada, cayó del cielo y se estrelló contra los demonios que trepaban unos sobre otros para atravesar la puerta.

Tres golpes rápidos y cortantes vieron la carne artificial partirse y rociar icor. Celestine se lanzó a través de los cuerpos destrozados de sus enemigos y hacia la penumbra del edificio más allá.

Celestine se encontró en una habitación individual de unos seis metros de ancho y el doble de largo. Cuatro columnas habían fallado singularmente en su tarea de mantener en alto el techo del lugar; se hundía en varios lugares, la monótona luz del día y los remolinos de ceniza se filtraban por allí. Bancos enmohecidos estaban colocados en filas, todos frente a un entrepiso bajo en el otro extremo de la sala. Sobre esa plataforma había un altar derribado, los escombros de lo que alguna vez pudo haber sido una estatua de un águila y la mujer a la que había estado persiguiendo. Había colocado sus tizones encendidos en candelabros a ambos lados del entrepiso, y arrojaban una luz parpadeante sobre el antiguo santuario.

—¡La puerta, no hay mucho tiempo! —gritó la mujer. Celestine se giró ante su insistencia y vio que, efectivamente, había una puerta en el interior del arco, abierta de par en par. La agarró y, su fuerza superando fácilmente la protesta de las bisagras oxidadas, la cerró contra la masa de demonios que se abalanzó sobre ella. La mujer estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos, deslizando una pesada llave en la cerradura de la puerta y girándola con un satisfactorio ruido metálico.

Inmediatamente la puerta tembló cuando algo la golpeó desde fuera. Tembló en su marco cuando más impactos llegaron fuertes y rápidos. Gritos sin sentido surgieron del exterior.

—Gracias, ángel —dijo la mujer. No parecía de ninguna manera sin aliento por sus esfuerzos, de pie alta y noble a pesar de su raído atuendo. En la penumbra, Celestine pudo ver que sus facciones estaban talladas con

orgullo, con una expresión severa en su frente y una intensidad en sus ojos oscuros que era inquietante de contemplar.

—¿Quién eres? —preguntó Celestine—. ¿Qué haces en este lugar? Llegado el caso, ¿*dónde* estamos ahora? ¿Y por qué los demonios están tan concentrados en ti?

La mujer sonrió y la expresión iluminó su rostro con una belleza beatífica.

—Soy Peregrina —dijo—. Estoy aquí porque aquí es donde debo estar. ¿Por qué los demonios me buscan tanto? Detestan mi fuerza, mi pureza. Los quema, más que las cenizas que caen del cielo, porque tiene el poder de traer esperanza donde no la hay, y entonces no me dejarán vivir.

—Los odio —dijo Celestine con sencillez, y se percató con tranquila rectitud de que era tan cierto como todo lo que había dicho jamás.

—Eso es justo y apropiado, porque eres un ángel del Emperador, y por lo tanto eres justa —dijo Peregrina. La puerta se estremeció y golpeó, y condujo a Celestine lejos de ella, por el pasillo polvoriento del santuario hacia su nártex. Celestine miró alrededor de la estructura y notó que más luz del día se filtraba a través del sucio cristal emplomado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Celestine de nuevo—. He estado siguiendo una luz, ¿eres... tú? ¿Sabes de ella?

Peregrina la miró y sonrió, pero no respondió.

—Este lugar no es seguro, pronto entrarán —dijo Celestine—. ¿Cómo te ayudo a escapar?

Peregrina negó con la cabeza.

—No, Celestine. Pregunta lo que realmente deseas saber —dijo.

Celestine frunció el ceño, una pregunta sobre otra en su mente. Este era el primer ser vivo que había conocido desde que despertara y de repente descubrió que tenía demasiado que pedir y muy poco tiempo para hacerlo. ¿Podría incluso confiar en esta mujer?, se preguntó. Su corazón decía que sí, pero todo en este reino era cambiante e ilusorio. ¿Cómo podía depositar su fe en algo en absoluto?

Con ese pensamiento, supo lo que debía preguntar.

—¿Quién es el Emperador? —dijo—. ¿Por qué sé de él, y por qué me llamas su ángel?

La sonrisa de Peregrina se profundizó. Desde los espacios del techo, Celestine escuchó garras arañando. La puerta resonaba en su marco, y

astillas salían disparadas de la madera. Formas oscuras se movían fuera de las ventanas.

—Las respuestas que buscas ya están dentro de tu corazón —dijo Peregrina—. El Emperador ha sido tu compañero y tu guía durante mucho, mucho tiempo, Celestine. Como yo.

En ese momento se oyó un estrépito de astillas cuando la puerta fue arrancada de sus goznes. Los demonios se derramaron a través de ella como una marea de carne oscura, ojos rojo sangre y relucientes garras.

—¡Ponte detrás de mí! —ladró Celestine—. Sube al entresuelo y toma tus armas.

Peregrina huyó por el pasillo, pero para disgusto de Celestine, no hizo ningún movimiento para recuperar sus armas. En cambio, se arrodilló ante el altar derribado, inclinó la cabeza y comenzó a orar.

Celestine barrió con su espada a través de la primera oleada de demonios que se abalanzó sobre ella. Carne asquerosa se abrió y ella saltó hacia atrás, batiendo las alas una vez y cayendo con un ruido sordo ante los escalones que conducían al entrepiso.

—No la tocarán, inmundicias —dijo Celestine—. Lo juro en nombre del Emperador.

Los demonios surgieron otra vez, y Celestine trazó con su espada un ocho, haciéndolos retroceder y matando a varios. Cuando los demonios cayeron, las luces brillaron en las esquinas de su visión. Una mirada mostró sus velas, colocadas en candelabros alrededor del borde de la cámara. No sabía por qué varias de ellas se habían encendido de repente, pero cuando atravesó a otro demonio y luego le cortó la cabeza al siguiente, florecieron más llamas parpadeantes.

Se oyó un sonido como el de un viento huracanado y la marea de atacantes se redobló. Entraron en tropel en el santuario, rompiendo las ventanas en chorros de cristal como cuchillas y retorciéndose como gusanos a través de las grietas en el techo. Todo lo que Celestine vio fue una masa palpitante de carne demoníaca, miembros arañando, alas batidas, mandíbulas abiertas y colmillos y garras irregulares. Sin embargo, no sintió miedo ante las probabilidades imposibles que enfrentaba, solo un furioso deseo de luchar hasta que no quedara otro aliento dentro de su cuerpo.

Celestine golpeó y cortó, apuñaló y bloqueó. Pateó hasta las extremidades demoníacas destrozadas. Clavó el pomo de su espada en las

fauces abiertas y destrozó colmillos hasta convertirlos en pedernales. La horda ascendió como una ola ante ella, llenando el santuario en una grotesca masa de vivos y muertos, pero aun así luchó. Garras arañaron su armadura y cortaron la piel de sus mejillas. La hicieron retroceder paso a paso, hasta las escaleras del entrepiso, pero ni un solo demonio babeante atravesó su guardia para alcanzar a Peregrina.

Con cada abominación que Celestine mataba, más velas se encendían. Brillaban a lo largo de los flancos del santuario. Ardían brillantes en candelabros de hierro colgantes. Sus llamas saltaban en las alcobas y hacían retroceder la oscuridad. Y ahora Celestine se dio cuenta de que una furiosa luz blanca se estaba formando detrás suyo. Celestine podía escuchar a Peregrina todavía rezando fervientemente al Emperador, y sin pensarlo unió su voz al canto.

—*¡Y he aquí, aunque los demonios de los Dioses Oscuros se reúnan alrededor, y aunque todas las tribulaciones del reino tenebroso se apoderen de mi alma, todavía caminaré en Su luz, Él me mostrará el camino y hará retroceder a los repugnantes e inmundos! ¡Soy Su espada y Su ángel justo, ya que Él es mi salvador y mi señor, porque Suyo es el poder, y Suya es la humanidad para pastorear y proteger tal como yo también los pastorearé y protegeré como Su fiel servidora! ¡Y en Su luz los herejes y las abominaciones serán purgados con fuego justo, con espada centelleante y santa admonición! ¡La oscuridad no puede tocarme, porque el Emperador protege!*

Con el bramido de esas últimas palabras, la luz a la espalda de Celestine se convirtió en una supernova que resplandeció a través de la capilla y la llenó de luz sagrada. Los demonios gritaron y se agitaron mientras su carne se desgarraba como nubes en un vendaval. Ardieron y se evaporaron, emitiendo ondas expansivas de energía que los arrojó lejos y los desterró de la existencia.

Tan repentinamente como había comenzado, el destierro terminó y la luz se desvaneció. Sin embargo, Celestine vio que las velas aún ardían y su cálida luz llenaba el santuario y desterraba las sombras a los espacios más lejanos.

Se dio la vuelta, su armadura chorreando con icor demoníaco, su piel cortada y desgarrada.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo. Peregrina se levantó y se volvió. Colocando una mano sobre el hombro de Celestine, la condujo alrededor del ídolo derrumbado hasta una fuente de piedra que estaba olvidada en su parte trasera. La luz del fuego bailaba sobre el agua clara que aún la llenaba, y cuando Celestine y Peregrina se inclinaron sobre el reflejo, se reveló la verdad.

—Tenemos el mismo aspecto —dijo Celestine.

—Sabes que eso no es cierto —dijo Peregrina.

—*Somos* lo mismo —corrigió Celestine, su tono asombrado. Apartó la mirada del reflejo y la dirigió a los ojos de Peregrina. Vio su propia revelación reflejada en las pupilas de la otra mujer.

—Soy tu fe en el Emperador —dijo Peregrina—. En este lugar adquiero forma corpórea. Soy la fuerza que deriva del Dios Emperador de la Humanidad, el propósito con el que Su servicio te colma y la fuerza justa que solo tú puedes ejercer.

Diciendo esto, sacó la espada de su espalda y se arrodilló ante Celestine, inclinando la cabeza y ofreciendo la espada.

—Me alegro de ser tuya —dijo—. Estoy feliz de ser tu compañera, y haré lo que pueda para guiarte a través del desierto, Santa Celestine.

Celestine se sintió sorprendida por el título. ¿Santa? ¿Cómo podía ser una santa? ¿No eran ellos los que habían muerto por la causa de la santidad? Y, sin embargo, Celestine se dio cuenta de que había visto sus propios restos mortales esparcidos por los flancos de la montaña de huesos como mórbidos santuarios. La idea de que pudiera ser un ser poseído por alguna forma de divinidad la aturdió. Era una idea demasiado grande para aceptarla y, por un instante, la mente de Celestine se tambaleó. Luego, igual de repentinamente, se llenó de una sensación de estar en lo correcto cuando niveló su propia espada y la apoyó contra la que le ofrecía Peregrina. Celestine de repente se calmó y aceptó. Hubo un destello de luz, una nota de lamento, y las dos espadas se convirtieron en una.

Celestine dio un paso atrás, apretando la mandíbula cuando el conocimiento y la memoria la inundaron. Batallas incontables, oraciones pronunciadas, discursos emitidos en las horas más oscuras. Vio las llamas de esperanza y fe que había encendido, y sintió fluir a través de ellas el amor pleno y verdadero por el Emperador de la Humanidad.

—Peregrina, te agradezco este regalo y estas respuestas —le dijo.

—El regalo que te das a ti misma. Las respuestas por las que luchaste y obtuviste —dijo Peregrina—. Llámame ahora por mi verdadero nombre, porque soy Fe, encarnada dentro de una de las Geminae Superia. Estoy a tus órdenes.

Celestine sonrió.

—Fe, entonces —dijo, y descubrió que incluso la palabra le daba fuerzas. Todavía había mucho que la eludía, mucho que no recordaba, pero esto era un comienzo. Ahora que el Emperador estaba con ella, en su corazón, sentía que podía lograr cualquier cosa.

—Descansa ahora, Santa Celestine —dijo Fe, tomando sus tizones—. Duerme, y yo cuidaré de ti hasta que sea hora de partir una vez más.

Celestine asintió, se retiró a uno de los enmohecidos bancos y se puso cómoda lo mejor que pudo. Sintió seguridad y satisfacción por primera vez desde que despertara, y cuando la luz de las velas bañó su rostro, sus párpados se volvieron pesados. Lo último que Celestine vio antes de que el sueño se apoderara de ella fue a Fe, de pie como centinela silenciosa a su lado, con las teas ardientes preparadas en sus manos.

—El Emperador protege —susurró Celestine una vez más, y luego cayó la oscuridad.

DÍA 405 DE LA GUERRA – 07:30 HORAS
IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN
CIUDAD-CANÓN DE TANYKHA ADUL – LO:564-3/LA:675-9

La Hermana Superiora Meritorius caminaba por el Cañón Emeritus, hacia un amanecer que no había pensado ver. El Emeritus era uno de los tres cañones principales dentro de la ciudad, más de tres mil metros de profundidad, sus paredes estaban llenas de cavernosos habitáculos, pasarelas y estructuras sobresalientes. Muchos mostraban daño debido a la batalla reciente, pero el simple hecho de que estuvieran de pie la asombraba.

Condujo a sus Hermanas a lo largo de la carretera de ferrocemento en la base del cañón, ignorando sus oraciones murmuradas y los emocionados susurros que se enhebraban entre ellas. Pasaron junto a los cascos quemados de tanques de batalla Leman Russ y esquivaron a otros que todavía estaban sanos, robustos y retumbando a lo largo de la carretera. Exhaustos soldados cadianos y astorosianos yacían junto a la carretera, algunos de los cuales ofrecían cansadas señales del aquila a las Hermanas de Batalla a su paso.

—Es un milagro, ¿verdad, Hermana Superiora? —dijo la Hermana Penitencia mientras caminaban, con la voz tensa por la emoción contenida —. La Santa Viviente camina entre nosotros, y hemos sido salvados.

—Nos salvamos nosotros mismos —corrigió Meritorius—. El Emperador ayuda a los que luchan por sí mismos, Penitencia. No lo olvides.

—No, Hermana Superiora —dijo la Hermana Penitencia, sin sonar en modo alguno reprendida. Sin embargo, Meritorius no podía negar que su supervivencia fuera nada menos que milagrosa. Mientras observaba la iluminación rosa y dorada que se derramaba sobre el borde del cañón, supuso que debía sentir alivio, tal vez incluso alegría. Ciertamente así era el caso entre sus Hermanas; podía sentir el trasfondo eléctrico que las atravesaba ante la idea de estar en presencia de la Santa Viviente.

En cambio, la Hermana Meritorius se sentía vacía, aplastada en algún nivel por el simple hecho de que incluso la llegada de Santa Celestine misma no parecía haber reavivado su fe. Veía el éxtasis y el asombro en los rostros de las mujeres a las que dirigía, escuchaba el parloteo emocionado de los cadianos más entusiastas y luego miraba dentro de sí misma y no veía nada más que las mismas cenizas desoladas que había conocido en las últimas semanas.

Meritorius los odiaba a todos por su veloz éxtasis. No podía evitarlo, y se odiaba aún más a sí misma por eso.

Al doblar una larga curva en el camino del cañón, Meritorius y sus guerreras emergieron a la luz del amanecer que caía a través de los restos rotos de la Puerta de Jackyl. La Hermana Absolom contuvo el aliento ante las ruinas hundidas de las fortificaciones de la puerta y los montones de cadáveres ennegrecidos que aún ardían bajo el sol de la mañana. Humo negro ascendía en grasientas columnas. Los cuerpos de los muertos habían sido apilados a un lado lo mejor que pudieron los tanques de Cadia, para hacer transitable el acceso a la puerta. Los leales habían sido arrojados a piras ardientes, sobre las cuales los predicadores imperiales pronunciaban ritos de devoción. Los herejes fueron despojados en fosas excavadas que más de un soldado de Cadia había utilizado esa mañana como letrina.

—Ahí está, en la puerta —dijo Penitencia con asombro. Meritorius vio y deseó compartir las glorias que sus camaradas sentían tan intensamente. Celestine estaba de pie sobre el casco destrozado del traidor Stormlord, su carcasa destruida sobresalía a la mitad de las puertas donde finalmente

había sido enterrado. Estaba enmarcada contra el amanecer, su silueta convertida en angelical por las alas metálicas de su adornada mochila de salto y el halo dorado de la luz del sol que se desplegaba alrededor de su cabeza. Cientos de soldados de la Guardia Imperial y civiles kophyni se habían concentrado alrededor del tanque. Muchos se arrodillaban en pleitesía. Otros gritaban en éxtasis religioso, o simplemente miraban en adoración.

—Y a su lado están las hermanas Constancia Indómita e Imani Intolerus —dijo Meritorius—. Sin duda honradas al ser elegidas como Geminae Superia. —Algo de lo que nunca seré digna, como un remanente vacío, pensó miserablemente.

Santa Celestine había aparecido muchas veces a lo largo de la historia del Imperio, siempre cuando la oscuridad parecía absoluta y los sirvientes del Emperador necesitaban ayuda desesperadamente. En esos momentos, era costumbre que eligiera a dos Hermanas de Batalla, en caso de que hubiera alguna presente, para que sirvieran como sus Geminae Superia, guardaespaldas y consejeras. Se decía que el acto de elegir imbuía a esas Hermanas de poderes que rozaban lo sobrenatural, aunque otra historia más oscura contaba que rara vez vivían para conocer la victoria, porque el manto de autosacrificio en nombre de su ama caía pesado sobre sus hombros.

Esto nunca había impedido que una sola guerrera de las Adeptas Sororitas respondiera a la llamada de Celestine, por supuesto.

Indómita e Intolerus ahora usaban los retrorreactores y llevaban las pistolas gemelas que acompañaban al rango de Serafines. Incluso desde la distancia, Meritorius podía ver que se comportaban de manera diferente, erguidas y orgullosas junto a la Santa Viviente.

—Vengan, pues, Hermanas, oigamos lo que tiene que decirle a los fieles —dijo Meritorius—. Veo que los altos mandos del Astra Militarum ya han respondido a la llamada de la Santa. No los hagamos esperar.

El mayor Blaskaine estaba cerca de la parte trasera de la multitud con su personal de mando a su alrededor. La capitana Maklen de la 230° se le había unido, al igual que el teniente Tasker de la 88°. El subduque astorosiano se podía ver un poco más entre de la multitud, rodeado por su

corte estratégica, quienes miraban con exultante asombro a la Santa Viviente.

—Lo admito, es una vista inspiradora —dijo Blaskaine.

La capitana Maklen le lanzó una mirada de soslayo. Era mayor para ser oficial, sus facciones estaban arrugadas y su cabello gris como el acero. Sin embargo, su avanzada edad no había hecho nada para socavar la fortaleza de la personalidad de Petronella Maklen. Ahora resoplaba ante las palabras de Blaskaine.

—Me aseguraré de enviar un mensajero al frente de inmediato para que la Santa sepa que aprueba su apariencia, Charn. —Cada palabra de Maklen fue mordida y nítida, su dicción impecable. No era de extrañar, pensó Blaskaine con ironía, que los soldados de su regimiento se refirieran a la capitana Maklen como “Su Señoría”. Aunque había notado que lo decían con una feroz lealtad.

—Usted me comprende, Petronella —dijo con una sonrisa fácil—. El Emperador sabe que la mujer cambió el curso del combate anoche, y dudo que aún estuviéramos vivos si no hubiera sido por ella. Pero aún así…

—¿Aún así *qué?* —preguntó Maklen, arqueando una ceja.

—La fe tiene su lugar dentro de la maquinaria de guerra imperial, pero en mi opinión, siempre debe tomar un firme segundo plano frente a la disciplina sólida y la conducta racional.

Maklen resopló de nuevo y sacudió la cabeza.

—A su llegada, Santa Celestine descendió sobre la Puerta de Jackyl y reunió a los defensores cuando estaban a punto de abandonar sus puestos y huir. Mató a dieciocho Mas'drekkha con una sola mano y luego paralizó los motores de ese maldito Stormlord y lo usó para bloquear la brecha. La noticia de su llegada reforzó el coraje en todos los frentes de batalla en los que luchamos, y solo el Trono sabe lo que les hizo a los bombarderos enemigos cuando llegó. Usted sabe que esa no es ni la mitad de la historia, Charn, y aun así permanece aquí lanzándole esa mirada.

—¿Cuál mirada? —preguntó Blaskaine, tratando de recomponerse.

—*Esa* mirada, de desdén y cinismo —dijo Maklen, volviéndose a mirar a la Santa allí donde extendía sus manos en bendición a las masas que rezaban—. Es impropio y malo para la moral. Además —añadió en voz baja—, mientras la Santa hacía todo eso, ¿cuáles fueron sus órdenes, Charn? Creo haberlas olvidado…

Blaskaine se mordió la lengua y miró hacia otro lado, fingiendo interés en la multitud. La retirada había sido la opción estratégica más sólida en ese momento, se dijo a sí mismo. Se habían retirado de Cadia, ¿no? Eso había sido por orden del mismísimo viejo Creed, el gran y famoso general. ¿Cómo podría haber tenido en cuenta la intervención divina en sus estrategias en un momento como ese? Solo un tonto se volcaba a su fe para salvarlos en esos momentos; era una herramienta de motivación, nada más.

Sin embargo, cuando miró el severo rostro de la Santa Viviente y el amor y la intensidad en su mirada mientras observaba a los fieles, una pequeña parte de Blaskaine se preguntó si se había equivocado al pensar de tal forma.

—Se va a dirigir a la multitud —dijo el teniente Tasker, con asombro y entusiasmo claros en la voz del oficial más joven. Blaskaine vio que Celestine efectivamente se había adelantado y tendido una mano para pedir silencio. Lentamente, la multitud que la rodeaba se calmó, observándola con adoración expectante. Era su salvadora, decía esa mirada, y harían cualquier cosa que les ordenara. Blaskaine negó con la cabeza en silencio e hizo una nota mental para mantener la firmeza sin importar lo que ocurriera. Alguien tenía que hacerlo.

—Leales al Emperador, deseo elogiarlos —dijo Celestine, su voz profunda y poderosa, completamente llena de convicción—. En la oscuridad de la noche lucharon como leones. Se mantuvieron firmes contra los herejes, los degenerados y los incrédulos, y no flaquearon.

Mientras decía esto, Blaskaine sintió como si los ojos de Celestine encontraran los suyos por un momento. Apartó la mirada apresuradamente, frunciendo el ceño.

—¡El Emperador vio su valentía! —gritó Celestine, y la multitud a su alrededor vitoreó—. Él vio su fe y escuchó sus oraciones —dijo, su voz superando el estruendo como un disparo. Estallaron más vítores entusiastas—. ¡Él reconoció sus sacrificios y les envió a Su Santa Viviente para guiarles a la victoria! —Blandió su espada plateada sobre su cabeza. El sol del amanecer brillaba en su hoja mientras los fieles aullaban su devoción y pronunciaban fervientes oraciones.

«Pero nuestro trabajo aún no ha terminado —dijo Celestine, haciendo otra vez un gesto de silencio. La multitud, completamente esclavizada por la Santa, desesperada por hacer cualquier cosa que la complaciera, calló al

instante. Blaskaine sintió su poder, su atracción magnética, el calor y el poder de su fe avivando la suya. Descubrió que estaba aferrando el aquila que usaba alrededor de su cuello y no pudo convencerse a sí mismo de soltarlo, a pesar de todas sus reservas.

«La oscuridad ha caído sobre la mitad del reino del Emperador —dijo Celestine, sus sombrías palabras provocaron gritos de negación y gemidos de dolor—. ¡Este mundo de Kophyn es solo uno de los cientos aislados de la luz del Emperador! ¡Pero no todo está perdido, fieles! En la adversidad, mostramos nuestra verdadera fuerza, y aunque Su luz no nos alcance aquí, y ahora, sepan que el Emperador aún ve nuestro coraje y escucha nuestras oraciones. ¡Ahora es el momento en que debemos demostrar nuestra fe luchando más duramente que nunca para disipar la oscuridad y hacer retroceder a los sirvientes de los Dioses Oscuros! ¡Ahora es el momento en que debemos arrebatar la victoria de las fauces de la derrota! Debemos levantar nuestras brillantes espadas y clavarlas en el corazón de cada traidor y hereje hasta que se ahoguen en un océano de su propia sangre contaminada. ¿Pueden hacer esto, fieles?

Gritos.

Aclamaciones.

—¡Enséñanos cómo, Santa! —gritaron otros.

—¡El Emperador protege! —llegaron gritos y sollozos y gemidos de éxtasis. Blaskaine volvió a negar con la cabeza, esta vez con asombro. Le gustaba enorgullecerse de un discurso conmovedor de vez en cuando, pero esto era algo completamente distinto.

—Por ahora, cuiden su equipo de guerra, reúnan sus raciones y den armas a los que no disponen de una —dijo Celestine—. Ofrezcan oraciones al Emperador y prepárense para la batalla, porque no puede haber descanso para nosotros hasta que este mundo regrese al abrazo del Amo de la Humanidad. Que el Emperador vaya con ustedes, fieles. Prepárense para reunirse cuando oigan el repique de las campanas.

Con eso, estaba claro que la audiencia había terminado. Blaskaine esperaba que la multitud se demorara y que muchos trataran de alcanzar a la Santa Viviente o suplicaran su bendición personal. En su lugar, se dieron la vuelta, tanto soldados rasos como ciudadanos por igual, y se adentraron en el Adul para hacer lo que se les ordenaba. Muchos hicieron la señal del aquila, mirando con adoración a la Santa mientras se marchaban.

—Trono vivo, la obedecen absolutamente —dijo Blaskaine.

—Ese es el poder de la fe en un momento como este —dijo la teniente Kasyrgeldt desde su posición a su derecha.

—Bueno, es hora de descubrir qué quiere la Santa de nosotros —dijo la capitana Maklen cuando la última persona de la muchedumbre se alejó, dejando solo a los grupos de mando del Astra Militarum y las Hermanas de Batalla de pie a la sombra de la puerta. Celestine bajó del casco del tanque en ruinas, flanqueada por sus Geminae Superia, y se dirigió a su encuentro.

—Esto debería ser interesante —dijo Blaskaine.

—Gracias por asistir a mi convocatoria —dijo Celestine, obsequiándoles a todos una sonrisa pragmática. Así de cerca, Meritorius podía sentir a la Santa Viviente irradiando poder. Incluso agobiada por las frías cenizas de su propia fe, la Hermana Superiora sentía sobre ella el calor de los latidos de la Santa. Como una, las Hermanas sobrevivientes del Cáliz de Ébano se arrodillaron e inclinaron la cabeza, levantando la señal del aquila hacia Celestine. Ella les indicó que se levantaran.

—Dudo que hubiéramos podido rechazarla —dijo el mayor Blaskaine—. Después de todo, usted vino a nosotros en nuestro momento de necesidad. —Hizo un gesto hacia Celestine con una sonrisa modesta. Meritorius pensó que el hombre estaba trabajando más duro de lo normal para afectar su despreocupación diaria, y sintió irritación de que intentara menospreciar a la Santa.

—¿Qué quiere de nosotros, mi señora? —preguntó el subduque Velle-Marchon, inclinándose profundamente. Su corte estratégica estaba de pie a su alrededor en sus galas blindadas, mirando con asombro no disimulado.

—Me gustaría tener su fuerza, su fe y su ayuda, Gastar Velle-Marchon —dijo Celestine.

—¿Sabe mi nombre? —preguntó el subduque, parpadeando a través de su monóculo. Se quitó el yelmo encrestado y se pasó una mano por el pelo muy corto, inclinándose nuevamente.

—Conozco los nombres de todos los fieles servidores del Emperador, subduque —dijo Celestine con calidez.

—La Novena Astorosiana es suya, o lo que queda de ella —dijo Velle-Marchon.

—Y estoy segura de que hablo en nombre de todos mis camaradas de armas cuando digo que el poderío de los regimientos cadianos de Tanykha Adul también está a su disposición —dijo la capitana Maklen—. Pero mi señora Santa, ¿con qué fin?

—La victoria, Petronella Maklen —dijo Celestine.

—¿En Kophyn? —soltó Blaskaine. La Santa volvió su mirada hacia él, y Meritorius lo vio acobardarse.

—Sí, mayor Blaskaine, victoria en nombre del Emperador —dijo Celestine—. ¿Alberga dudas?

Blaskaine miró a su alrededor y vio la mirada de los otros oficiales sobre él, muchas desaprobándolo. Las miradas de varias de las Hermanas de Batalla de Meritorius eran francamente venenosas. Ella, por su parte, simplemente observaba para ver si él se dejaría intimidar por el aura de poder que crepitaba alrededor de Celestine, o si lucharía en su esquina. ¿Por qué no se sentía como sus hermanas? ¿Dónde estaba su asombro ante esta magnífica mujer? ¿Por qué solo ella parecía albergar dudas como Blaskaine, incluso cuando sentía enojo por su cuestionamiento? Meritorius sentía tal frustración en ese momento que habría hecho cualquier cosa para salir de sí misma, ser cualquier otra persona, cualquiera de sus hermanas cuya fe todavía ardía con fuerza y sin titubeos en su pecho. ¿Quién era sin su fe? ¿Cuál era su propósito aquí?

—Sí, mi señora, tengo unas cuantas, como cualquier oficial aquí que se considere digno de su cargo —dijo Blaskaine—. Sé que acaba de llegar aquí desde... donde sea que estuviera... pero solo puedo suponer que nadie le ha informado de la situación. Si ese es el caso, solo puedo disculparme por la laxitud de nuestra parte, pero debe comprender, señora Santa, que la victoria estratégica convencional no es una posibilidad en Kophyn.

Celestine parecía seria.

—¿Cree que este mundo ya está perdido, mayor? —le preguntó.

Meritorius se sorprendió al escuchar a Maklen hablar en defensa de Blaskaine.

—Mi señora, con todo el respeto posible, el mayor tiene razón. Apenas sobreviven seis mil soldados capacitados entre todos nuestros regimientos, y muy pocas unidades blindadas para transportarlos o apoyarlos

adecuadamente. Las pocas aeronaves que nos quedaban se perdieron anoche, al igual que la mayoría de nuestras inhumanas reservas. Tenemos casi tantos heridos como ambulatorios, y suministros y material suficientes para sobrevivir unas pocas semanas como mucho.

—¿Y qué hay del enemigo, y cómo llegó a dominar tal poder aquí? —preguntó Celestine—. Hermana Superiora Anekwa Meritorius, hábleme del Motor de Guerra.

La lengua de Meritorius se clavó en su paladar mientras la Santa volvía su mirada hacia ella. Respiró hondo y se aclaró la garganta.

—El Motor de Guerra es un señor de la guerra renegado, Santa. Nadie que lo haya visto sobrevivió, ya que coordina sus campañas desde un lugar oculto que no hemos podido encontrar —dijo Meritorius—. Nuestra misión apenas había comenzado a Kophyn cuando cayó la oscuridad y el mundo quedó aislado. Tratamos de guiar a la gente, mi señora, pero… —Meritorius descubrió que no podía mirar a Celestine a los ojos. El peso del fracaso de las Hermanas se asentó entre sus hombros y la obligó a inclinar la cabeza.

—Pero hay mucha ignorancia en esta galaxia, y no podría detener su marea en una hora tan oscura y terrible —dijo Celestine—. No se avergüence del fracaso, Hermana Meritorius. Abrácelo. Entienda lo que le pueda enseñar. Y no cargue con la culpa que no es suya. Continúe, por favor.

Meritorius miró hacia arriba, pero su voz permaneció baja y sombría mientras contaba el resto de la angustiosa historia.

—Cuando la gente de Kophyn no pudo alcanzar a su Emperador, cuando los astrópatas se vieron aislados de la luz del Astronomicón, muchos temieron que había llegado el final. Recurrieron al folklore local. Supersticiones sombrías que nunca habían sido completamente desarraigadas entre los clanes mineros de las montañas. Dirigieron sus oraciones a un ser más oscuro, y así surgió el Motor de Guerra. Una locura se extendió entre la gente. Sedición. Herejía. Los regimientos de Cadia llegaron temprano en la guerra, sus naves emergieron de las tormentas del vacío por pura casualidad. Se unieron a la lucha, pero ya era demasiado tarde. Con la fuerza de defensa planetaria derrotada, gran parte de la población civil se movilizó contra nosotros, y el formidable liderazgo estratégico del Motor de Guerra... —Su voz volvió a temblar.

—Acarreó una derrota tras otra, aunque no fue culpa de la Hermana Superiora Meritorius —dijo Blaskaine con gravedad, y le lanzó una mirada agradecida—. La situación siempre fue insostenible. Estuvimos a la defensiva desde el principio, saltando de una batalla a otra, nunca pudimos establecer dónde estaba la fortaleza de nuestro enemigo o reunir una contraofensiva adecuada. No es que no lo intentáramos unas cuantas veces.

—¿Qué pasaría si dijera que sé exactamente dónde se encuentra el núcleo de poder del Motor de Guerra, la fuente de la locura que se ha apoderado de la gente de este mundo, y que está a solo cuatrocientas millas de este mismo lugar?

—Diría que desearía sinceramente que hubiera venido a nosotros seis semanas antes, cuando esa información podría haber marcado la diferencia —dijo el mayor Blaskaine con amargura, provocando varias exclamaciones ahogadas de los asesores de Velle-Marchon.

—Mi señora, ¿qué está diciendo? —preguntó la capitana Maklen con cuidado, ignorando las palabras de su oficial superior.

—Estoy diciendo que sé dónde y cómo debemos atacar a nuestro enemigo para derrotarlo y romper su control sobre este mundo —dijo Celestine—. El Emperador no me envió aquí por casualidad. Debo guiar a los fieles en una cruzada. Una cruzada para liberar a Kophyn de sus opresores del Caos y devolver este mundo al redil imperial.

—Mi señora Santa, nos pide que nos martiricemos —dijo Meritorius, sorprendida por su propia declaración. Celestine se giró para mirarla otra vez, con una extraña expresión en su rostro, pero Meritorius siguió adelante —. El enemigo tiene millones de guerreros e innumerables activos blindados para arrojarnos. Anoche fuimos testigos de una parte de su verdadero poder. Lucharemos por usted, Santa, pero lo que nos pide es suicidio.

—Tenga fe, Hermana Superiora —dijo Celestine. El pensamiento surgió espontáneamente en la mente de Meritorius de que daría cualquier cosa, lo que fuera por volver a sentir fe. Conoció un momento de pánico ante la idea de que sus emociones pudieran mostrarse en su rostro, pero Celestine continuó sin hacer comentarios.

«Lo que pido no será fácil. Pocos de nosotros viviremos para ver su final, porque verdaderamente es el camino de los mártires. Pero al final se encuentra la salvación de este mundo y las bendiciones del Emperador para

todos aquellos que hayan luchado para asegurarlo, los vivos y los muertos por igual.

—¿Está sugiriendo que pasemos a la ofensiva, con una fuerza que apenas puede superar la velocidad de una marcha a pie, a través de las polvorientas llanuras de Kophyn contra un mundo de enemigos? —preguntó el mayor Blaskaine—. Con el mayor de los respetos, nos encontramos en la mejor posición defensiva de la que podamos disponer…

—Posición que estaba demasiado dispuesto a abandonar anoche, mayor —dijo Celestine.

—Sea como fuere, esto es una locura —dijo Blaskaine, mirando a su alrededor en busca del apoyo de sus camaradas—. Todos estamos listos para morir por el Emperador, mi señora, pero ¿por qué desperdiciar nuestras vidas tan infructuosamente?

—El enemigo se dispersó a los vientos tras su derrota —dijo Celestine—. Pero volverán. Todos lo saben. Y cuando vengan, encontrarán que esto no es una fortaleza, sino una jaula dentro de la cual serán traspasados y degollados. *Eso* es un desperdicio infructuoso, ya que no sirve para otro propósito que no sea el de los Dioses Oscuros.

Miró a su alrededor a cada uno de ellos, desafiando a cualquiera a cuestionar su lógica. Meritorius no pudo.

—Bueno, entonces —dijo la capitana Maklen después de que el silencio se volviera denso e incómodo—. ¡Yo digo que al diablo! ¿Por qué no? Una última y gloriosa cruzada en nombre del Emperador, seguramente sea mejor que morir como ratas en un agujero.

Meritorius vio indicios de acuerdo entre los oficiales reunidos. Sus propias hermanas murmuraron en voz alta en apoyo, varias ofrecieron oraciones. Aún nada chisporroteaba dentro de Anekwa, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero podía ver el sentido de marcharse en lugar de indagar, al menos.

—¿Qué hay con los heridos? —preguntó.

—Aquellos que puedan viajar serán armados y devueltos a las filas —dijo Celestine—. Los que no deberán ir a las cuevas de Adul y atrincherarse en ellas. Con la gracia del Emperador, marchando a la guerra apartaremos la mirada del enemigo de nuestros caídos, porque los herejes de este mundo sirven a un dios sangriento que busca la guerra por encima de todas las cosas.

—¿Y dice que sabe adónde iríamos, dónde deberíamos atacar para potencialmente poner fin a esta guerra? —preguntó el mayor Blaskaine. Para sorpresa de Meritorius, el hombre parecía medio convencido. Vio engranajes girando detrás de sus ojos.

—Eso es correcto, mayor. Si somos fuertes y leales, si mostramos fe y no flaqueamos, entonces el Emperador me ha revelado que podemos lograr la victoria en este mundo, y que los verdaderamente dignos pueden incluso vivir para deleitarse de ella. E incluso para quienes no lo hagan, puede haber otras oportunidades a lo largo del duro y sangriento camino. Venganza. Catarsis. Redención.

Meritorius vio un músculo contraerse bajo el ojo de Blaskaine, pero la mandíbula del mayor se endureció.

—Entonces estoy con Petronella —dijo.

—Difícilmente podemos ver a otros comprometerse con la palabra de Celestine, y no hacerlo nosotras mismas —dijo Meritorius—. La Orden del Cáliz de Ébano está bajo su mando, Santa.

Las afirmaciones llegaron rápidamente después de eso, el último de los oficiales prometiendo su fuerza para el esfuerzo.

—Gracias, amigos —dijo Celestine cuando hubieron terminado—. Realizamos el trabajo del Emperador. Ahora, reúnanse y por favor, que aquellos que dispongan de mapas y pizarras de datos los proporcionen. Debemos planear nuestra cruzada y reunir nuestras fuerzas, y el tiempo corre en nuestra contra.

Oculto entre las sombras envueltas en humo de las piras funerarias, Unctorian Gofrey había visto a la Santa persuadir a los líderes imperiales para que se comprometieran con su plan. Ahora, cuando su consejo de guerra se disolvía y se marchaban por caminos separados, la ira ardió dentro de él, más caliente que el fuego de cadáveres detrás del cual se escondía. ¿Qué clase de tontos eran estos, para dejarse engañar tan fácilmente por sus dulces palabras? Con razón el Imperio había caído, pensó Gofrey, si herejes como estos lideraban sus ejércitos.

No, esta supuesta santa no era nada por el estilo. Lo sabía. Veía con los ojos del Emperador, veía con claridad y veracidad.

Gofrey había sido testigo de muchas cosas terribles en su vida, y reconocía a un demonio cuando lo veía en acción. Su repentina manifestación, su aura de poder, la forma en que había seducido a todos a su alrededor con demostraciones de fuerza y compasión.

Tan santa.

Tan conveniente.

Tan falsa.

El Emperador ya había enviado un sirviente a este mundo, y era Gofrey. Y ahora, con la llegada de esta bruja de lengua plateada, sabía por fin qué tarea le tenía reservada el Emperador. Los malditos tontos que tenía delante ya se habían rendido ante sus artimañas, pero quedaba un hombre en Kophyn con la fe para enfrentarse a la tentadora alada. Antes de que terminara esta guerra, Unctorian Gofrey vería que el Emperador la ajusticiara, a quien personificaba todo lo que había llevado al Imperio a la ruina.

Desterraría a la llamada Santa y mostraría su verdadera y retorcida naturaleza para que todos la vieran.

Mientras daba media vuelta y regresaba a las profundidades del Adul, Gofrey aferró aquello que colgaba de una correa de cuero alrededor de su cuello. Sí, pensó, tenía secretos y poder, y veía la verdad.

—Alabado sea el Emperador —susurró Gofrey mientras desaparecía entre las sombras—. Alabado sea el Emperador...

Más allá

Conciencia: bienvenida, repleta de un sentido naciente de propósito. Celestine abrió los ojos a la luz de las velas y respiró hondo. Vio que Fe estaba cerca de la entrada arqueada del santuario, junto a los restos astillados de la puerta.

—¿Estás lista para partir, Santa? —preguntó Fe.

—Lo estoy, pero si me lo permites, tengo muchas más preguntas —dijo Celestine. Bostezó, se estiró, notó que aún no sentía ni hambre ni sed.

—Responderé lo que pueda, pero sé poco más que tú misma —dijo Fe —. Mi poder radica en la creencia más que en la sabiduría.

Celestine caminó para unirse a Fe, sus pies blindados resonando contra la piedra fría. Se detuvo y miró por la puerta del santuario hacia la cenicienta desolación.

—¿Dónde está la ciudad? —preguntó. A través del arco yacían nada más que ventisqueros y dunas de ceniza, un desierto ennegrecido donde una vez se alzaron las ruinas desmoronadas de la civilización.

—Enterrada. Destruida —respondió Fe—. O bien fue a otra parte a través de la vorágine silenciosa de este soñador.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Celestine—. Fe, te lo pregunté antes pero no me respondiste. ¿Me responderás ahora? ¿Dónde estamos? ¿Por qué me he despertado aquí? ¿Que se supone que haga?

—Sabes dónde estás, Santa —dijo Fe—. Así como sabes que, en este momento, tanto tú como yo somos de este reino, pero no de él. En cuanto a lo que debes hacer, creo que ya lo sabes también.

—La luz —susurró Celestine.

—Por ahora, solo lo sientes, pero creo que pronto se te revelará —dijo Fe.

—Es la luz del Emperador, ¿no es así? —preguntó Celestine.

—La misma —dijo Fe, sonriendo.

—¿Encontraré mis respuestas allí, Fe? —preguntó Celestine. Fe no respondió, pero su sonrisa tampoco abandonó su rostro.

—¿Cómo vas a viajar conmigo, entonces? —preguntó Celestine—. No te dejaré aquí, no ahora que te he encontrado.

—Soy una parte de ti, una de la trinidad —dijo Fe—. Puedo volar como tú, si lo crees.

Salió por el arco vacío hacia los páramos cenicientos, seguida por Celestine. Un claro de piedra desnuda se extendía alrededor del santuario en una distancia de unos veinte pies en todas direcciones. Un círculo perfecto en el que la ceniza no se había asentado ni deslizado.

La atención de Celestine volvió a Fe. Arqueó la espalda como si estirara las torceduras de una larga noche de sueño. Mientras lo hacía, alas se extendieron desde sus hombros debajo de su túnica. Brillaban como las de Celestine, pero mientras que las de la Santa se formaban a partir de la luz dorada del sol del mediodía, las de Fe eran plateadas como la luna, atravesadas por centelleantes serpentinas de amatista.

—Son hermosas —dijo Celestine.

—Son tanto tuyas como mías —dijo Fe—. Ahora, Santa, lidera como siempre has hecho.

Celestine cerró los ojos y se aisló del silbido y el movimiento de las cenizas en el frío aire del desierto, el estruendo de las nubes de fuego por encima, el distante aullido de cosas innombrables. Buscó la luz del Emperador, y después de un momento de oración silenciosa, la encontró. El calor floreció en su rostro como un repentino rayo de sol que entra por una ventana, y no pudo reprimir una sonrisa.

—Por aquí —dijo, saltando hacia el cielo. Fe la siguió, con antorchas encendidas en la mano, y el batir de sus alas convirtiendo la ceniza en una tormenta a su paso.

Transcurrió un lapso de tiempo inconmensurable mientras dos ángeles volaban a través de retorcidos cielos. Celestine intentó interrogar a Fe más a fondo, pero las respuestas siempre eran las mismas; o Fe afirmaría que Celestine ya lo sabía, o simplemente dibujaría su cálida y enigmática sonrisa y seguiría volando sin decir una palabra.

Las tierras se habían vuelto menos informes y cambiantes, los desiertos cenicientos en cambio seguían siendo un accesorio que rodaba debajo de Celestine y Fe por millas interminables. Eventualmente, comenzaron a ver fragmentos de cristal resplandeciente estallando a través del suelo muerto.

Primero fueron afloramientos aislados, luego lo que Celestine consideró como bosquecillos de cristal. Pronto se convirtieron en un bosque hasta que cubrieron la ceniza por completo y se fusionaron en riscos ondulantes y colinas de cristal irregular a través de las cuales discurrían profundos barrancos y túneles. El cristal en sí mismo describía muchas formas extrañas y maravillosas y variaba desde azules vívidos y púrpuras espeluznantes hasta verdes ácidos y amarillos chillones, casi sulfurosos.

Fuegos bailaban aquí y allá sobre, o incluso dentro, de los peñascos de cristal. Algunos eran destellos pequeños y aislados, otros grandes conflagraciones que se extendían por millas.

—¿Qué alimenta esos incendios? —inquirió Celestine—. Allá abajo no hay nada que quemar.

—Brujería —dijo Fe, y ahora su sonrisa desapareció.

Mientras volaban, Celestine vio que la tierra por delante se elevaba. Un velo de resplandecientes neblinas plateadas se elevó ante ellas y luego se abrió como un azogue ondulante para revelar montañas monolíticas que se alzaban en el horizonte y se acercaban rápidamente. Los ojos de Celestine se abrieron como platos cuando las observó, pues parecían lenguas de fuego talladas en la misma sustancia cristalina sobre la que ahora volaba. Eran más que inmensas, elevándose más y más y más hacia el turbulento vacío, de modo que sus picos finalmente se perdieron de vista en medio de nubes de energías de fiero color.

En algún lugar allá arriba, entre los riscos irregulares, Celestine vio un débil destello de algo puro.

—¡Allí, la luz del Emperador, la veo!

—¿Deberíamos probar estas alas nuestras y volar hacia ella? —preguntó Fe.

—No estoy segura de que ni siquiera el poder de volar nos pueda llevar tan alto —dijo Celestine—. Tampoco desafiaría esa vorágine arremolinada a menos que no tuviera otra opción. Además, Fe, mira.

Señaló con su espada hacia la base de los picos de cristal. Allí abajo, en medio de la desolación, se elevaba un estrado cristalino del tamaño de una fortaleza, cuya parte superior presionaba a ras contra las laderas más bajas. Sobre ese amplio tramo de resplandeciente cristal azul y malva podía verse vagamente un asiento o trono, y sobre él estaba sentada una figura

humanoide. Mientras observaban, Celestine y Fe vieron el gesto de la figura. En respuesta, los braseros a ambos lados del trono se encendieron.

—Algo aguarda —dijo Celestine.

—Creo que tienes razón, Santa —dijo Fe.

—No hagamos esperar a este extraño —dijo Celestine, inclinando las alas y descendiendo en picado hacia el estrado que había debajo.

Los pies de Celestine tocaron el estrado de cristal y plegó las alas detrás de su espalda. Cerca, vio que la figura permanecía sentada en un trono de roca destrozada. Estaba envuelta en pesadas túnicas negras, y lo poco visible de su rostro se ocultaba detrás de una máscara de hueso. Se inclinó hacia adelante con atención, y Celestine vio el destello del pomo de una espada alzándose entre los hombros de la figura. Se parecía a la que portaba Fe. La luz del fuego de los braseros encendidos bailaba sobre ella.

—No es muy diferente a mí, Santa —dijo Fe, acercándose. Celestine levantó una mano. Sentía la intensidad de la mirada de la figura sin necesidad de verla.

—Con cautela, Fe, puede que no todo sea lo que parece —dijo.

—Cautela —escupió la figura. Su voz era ronca, pero reconociblemente femenina—. ¿Es tiempo acaso para la cautela? Acércate a mi trono o vete.

Celestine intercambió una mirada con Fe y luego dio un paso adelante, con la espada lista.

—¿Quién eres? —preguntó Celestine—. ¿Cómo es que nos esperas en este lugar?

—Preguntas e incertidumbre —gruñó la figura, y su túnica se agitó cuando sacudió la cabeza—. No eres lo que deberías ser. Eres menos que nada, un recipiente medio vacío que no vale la pena llenar.

Celestine frunció el ceño y se detuvo a una docena de pasos del trono de la figura. Su mano se desvió hacia la empuñadura de su espada y allí permaneció. Las montañas de cristal se elevaban sobre el estrado, mareando en su inmensidad. Un atronador trueno retumbó en lo alto.

—Nómbrate, criatura —dijo Celestine—. Te lo ordeno en nombre del Emperador.

Un ruido de arcadas rompió el silencio. A Celestine le tomó un momento percatarse de que el sonido que provenía de detrás de la máscara de aquella cosa era una risa, fría y cruel.

—Crees ser digna de evocar el nombre del Emperador, ¿verdad? —preguntó la figura—. Muy bien, Santa Celestine. Soy Propósito, y te espero aquí con la esperanza de que puedas probar que estoy equivocada.

—Ella *es* digna del nombre del Emperador, y de Su amor y protección —ladró Fe—. Es la Santa Viviente, el faro de la luz del Emperador y la libertadora de Sus verdaderos servidores.

—Tú, cierra la boca y conoce tu lugar —escupió Propósito—. La fe y el derecho hacen mala compañía, y muchos sufren bajo el látigo de sus buenas intenciones.

Fe retrocedió con una expresión de consternación, que rápidamente se convirtió en ira. Levantó sus tizones ardientes y Celestine volvió a hacerle un gesto para que se detuviera.

—¿Qué he hecho, Propósito, que te ha enojado tanto? —preguntó—. ¿Quién eres tú para mí, para que me importe probar que tienes razón o no?

—Es lo que no has hecho, Celestine —dijo Propósito, inclinándose más hacia adelante en su trono. Puso sus manos sobre sus brazos, y Celestine vio destellos de piel pálida manchada por la edad, uñas largas lacadas en negro de luto. Tatuajes de aquila atravesaban ambos conjuntos de nudillos de Propósito.

—¿Y qué es eso? —preguntó Celestine, cautelosa ahora.

—La guerra todavía hace estragos. —Propósito mordió las palabras, inyectando cada sílaba con veneno—. El Aniquilador Primordial continúa su alboroto a expensas del reino del Emperador. Y aquí estás de nuevo ante mi trono, con la temeridad de preguntar qué resta por hacer.

La mente de Celestine se aceleró mientras trataba de dar sentido a las palabras de Propósito. Aunque su sentido era claro, sus recuerdos aún estaban llenos de agujeros, a medio formar y demasiado ocluidos como para ayudarla.

—No sé de qué guerra hablas, aunque claramente es una entre el Emperador y los Dioses del Caos —dijo—. Hablas como si me hicieras a mí la única responsable de su continuación.

—¿Acaso no debería? —preguntó Propósito, y Celestine escuchó la burla clara en su voz—. Sin embargo, ¿cuál fue el trato que hiciste, hace

tanto tiempo? ¿Cuál fue la búsqueda a la que juraste tu alma, y la recompensa que se te prometió por tus sacrificios? ¿Cuál era tu promesa antes de ser Celestine?

—No lo recuerdo —dijo Celestine—. Pero si esta guerra se libra entre dioses, entonces no puedes...

—¡Puedo, y debo! —gruñó Propósito, surgiendo de su trono. Fe agitó sus tizones ardientes para que se dispararan, pero a un gesto de Propósito se extinguieron. Otro movimiento de su muñeca y la superficie del estrado de cristal se convulsionó. Fragmentos dentados silbaron en el aire cuando el estrado se abrió de golpe en una docena de lugares, y cadenas de hierro negro se elevaron como serpientes.

Fe gritó cuando los eslabones de la cadena la envolvieron una y otra vez, atándola en su lugar. Mientras tanto, Propósito avanzó inexorablemente hacia Celestine, que se mantuvo firme con la punta de su espada nivelada.

—La guerra todavía ruge, y vienes ante mí preguntando quién, por qué y cómo —escupió Propósito—. Deberías estar en la batalla. Deberías estar esparciendo la luz de la esperanza a aquellos que no la tienen. Deberías derribar a los injustos con la propia furia del Emperador. ¡Ya deberías haber triunfado, y en tu triunfo haber llevado a todos los demás al suyo!

Las cadenas resonaron hacia Celestine, se enrollaron en el aire y luego se lanzaron hacia ella. Golpeó un nido de eslabones con su espada, pero tres más se deslizaron alrededor de sus brazos y los arrastró hacia abajo con una fuerza que ni siquiera ella pudo resistir. Celestine gruñó mientras la obligaban a arrodillarse, más cadenas estallaron para enrollarse alrededor de su cuello y arrastraron su cabeza hacia adelante hasta que se hincó ante Propósito como si estuviera suplicando.

Celestine oyó el deslizamiento del metal contra la tela, oyó a Fe dar un grito ahogado de alarma. Comprendió que Propósito había desenvainado su espada.

—Si quieres arrancarme la cabeza de los hombros, hazlo, pero ten en cuenta que cada vez que caigo en la batalla, el Emperador me trae de vuelta —gruñó Celestine—. Lo he visto.

—Es un privilegio ganado con esfuerzo, no un derecho otorgado libremente —dijo Propósito—. Y no es para ti, sino para todos aquellos a quienes sirves.

Con eso, Celestine escuchó el agudo silbido de la espada en el aire y sintió un dolor abrasador. Sin embargo, Propósito no golpeó su cuello, sino los lugares donde sus alas emergían etéreas de sus hombros blindados. El dolor explotó a través de Celestine y apretó los dientes, decidida a no gritar. La sangre corrió por sus miembros blindados, desparramándose en el suelo a su alrededor. Otro silbido, otro golpe de la hoja y una terrible sensación de corte. Fue agonizante, pero Celestine se negó a emitir un sonido. Se aferró a su espada con una mano y tiró de sus cadenas.

Llegó un tercer golpe, luego un cuarto, y de repente las cadenas alrededor de sus miembros se relajaron. Mareada por el dolor, Celestine, sin embargo, tiró de sus ataduras con todas sus fuerzas. Esta vez cedieron, destrozándose ante su furiosa fuerza. Se puso de pie, balanceando su espada hacia arriba, registrando débilmente los fuegos gemelos de agonía entre sus omóplatos y los andrajosos restos de sus finas alas doradas esparcidas por el suelo.

Celestine se detuvo a mitad de camino, tambaleándose con impulso detenido. Propósito se irguió frente a ella, con la capucha echada hacia atrás y la máscara de calavera al descubierto. Sus ojos miraban fijamente a través de sus cuencas, salvajes y con venas rojas. Su cabello se derramaba en una melena gris a su alrededor.

Ante Propósito se encontraba una niña con un sencillo camisón blanco, de no más de ocho años. Celestine no la había visto acercarse; parecía simplemente haber aparecido. Propósito sostenía un puñado del cabello negro de la niña y había puesto la hoja de su espada en su garganta. La muchacha miró implorante a Celestine. Sus ojos estaban secos y su expresión serena a pesar de la hoja que brillaba ante ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Celestine.

—Una inocente, una de los que juraste proteger —dijo Propósito—. Solo una vida entre incontables miles de millones. Sin embargo, ¿cuánto puede significar para ti, esta niña, cuando estás allí con tu juramento sin cumplir? ¿No es más amable por mi parte matarla ahora y evitarle el lento horror de tu traición? ¿De tu fracaso?

La mente de Celestine se aceleró. Hizo a un lado su dolor y confusión, las vastas y horribles implicaciones de las palabras de Propósito. Ignoró por completo a la mujer con máscara de hueso mientras miraba fijamente a la niña.

Con cuidado, Celestine bajó su espada.

—Descuida, niña —dio suavemente—. No dejaré que te haga daño. ¿Cuál es tu nombre?

—¿No lo sabes? —dijo Propósito con un resoplido burlón—. ¿Has perdido incluso eso en medio de tu lenta disolución? —La chica solo miraba a Celestine, un pequeño temblor en su labio era la única pista del terror que estaba controlando.

—Quédate quieta, niña, y no temas —dijo Celestine—. Te salvaré de esto.

—No puedes salvarla, no más de lo que puedes salvar a cualquier otra persona —dijo Propósito. Los ojos de Celestine se abrieron de golpe y fijó su mirada en la de la mujer de la máscara de hueso. La voz de la Santa, cuando habló, fue dura como el acero al ser chocado.

—Si le haces el más mínimo daño a esa niña, entonces juro por el nombre del Emperador que tomaré mi espada y te la clavaré en el corazón. ¿Dudas de mí?

—Claro que no —dijo Propósito, y Celestine frunció el ceño cuando escuchó una leve nota de aprobación en la voz de la mujer—. Quizá aún haya esperanza para ti, Celestine. Quizá aún puedas probarte a ti misma.

—Si lo hago, ¿la dejarás ir? —preguntó Celestine. No tenía idea de cómo podría proteger a esta niña en medio de un reino tan infernal, o cómo la traería a la luz del Emperador sin ponerla en un peligro aún mayor. Incluso cómo la niña había llegado frente a ella. Sólo sabía, con absoluta certeza, que debía defenderla.

—Lo juro —dijo Propósito.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó Celestine, aunque en su corazón pensaba que ya sabía lo que escucharía a continuación.

—Sube —dijo Propósito, y Celestine cerró los ojos, exhalando lentamente. Volvió a abrirlos y miró más allá de Propósito, a la irregular inmensidad de la ladera de la montaña que se elevaba hacia la neblina en lo alto.

—¿Qué tanto? —preguntó Celestine—. ¿A dónde?

—No te corresponde a ti hacer esas preguntas —replicó Propósito—. ¿Tu fe no es suficiente, Celestine?

Celestine negó con la cabeza. Deslizó su hoja en la vaina en su espalda.

—Muy bien —dijo—. Pero si dañas a esa niña, te perseguiré hasta los confines de este infernal reino, y ningún engaño o manipulación será suficiente para salvarte de mi ira. No me importa qué dioses gobiernen aquí, ni qué tan lejos de la luz del Emperador nos desviemos, lo haré.

—Solo sube —dijo Propósito—. Nosotras nos quedaremos atrás, porque esto debes hacerlo sola.

Lanzando otra mirada tranquilizadora a la niña, y lo que esperaba fuera una mirada significativa a Fe, Celestine pasó junto a Propósito y se acercó a la roca cristalina. De cerca, era irregular y plagada de grietas, su superficie brillaba con reflejos rotos. En algún lugar debajo de la superficie, los fuegos parpadeantes bailaban como si estuvieran atrapados en un glaciar o en una piscina profunda y congelada.

Encontrar asideros no sería un problema, pensó Celestine. Miró hacia arriba y el vértigo trató de hacerla tambalearse. No, pensó, el peligro aquí no era la naturaleza de la escalada, sino su espantosa duración.

—Emperador, dame fuerzas para que pueda salvar a esta alma inocente —dijo Celestine, y con esas palabras se aferró a sus primeros asideros y se impulsó hacia arriba.

Al principio, la escalada fue sencilla. Entre su propia fuerza y la asistencia de su servoarmadura, fue bastante simple para Celestine clavar los dedos de manos y pies revestidos de metal en las grietas e impulsarse hacia arriba de manera constante. El dolor entre los omóplatos no había disminuido, pero pudo empujar la sensación al fondo de su mente y sellarla detrás de una pared de hierro.

El recuerdo del asustado rostro de la niña la ayudó a hacerlo.

Los pensamientos de Celestine daban vueltas, las palabras de Propósito reverberando a través de ellos. ¿Qué era esta guerra que el Emperador libraba contra los Dioses Oscuros? ¿Estaba realmente agobiada por su final, y si fuera así, realmente había fallado en su deber de terminarla? ¿Cuántos inocentes sufrían por sus fracasos? ¿Y por qué la idea de esa niña en peligro la perturbaba mucho más profundamente que la noción del sufrimiento de los demás?

—Porque lo hace, y lo sabes —dijo, dirigiéndose a su borroso reflejo en la roca cristalina—. ¿Es solo porque ella estaba justo ahí frente a ti? O… —Celestine no estaba segura de cómo terminar ese pensamiento, pero sabía que sentía una conexión con la niña y que era suficiente para impulsarla, mano sobre mano, hacia la cara del acantilado.

Una mirada hacia arriba hizo que Celestine deseara no haber alzado la vista. La escalada se extendía interminablemente hasta convertirse en una neblina caleidoscópica, y el brillo de la superficie de cristal hacía que su visión se nublara con imágenes un tanto nebulosas como si el propio acantilado estuviera ondulando y palpitando.

Con la mandíbula apretada, Celestine miró hacia abajo y se sorprendió al ver que las mismas nubes multicolores se habían cerrado debajo suyo. Había estado subiendo durante unos minutos, pero el estrado de cristal ya se había desvanecido en la neblina, llevándose a Fe, Propósito y a la niña con él.

La subida ahora parecía interminable. Celestine se aferró al acantilado de cristal dentado y tomó varias respiraciones lentas, luchando contra el pánico irracional que se apoderaba de ella ante este pensamiento. Se percató de que había llegado a dar por sentadas sus alas. Ahora, con tal opción desaparecida, sentía profundamente su ausencia. Lógicamente, el suelo aún debía estar allí debajo suyo. Pero, ¿y si no era así?, susurró una parte traicionera de su mente. Este lugar era tan inconstante como las olas del océano y un millón de veces más mutable. No tenía ninguna garantía de que, en el momento en que perdió de vista el suelo, no lo hubiera perdido por completo.

—Fe, si acaso nos separamos, debes cuidar a esa niña —murmuró Celestine en el comunicador del gorjal de su armadura. No tenía motivos para pensar que su compañera la escucharía, pero de alguna manera la acción la hizo sentir mejor. Como mantener una conexión—. Si puedes oírme, Fe, haz lo que tengas que hacer. Mantenla a salvo y te encontraré nuevamente.

Celestine respiró con lentitud y luego obligó a sus extremidades a moverse. Si el suelo estaba allí o no, era irrelevante. Su tarea era escalar, y así lo haría. Tenía que confiar en que llegaría a la cima de este ascenso de pesadilla. Tenía que esperar que el Emperador aún la cuidara.

Mientras Celestine continuaba escalando, un viento sopló a su alrededor. Era travieso y racheado, tratando de hacerla caer al vacío. Con un rostro sombrío, Celestine resistió sus esfuerzos y siguió adelante.

Los minutos pasaron raudos y pudo seguir un ritmo. Buscar el siguiente punto de apoyo para las manos o los pies. Mover una extremidad hacia él y asegurar su agarre, por la fuerza si era necesario. Probar que su nuevo punto de anclaje pudiera soportar su peso blindado. Impulsarse hacia arriba. Repetir. Su corazón latía constantemente con el esfuerzo, y un lento calor inundó sus extremidades. Buscó una cornisa o una grieta más profunda donde pudiera asegurarse para descansar unos momentos, pero no encontró nada.

La escalada continuaba y Celestine perdió la noción del tiempo. El viento gemía y chillaba a través de los peñascos de cristal. Jirones de nubes moradas y azules pasaron a toda velocidad junto a ella. De vez en cuando, Celestine creía ver formas moviéndose en la bruma de arriba, oscuras sugerencias de cosas enormes y aladas cuya atención no se atrevía a atraer. En esos momentos se congelaba, abrazando la cara del acantilado y presionando su mejilla contra el cristal, rezando al Emperador para que las misteriosas criaturas siguieran de largo. No era que Celestine temiera la batalla, pero en un lugar así, sin siquiera la facilidad para desenvainar su espada y resistir, no se hacía ilusiones en cuanto a sus esperanzas de sobrevivir.

Las extremidades de Celestine comenzaron a arder. Le dolían las articulaciones por el esfuerzo de arrastrarse constantemente hacia arriba. Le dolían los dedos de las manos y los pies por chocar contra el acantilado una y otra vez. Aunque su armadura estaba perfectamente ajustada y acolchada, aún así su piel comenzó a rozarse contra sus superficies internas a través del trabajo constante. El sudor hormigueaba en la piel de Celestine y le pegaba el cabello a la frente y el cuello. Su sangre latía constantemente en sus oídos. Con tantas otras fuentes de dolor arrastrándola, el fuego de sus alas cortadas amenazaba con abrirse paso nuevamente y robarle la fuerza con su intensidad.

Continuó su ascenso, aunque ya no podía decir cuánto tiempo había estado haciéndolo. ¿Quizás habían pasado horas? ¿Quizás habían sido días? Una pequeña parte de Celestine se preguntaba si alguna vez había hecho algo más que escalar, si todo lo realizado con anterioridad había sido

simplemente una ilusión, y si las esperanzas que tenía de llegar a la cima eran solo un espejismo. Conocía los peligros de tales pensamientos. Los aplastó sin piedad, pero sus dudas no pudieron disiparse por completo.

—Emperador, dame fuerzas —oró, pero si su deidad respondía u ofrecía su protección, no sentía su beneficio. Quizá no podría alcanzarla en este lugar, pensó Celestine con alarma.

—***Quizá sea incluso peor. Tal vez te escucha y no le importa*** —dijo una voz que reconoció como la suya, pero sabía que no había articulado ninguna palabra. La mente cansada de Celestine tardó un momento en darse cuenta de que la voz pertenecía a su reflejo borroso, que todavía la miraba desde las profundidades cristalinas.

Éste sonrió, aunque ella no.

Dejó de escalar y cerró los ojos con fuerza, manteniéndolos así durante un largo momento antes de volver a abrirlos. Su reflejo permaneció, observándola con ojos que eran poco más que manchas deformadas. Por detrás, a través de él, vio parpadear fuegos de muchos colores.

—***Todavía estoy aquí*** —dijo—. ***No puedes escapar de mí, Celestine, como tampoco puedes escapar de la tarea del purgatorio que has jurado. A tu Emperador no le importa tu sufrimiento. Aquellos por los que sufres tampoco se preocupan. Te esfuerzas, sudas y sangras, y a ninguno de ellos les importa en absoluto.***

—Un simple engaño —dijo Celestine, comenzando a subir de nuevo. Sus miembros se habían asentado en una posición de relativo descanso, y ahora sentía un nuevo dolor palpitando a través de ellos cuando los obligó a moverse otra vez.

—***¿Sabes siquiera por qué peleas?*** —preguntó su reflejo.

—Peleo... por mi Emperador —dijo Celestine con los dientes apretados.

—***Un dios debería ser capaz de pelear sus propias batallas, ¿no crees?*** —preguntó su reflejo—. ***Y además, Celestine, querida, no puedes mentirme. Yo soy tú. Así que. ¿Por qué peleas?***

—Para proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos —dijo Celestine—. Lucho para traer luz y esperanza al rebaño del Emperador.

—***¿De verdad?*** —preguntó su reflejo, y su risa fue el brillante crepitar de leña fresca—. ***Entonces, eres una mártir, ¿verdad? ¿Un alma desinteresada, arrastrándose a sí misma a través de los desechos del purgatorio por el bien de innumerables miles de millones que ni conocen***

ni se preocupan por tus sacrificios en su nombre? Eso suena bastante patético, ¿no es así, querida?

—Que los fuertes se sacrifiquen para proteger a los que tienen menos fuerza que ellos, esta es la marca de la fe y la bondad —citó Celestine, extrayendo las palabras de su memoria irregular del Credo Imperial—. Porque aunque el rebaño todopoderoso de la humanidad puede tener poco valor individualmente, como uno solo sirven a la voluntad del Emperador, y un solo hombre o mujer puede aumentar mil veces su valor para el Emperador a través de la ofrenda de su sangre.

—***Tus escrituras están un poco anticuadas, querida*** —dijo su reflejo con una sonrisa borrosa que parecía demasiado ancha para su rostro—. ***Citan una versión bastante más oscura de ese credo en esta era desesperada.***

Celestine parpadeó cuando su reflejo brilló y desapareció, reemplazado dentro de la superficie de cristal por una borrosa imagen de un campo de batalla. Cielos oscuros sobre un páramo ceniciento de trincheras y alambre de púas. Tanques destrozados ardían como fuegos fatuos en medio de la penumbra, y Celestine vio vagamente hordas de soldados avanzando entre ellos a través de esta infernal tierra de nadie. En la distancia, vio los íconos de los Dioses del Caos elevándose sobre más trincheras y búnkeres, mientras que las aquilas imperiales ondeaban sobre el ejército que avanzaba ante ella.

La visión cambió, acercándose, moviéndose con Celestine incluso mientras continuaba trepando obstinadamente. Intentó apartar la mirada, pero no pudo hacerlo y también buscó asideros. Tampoco podía arriesgarse a escalar con los ojos cerrados. Y así se vio obligada a mirar mientras la visión le mostraba las masas pálidas y de ojos hundidos que avanzaban bajo los estandartes imperiales. Vio sus rostros crueles y rasgos demacrados, ojos hundidos y embotados por la estupidez y el dolor. Sacerdotes de la fe imperial caminaban entre ellos con túnicas ensangrentadas y lanzaban látigos con mangos de oro sobre sus espaldas harapientas.

—Que todos se sacrifiquen para proteger el Trono Dorado, porque esta es la marca de la fe y la obediencia —bramó el sacerdote más cercano—. Porque el rebaño de la humanidad no vale nada más que grano para el molino de la batalla, y la guerra es la voluntad del Emperador. El único

valor del hombre o de la mujer es como la sangre derramada sobre Su altar de oro.

A su alrededor, los soldados lanzaron un grito de dolor y avanzaron hacia los cañones del enemigo. Celestine miró hacia otro lado mientras la matanza se volvía más sangrienta, y la imagen se desvaneció, se convirtió de nuevo en su reflejo.

—***¿Son estas las personas por las que mueres, querida?*** —preguntó, sonando casi comprensiva—. ***Seguro que también son mártires del maldito credo del Emperador al que te aferras. ¿Qué diferencia puedes hacer como otra vida desperdiciada más?***

—No tengo por qué responderte —dijo Celestine—. Tú *no* eres yo, y tus mentiras no encontrarán asidero en mi alma.

—***No soy más que una expresión de tus propias dudas*** —se burló su reflejo.

—No dudaré, porque tengo al Emperador para que me vigile —dijo Celestine.

—***El lisiado, el cadáver encerrado para siempre en su dorado reposo, el descuidado aspirante a dios por cuyas obscenas ambiciones ha sufrido toda la humanidad durante diez mil años*** —silbó su reflejo—. ***¿Ese Emperador? Él no te cuida, querida Celestine. Es poco más que un cadáver hambriento.***

Con cada declaración, el reflejo de Celestine llenaba los vacíos en sus recuerdos. Sin embargo, lo que regresaba era horrible, destructivo para el alma. Celestine recordó el Imperio, recordó cómo, con cada nueva encarnación de sí misma, lo había visto oscurecerse y decaer. El Emperador había quedado atrapado para siempre dentro de Su Trono Dorado, los Dioses del Caos enviaban nuevas legiones para asaltar el dominio de la humanidad cada día que pasaba, y a medida que transcurrían los milenios, la esperanza y el coraje habían sido reemplazados por la ignorancia, el miedo y la opresión. Cada recuerdo era como un golpe físico, haciendo que sus oídos zumbaran y manchas bailaran ante sus ojos. Se le revolvió el estómago y, por un momento, tuvo la sensación de que simplemente podría dejar de aferrarse a la pared de roca y dejarse caer.

La sonrisa de su reflejo se amplió aún más, casi partiendo su cabeza en dos.

—***¿Recuerdas, verdad? Recuerdas el Imperio por el que luchas, lo inútil que es todo, lo vano que es todo.***

—*No* es inútil —escupió Celestine—. Todavía hay fuerza en la humanidad. Hay bondad. Hay algunos que vale la pena salvar. —Mientras decía esto, la imagen de la niña pasó por su mente de nuevo, perdida ahora, tan atrás. Su reflejo vaciló, y Celestine vio una sugerencia de imágenes fantasmales parpadeando en su lugar, de guerreros leales luchando contra viento y marea, de ella misma erguida entre ellos con la luz del Emperador cantando a su alrededor y su espada destellando en su mano. Cuanto más se concentraba, más se resolvían las imágenes y más recuerdos volvían a encajar en su lugar. Celestine fue consciente de que, por cada recuerdo sombrío que la agobiaba, había otro de heroísmo y victoria contra la oscuridad que la animaba.

Los fuegos en lo profundo de la cara del acantilado latieron, y su reflejo nadó de nuevo al frente. Su sonrisa había desaparecido, aunque su rostro todavía estaba sutilmente deformado.

—***¿Recuerdas cómo empezó todo para ti?*** —preguntó su reflejo, las cejas bajando en un ceño fruncido—. ***¿Te gustaría recordar? Permíteme ayudarte.***

Su imagen se alejó de nuevo y ahora Celestine vio un corredor dentro de una fortaleza. Estaba inclinado y parcialmente roto, el mortero se derramaba donde una pared se había derrumbado. Las llamas bailaban, el humo se elevaba y hombres y mujeres heridos pedían ayuda a gritos. Celestine se vio a sí misma en medio de todo. Esta mujer no era una guerrera. Llevaba una túnica de color marrón y gris, impresa con aquilas imperiales en negro y oro. Estaba agazapada entre las ruinas, con la cara ensangrentada por una herida en el cuero cabelludo, la ropa y la piel manchadas de ceniza. Parecía enfadada y temerosa a partes iguales, y Celestine volvió a sentir un fantasma de las emociones que había sentido ese día.

—La última batalla —susurró—. El palacio del Emperador.

—***Sí*** —murmuró su reflejo—. ***El bombardeo. La evacuación que llegó demasiado tarde. Fuiste menos que una nota a pie de página ese día, desechada...***

—No, fui elegida —gruñó Celestine, y la imagen que tenía ante ella se onduló como un estanque al que hubieran arrojado una piedra. Una enorme

figura estaba de pie sobre Celestine, la luz brillando desde su magnífica armadura inundaba el pasillo. Su postura agazapada por el miedo se había tornado en una protectora, y por un instante vio la sugerencia de algo debajo suyo, protegido por su cuerpo. Luz dorada reflejada en sus grandes ojos.

La imagen se onduló de nuevo y la figura desapareció. El grito de las municiones descendentes llenó el aire, mezclándose con los gemidos desesperados de las voces humanas creando una cacofonía de condenados. Las explosiones florecieron y las llamas que todo lo consumían rugieron a lo largo del pasaje. Celestine se vio a sí misma observando la tormenta de fuego que se precipitaba con una mirada de absoluta desesperación, su cabello y su túnica ondeando en el viento ardiente, su piel ampollada por el intenso calor.

—Te dejó para que murieras —siseó la voz de su reflejo. Sin embargo, en ese instante, Celestine supo que su torturadora había huido.

—No, él me dio una tarea —dijo—. Me hizo elegir. Un deber. Un propósito.

En el momento antes de que estallara la tormenta de fuego, la imagen se estremeció otra vez. La expresión de terror de Celestine se desvaneció como la ilusión que era, y vio en su rostro una mirada de determinación tan absoluta que hizo que su corazón se hinchara de orgullo. Una vez más, llegó la sugerencia momentánea de una forma debajo suyo, brindando el escaso escudo de su cuerpo. Entonces las llamas lo consumieron todo, y la visión se desvaneció.

—***Tu propósito es sufrir infinitamente por los que no se lo merecen y los desagradecidos*** —espetó la voz de su torturadora, cuya imagen se había convertido ahora en un borrón sin forma centrado alrededor de unas lascivas fauces—. ***Mueres, y mueres, y vuelves a morir. Morirás una y otra vez hasta el fin del universo y la condenación final de todos. Verás perecer las estrellas en el cielo resplandeciente, Celestine, y sabrás que todo fue en vano.***

Otra imagen brilló ante ella, Celestine vestida con el andrajoso atuendo de la Repentia, con una evisceradora rugiente en sus manos. Celestine cayendo en medio de sus fallidas hermanas, su cadáver entre los suyos, otra muerte desperdiciada. Celestine enfocó su mente y la imagen onduló, revelando su pecho aún subiendo y bajando mientras se aferraba a la vida

hasta que sus hermanas la encontraron y declararon que su supervivencia había sido milagrosa.

—Me matarán, una y otra vez —asintió Celestine—. Pero cada vez que muera, también viviré, y cada vez que viva, lucharé, porque ese es mi deber. Esa es mi parte del trato que se cerró ese día. Y con cada vida conoceré la satisfacción en el servicio, y con cada muerte conoceré la satisfacción en la aceptación, porque con cada batalla librada y cada vida entregada, cumplo con mi deber hacia el Emperador y Su rebaño sin fin. Y así me acerco cada vez más a *mi* recompensa.

Con eso, Celestine sintió que una nueva fuerza llenaba sus miembros. Al mismo tiempo, su torturadora escupió una maldición frustrada y desapareció de la vista, el humo y el fuego se desvanecieron en lo profundo de los acantilados y se perdieron de vista.

Celestine miró hacia arriba y allí, por encima suyo, vio una repisa. En el mismo instante se encontró mirando los grandes ojos oscuros de la niña que había dejado muy abajo. La joven miró por encima de la cornisa por un breve instante y luego retrocedió, desapareciendo de la vista de Celestine.

La Santa apretó los dientes y se arrastró hacia arriba con miembros que quemaban y estremecían. Clavó sus guanteletes en la cara del acantilado y arrastró su peso blindado hacia arriba en una serie de movimientos tambaleantes. Ignoró el abismo por debajo, las formas que se movían en la oscuridad, el estruendo del trueno y las llamas entre las nubes.

Volvió a levantar la mano y de repente estaba aferrando el borde de la cornisa. Tiró, jadeando por el esfuerzo, y se incorporó. Se apartó rodando del abismo y quedó tendida de espaldas, con el corazón desbocado, las extremidades ardiendo, la respiración entrando y saliendo como un fuelle.

—¡Celestine! —El grito la hizo ponerse en cuclillas para luchar, con la espada lista a pesar del dolorido agotamiento de sus extremidades. Se dio cuenta de que el saliente era considerable, una plataforma de cristal de quince metros de ancho, y en su parte trasera había una fisura oscura. La boca de una cueva, se percató, que conducía a la cara del acantilado.

Entre ella y esa oscura rasgadura se arrodillaba Propósito, su cuerpo inclinado hacia adelante y su cabeza apoyada en un bloque de latón manchado de sangre. Fe permanecía a un lado, con sus tizones ardientes en las manos, mirando a Celestine en busca de orientación. Por encima de Propósito se cernía una figura gigante, enormemente musculosa y

fácilmente de doce pies de altura. El ser estaba parcialmente blindado con placas de color rojo oscuro que estaban sujetas a su forma desnuda con cadenas de latón. Su rostro permanecía oculto detrás de un yelmo rojo blanco que montaba cuernos de carnero de gran tamaño y tenía una runa de calavera estilizada en su placa frontal sin ojos. Su piel estaba estropeada con escarificaciones, repitiendo la runa del cráneo una y otra vez, y en sus manos sostenía una enorme hacha de verdugo.

—Ordena el golpe, Celestine. —La voz del hachero retumbó desde detrás de su yelmo en un gruñido inhumanamente profundo.

Esta hoja colgaba suspendida, lista para caer y cortar la cabeza de Propósito de sus hombros con un solo golpe. A la mente cansada de Celestine le tomó un momento darse cuenta de que la figura estaba esperando su palabra.

Propósito la miró con los ojos enrojecidos. Su máscara de hueso había desaparecido y yacía hecha añicos a un lado. Revelado estaba el rostro de una anciana cansada, curtida con penas e innumerables preocupaciones. Lágrimas recorrían su rostro.

—Lo siento, Santa —dijo Propósito—. Lamento todo lo que te he hecho pasar. No te pediré perdón. No lo merezco.

—¿Dónde está la niña? —jadeó Celestine, recuperando poco a poco el aliento.

—Se fue —dijo Fe.

—¿A dónde? —preguntó. Antes de que Fe pudiera responder, la enorme figura gruñó detrás de su yelmo y blandió su hacha.

—Ordénalo…

—Espera tu decisión, pero su paciencia es escasa —dijo Propósito.

Celestine miró la monstruosa figura y no sintió más que repugnancia. Esta era una criatura del Caos, enorme y corrupta. Celestine sintió ira por todo lo que Propósito la había hecho pasar, el dolor y el peligro al que la había sometido. La imagen de Propósito con su espada en la garganta de la niña volvió a surgir en su mente, y una ola de odio y furia se elevó en su interior. Por un breve instante, Celestine quiso ordenarle a la monstruosa figura que atacara.

Sin embargo, en ese mismo instante, Celestine se dio cuenta de que la ira que sentía no era la suya.

—Propósito, sé tu verdadero nombre, y es Deber —dijo Celestine—. Y si los Dioses Oscuros piensan por un instante que permitiría que una abominación tan contaminada como esta actuara como árbitro de mi voluntad, entonces solo prueban que no pueden comprender las profundidades de mi fe, o mi convicción, o mi fuerza.

Dicho esto, saltó. El monstruoso verdugo agitó su espada con todas sus fuerzas y Deber gritó. Se oyó un sonido metálico resonante cuando la hoja de Celestine detuvo el hacha del verdugo apenas unos centímetros por encima de la nuca de Deber.

—Te desafío, como desafío todas las obras de los Dioses Oscuros —gruñó Celestine, con los brazos temblando por el esfuerzo de contener la espada del verdugo—. ¡Acepto mi deber porque es una parte tan importante de lo que soy como lo es mi fe, y escupo sobre ti y toda tu inmunda especie!

Los servos gimieron en su armadura cuando giró, forzando su espada hacia arriba y haciendo retroceder el arma del verdugo. El monstruoso guerrero rugió, el sonido amortiguado por la placa frontal de su yelmo, y balanceó su arma hacia atrás para dar otro golpe. Celestine agarró a Deber por un hombro y la arrojó a un lado sin contemplaciones antes de lanzarse hacia el otro lado. El hacha del monstruo cayó y golpeó el bloque de latón. Saltaron chispas por el impacto, pero tanto Celestine como Deber resultaron ilesas.

Con un gruñido retumbante, el verdugo sacó su arma del bloque y se dirigió pesadamente hacia Celestine. Sin alas, de espaldas al vacío, tomó una posición de lucha. Estaba exhausta por la escalada y este enorme monstruo se estremecía con una fuerza antinatural. Sin embargo, tal vez si pudiera incitarlo a cargar imprudentemente, podría hacerse a un lado y enviarlo por el borde a su perdición.

El verdugo se tambaleó cuando una furiosa ráfaga de fuego lo golpeó desde un costado. Celestine vio a Fe avanzando hacia el monstruo, lanzando ascuas ardientes y una mirada de determinación asesina en su rostro. El verdugo giró en su dirección, luego se tambaleó cuando otra explosión pirotécnica lo golpeó desde la otra punta. Giró de nuevo, la carne se ennegreció, y Celestine vio que Deber estaba de pie y empuñaba sus propias marcas ardientes. Las alas habían brotado de la espalda de la mujer, brillando con los colores del rubí y la obsidiana.

Celestine no perdió su oportunidad. Cargó, clavando su espada en la espalda del verdugo, con la punta enfilando al corazón. El monstruo aulló de dolor, poniéndose rígido como si hubiera sido electrocutado cuando la punta de su espada estalló de su pecho en una lluvia de sangre.

Los músculos se tensaron bajo la piel pálida como un gusano cuando el verdugo intentó girarse. Celestine gritó cuando su espada fue arrancada de sus manos. Se arrojó al suelo mientras la enorme hacha pasaba zumbando sobre su cabeza, luego se alejó rodando cuando el pie del verdugo golpeó el lugar donde había estado su cara.

Las llamas se encendieron de nuevo cuando Fe y Deber asaetearon al monstruo con sus tizones ardientes, y se tambaleó con otro rugido ahogado. La sangre llovió alrededor de la punta y la empuñadura de la espada de Celestine y el verdugo trastabilló.

Celestine se puso de pie, esquivó otro poderoso golpe de hacha y agarró la empuñadura de su espada. Con un gruñido de esfuerzo, arrastró la hoja para liberarla.

—¡Emperador, guía mi espada! —gritó, luego giró sobre sus talones y azotó su espada en un arco siseante. Golpeó bajo y atravesó la rodilla derecha del verdugo, cortándole la pierna por completo. La criatura lanzó otro rugido de furia sin sentido, pero no pudo evitar caer de lado y estrellarse contra el suelo. La sangre manó del muñón de su pierna cortada y brotó de los agujeros en la espalda y el pecho. Todavía intentó arrastrarse hacia Celestine, con el hacha aferrada en un enorme puño, el rostro sin ojos fijo en ella.

Fe y Deber se acercaron y bañaron al monstruo en llamas hasta que su carne crujió y la grasa corporal chisporroteó.

Aún así se arrastró, emitiendo gruñidos y aullidos. Celestine miró a la destrozada criatura con disgusto.

—Tal es el precio de la herejía —entonó, levantando la espada en alto—. Tal es el destino de todos los que desafían la voluntad del Emperador.

Con eso, la hoja de Celestine silbó y separó la cabeza del monstruo de sus hombros. Sangre fundida salió disparada, salpicando las grebas de Celestine, y las extremidades restantes del hachero tamborilearon contra la roca como si su cuerpo todavía luchara contra la muerte. Solo cuando estuvo bastante segura de que había dejado de moverse y que finalmente

había muerto de forma irrevocable, Celestine se permitió caer de rodillas exhausta.

DÍA 412 DE LA GUERRA – 1300 HORAS IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN CAMPOS DE CRÁTERES DE MANSEYT– LO:722-6/LA:633-4

El mayor Blaskaine viajaba en un prestado vehículo blindado de transporte de personal Taurox llamado *Resistencia*. Durante los últimos siete días, el vehículo había actuado como su base de mando móvil y Blaskaine tenía que admitir que, para ser una estrecha y a menudo calurosa caja metálica sobre orugas, se había encariñado mucho con la anciana.

Por la noche, cuando bajaban las temperaturas, se alegraba de la capacidad del vehículo para presurizar y sellar la atmósfera interior. Ahora, sin embargo, con el sol del mediodía pegando fuerte, se hallaba en lo alto de la cúpula del vehículo con la escotilla abierta y sin la gorra. Blaskaine disfrutaba del simple placer del viento soplando a través de su grasiento cabello mientras el Taurox avanzaba con estruendo. Si era honesto consigo mismo, era una sorpresa bastante agradable el simple hecho de continuar con vida; Blaskaine sintió que su ánimo se elevaba desproporcionadamente sólo por seguir respirando.

No había mucho que decir sobre la vista, por supuesto. Rara vez estaba en Kophyn. El planeta era duro y cubierto de cicatrices, una bola de roca y polvo que se había considerado digna de ser habitada solo por los ricos depósitos minerales que atravesaban sus estratos geológicos. En ese momento, la cruzada avanzaba a través de una llanura polvorienta bajo un cielo azul intenso, con apenas un montón de maleza o una formación rocosa que sobresalía para romper la inerte monotonía.

El *Resistencia* viajaba cerca de la cabeza de la columna rezagada de tanques y soldados que componían la cruzada de Santa Celestine. Los vehículos se habían visto obligados a moverse a paso lento, ya que no había suficiente blindaje para movilizar a todos, por lo que el progreso había sido constante en el mejor de los casos. Aún así, reflexionó Blaskaine, habían sido extraordinariamente afortunados hasta el momento. Aparte de unas pocas partidas de guerra de culto dispersas y una sola columna de oxidados tanques de renegados, la cruzada no había encontrado resistencia seria en una semana entera moviéndose por territorio hostil.

—Nada menos que milagroso, en verdad —murmuró para sí mismo, y se sorprendió al descubrir que lo decía en serio, menos mordazmente de lo que había pensado. Aún así, se inquietó; según la experiencia de Blaskaine, un enemigo invisible era más peligroso que uno que se yergue orgulloso ante ti. Había pensado en reunirse tranquilamente con los otros oficiales de Cadia para hablar sobre su enemigo ausente, tal vez para organizar grupos de exploración adicionales, pero había aplazado la decisión. Blaskaine se dijo a sí mismo que esto se debía a que no podían prescindir de los exploradores. La verdad era que no podía soportar la idea de que sus dudas pudieran ser respondidas por guerreros a los que había respetado durante

mucho tiempo y que ahora vomitaban fanatismo y hablaban de una fe incuestionable.

Podía verla allí arriba, al frente de la columna que marchaba. La Santa, flanqueada por sus Geminae Superia, avanza a grandes zancadas en medio de las Adepta Sororitas. Caminaba como todo el mundo, aunque él la había visto volar con soltura. El mensaje no había pasado desapercibido para Blaskaine. Sintió una punzada momentánea de culpa cuando miró hacia atrás a los soldados de Cadia que marchaban impasibles a través de la estela de polvo levantada por su vehículo blindado de transporte de tropas.

Su ensoñación fue interrumpida por un movimiento debajo suyo. Blaskaine se deslizó hacia atrás para hacer espacio cuando Kasyrgeldt le pasó un auricular vox.

—La capitana Maklen, señor —dijo Kasyrgeldt—. Suena como que hay problemas.

El Leman Russ Executioner de Maklen, el *Seccionador*, estaba en la mitad de la columna. El potente tanque de plasma apenas era visible a través de sus magnoculares entre las nubes de polvo levantadas por los vehículos que lo rodeaban.

—Gracias, Astryd —dijo Blaskaine, tomando el voluminoso auricular y presionando la runa de “recibir” mientras su ayudante regresaba a la bahía de tropas del Taurox—. Capitana Maklen, aquí el mayor Blaskaine.

—*Charn, mis exploradores informan de posibles problemas más adelante* —dijo la capitana Maklen.

—¿Qué tipo de peligro se nos presenta? —inquirió Blaskaine, preguntándose si ahora, como había sospechado, la otra bota estaba a punto de derrumbarse.

—*Nos acercamos a los campos de cráteres de Manseyt* —dijo Maklen —. *Primer territorio de emboscada. Y ahora estamos a sólo cien millas de las montañas Khatmadh'Nul.*

—Acercándonos a Shambach contra viento y marea —dijo Blaskaine.

Shambach, la Ciudad de los Lingotes, había sido la antigua ciudad de oración de Kophyn, y servía como capital espiritual y minera del planeta. Residía en un valle rocoso a los pies del sagrado Monte Imperator. Sus benditas minas habían sido las más ricas de Kophyn durante más de mil años.

También era, según la Santa, el bastión principal del enemigo y la fuente de la corrupción que había acosado al planeta. No había dicho cómo sabía esto, por supuesto, o cuál era precisamente la naturaleza de esa corrupción, y Blaskaine se había enfurecido cada vez más durante los siete días anteriores con su firme insistencia en que "tenía fe y confianza en el Emperador".

Aun así, reflexionó con amargura, esos halagos parecían suficientes para todos los demás y él no era de los que pelearan batallas perdidas. En privado, Blaskaine pensaba que morir bajo las armas de un bastión traidor era lo mismo que morir bajo las armas de cualquier otro, y que todos ofrecerían la misma oportunidad de salvar algo de mano de obra y escapar cuando las cosas inevitablemente empeoraran.

—*Sí, pero nunca llegaremos a la Ciudad de los Lingotes si corremos y nos matan los enemigos que nos emboscan aquí* —dijo Maklen, con un tono majestuoso que devolvió a Blaskaine al presente—. *Las tripulaciones de Salamanders están informando de enormes iconos de renegados que sobresalen de algunos de los cráteres.*

—Parece un tanto descarado —dijo Blaskaine—. ¿Podrían ser solo tácticas intimidatorias, cabezas en picas, ese tipo de cosas?

—*Tal vez* —dijo Maklen, sonando singularmente poco convencida—. *También podría presagiar alguna hechicería oscura u otra. El Trono sabe que han demostrado una amplia aptitud para conjurar pesadillas desde que todo esto comenzó.*

—Bueno, gracias al Emperador tenemos una Santa de nuestro lado, ¿eh? —dijo Blaskaine antes de que pudiera detenerse. Hizo una mueca ante el frío silencio que le silbó por el comunicador.

—*Para ser un hombre con la inteligencia necesaria para ascender al rango de mayor en el ejército de Cadia, a veces puede ser un imbécil espectacular, Charn* —dijo finalmente Maklen.

—Eso, Petronella, está fuera de toda duda —dijo Blaskaine. Conocía lo suficiente a la capitana Maklen para saber que, mientras te sometiera a algún que otro insulto mordaz, seguirías estando a su lado.

—*Bueno, solo asegúrese de que esas tonterías blasfemas no lleguen a oídos de los soldados* —espetó—. *O, que el Emperador no lo quiera, los misioneros. Si eran celosos antes de la llegada de la Santa, ahora son fanáticos. Es un arma poderosa, incluso podría darnos una oportunidad de*

luchar en esta locura, pero creo que ha hecho que algunos de ellos sean peligrosos.

Los pensamientos de Blaskaine saltaron a un sacerdote en particular, el larguirucho con las salvajes cejas y la tendencia a provocar a los soldados. Había tenido que disciplinar al hombre hacía tres noches en el campamento cuando lo escuchó predicar fuego y condenación para todos. Desde entonces había captado la mirada desorbitada del sacerdote fijada en él más de una vez. Lo hacía sentir profundamente incómodo.

—Aquí no encontrará ningún argumento —dijo Blaskaine—. Entonces, ¿cuál es el mejor curso de acción, en su opinión? ¿Circunnavegar el campo de cráteres o seguir adelante? ¿De qué tipo de retraso estamos hablando si damos la vuelta?

—*Sustancial* —respondió Maklen—. *Pero Charn, no es nuestra decisión, ¿verdad?*

Blaskaine suspiró profundamente antes de teclear la runa de “enviar” de nuevo.

—No, capitana, no lo es. ¿Ha aconsejado a la Santa?

—*Quería advertirle a usted primero* —dijo—. *Pero ya sabe lo que va a decir, ¿no es cierto?*

—Siga adelante y deje que el Emperador guíe nuestro camino —dijo pesadamente.

—*Precisamente, y ese tono de voz es el motivo por el que quería darle un momento para que se adaptara a la idea antes de pasar la voz a Celestine, Tasker y Velle-Marchon.*

—Gracias, Petronella —dijo Blaskaine.

—*Es usted un buen oficial, mayor Blaskaine. Estoy orgullosa de servir a sus órdenes y lo considero un amigo. Pero realmente, ¿le mataría un poco más de fe?* —preguntó Maklen bruscamente—. *Nos ha enviado a Su Santa Viviente, por el bien del Trono. ¿Qué más indicaciones necesitas de que el Amo de la Humanidad aún cuida de nosotros?*

Blaskaine frunció el ceño, luego sacudió la cabeza y se rió sin alegría.

—Entre usted y yo —dijo, manteniendo la voz baja—, me sorprende que quede un solo cadiano con algo de fe en el Emperador después de la muerte de nuestro mundo. Ella también estaba allí, no lo olvide. Luchó contra el mismísimo Saqueador junto a Creed y, sin embargo, la Puerta de Cadia cayó después de diez mil años de resistencia. Cayó durante *nuestra* guardia.

Con Celestine presente en la muerte, podría agregar. No hubo intervención divina ese día ¿cierto? No hubo escape de último segundo hacia la salvación para el pueblo leal de Cadia. ¿No le enfada, Petronella? ¿No le avergüenza? ¿No se siente traicionada? ¿Cómo lo hace?

—*Mayor Blaskaine, habría pensado que era obvio* —respondió Maklen, y el crujido del comunicador hizo que su tono le resultara difícil de leer—. *Es sólo por nuestra fe en el Emperador que aún* quedan *cadianos.*

Con eso, cortó el enlace vox, dejando al mayor Blaskaine meditando. Miró hacia el horizonte oriental y vio que nubes oscuras se estaban acumulando en su camino, volutas de vapor que se coagulaban de forma anormalmente rápida en nubes de tormenta que se tragaban el cielo. La luz ocluida de los soles se volvió acuosa y gris.

Blaskaine se puso la gorra en la cabeza y apretó la mandíbula.

—Muy bien —dijo sombríamente, y se encontró deseando que *hubiera* enemigos aguardándolos más adelante. Tenía una repentina y poderosa necesidad de dispararle a algo.

La Hermana Superiora Meritorius comprobó el cargador de su bólter por tercera vez. Aún lleno, pensó. Aún pulcro, bien aceitado, todo en buen estado. Incluso ahora, con todo lo que acosaba su mente, descubrió que los ejercicios de su equipo llegaban automáticamente. Eran una piedra de toque, supuso.

Los guerreros se agitaron a su alrededor, y una serie de pitidos se disparó a través de la red de comunicaciones.

—Los cadianos y astorosianos han cerrado su formación y desenvuelto sus armas —observó la Hermana Penitencia—. Están listos para avanzar hacia los campos de cráteres. Por fin.

—Impresionantemente rápido para una formación de soldados tan grande, Hermana —dijo la Hermana Absolom. Penitencia gruñó en respuesta, claramente poco impresionada.

Los campos de cráteres yacían justo delante, la regularidad plana de las llanuras rotas y desgarradas donde los antiguos impactos de asteroides habían roto el lecho rocoso. Algunos de los cráteres tenían labios que se elevaban varios cientos de pies en el aire como las laderas cercenadas de

montañas desposeídas. Otros simplemente se sumergían en pozos oscuros. De los labios de muchos cráteres se elevaban enormes iconos del Caos, altísimos ejes de hierro forjados a escala industrial, que sostenían símbolos de calaveras oscuras del tamaño de plataformas de aterrizaje. Su presencia era más que ominosa, pensó Meritorius.

—Los cielos se oscurecen —dijo, dirigiendo sus ojos hacia arriba. En lo alto, nubes negras se habían acumulado hasta que la cruzada se vio envuelta en la penumbra del crepúsculo. Algunas de las tripulaciones de los tanques imperiales habían optado por activar las luces fijas montadas en sus torretas, y Meritorius se sintió agradecida por su cruda iluminación.

—Fieles guerreros del Emperador —gritó Santa Celestine desde la cercanía, su voz amplificada para que resonara a través de las líneas imperiales—. Seguimos adelante con oraciones en nuestros labios y alegría en nuestros corazones. No teman a la sombra en lo alto, ni a los símbolos de los Dioses Oscuros, ni a ninguna amenaza de los enemigos que se avecinan. El Emperador nos pondrá a prueba de la manera que crea conveniente, pero sé que todos venceremos, porque tenemos fe verdadera y su luz puede iluminar cualquier oscuridad.

Alrededor de Meritorius, sus Hermanas levantaron una poderosa ovación. Vio la fe brillando en sus ojos, la ferocidad de su determinación, y sintió que el abismo de soledad se ensanchaba a su alrededor. El desprecio por sí misma luchaba con la ira y la recriminación en el corazón de la Hermana Meritorius. ¿Cómo podía estar ante una Santa Viviente del Emperador y, sin embargo, no sentir nada? ¿Por qué había caído sobre ella esta maldición?

Con ojos duros, levantó la voz para aclamar tan fuerte como cualquiera. Tenía el deber de llevar a estas mujeres a la batalla, y no la encontrarían deficiente, sin importar cuán obstruida con cenizas se hubiera vuelto su alma.

Santa Celestine se volvió y avanzó, sus Geminae Superia muy cerca a su lado. Al mismo tiempo, la fuerza de la cruzada imperial avanzó en medio de oraciones e himnos, el resoplido de los tubos de escape de los tanques y el masivo sonido de las botas.

—Diez millas de este terreno, más o menos —dijo la Hermana Absolom mientras avanzaban a grandes zancadas a la cabeza del ejército. Las Hermanas de Batalla formaron una punta de lanza blindada en blanco y

negro que conduciría el avance hacia el otro lado de los campos de cráteres —. Tal vez tres horas de marcha ininterrumpida a través de terreno accidentado.

—¿Crees que el enemigo está aquí o los iconos simplemente han vuelto paranoicos a los cadianos? —preguntó la Hermana Penitencia.

—Hasta ahora hemos visto escasos signos de resistencia —dijo la Hermana Absolom—. ¿Quizás sus fuerzas están muy lejos, luchando contra otros bastiones imperiales de los que no tenemos conocimiento?

—O tal vez cayeron sobre Tanykha Adul e incluso ahora se están acercando a nuestro rastro —dijo la Hermana Penitencia sombríamente—. La Santa se eleva en lo alto, así que seguramente puede decirnos si el enemigo está al acecho.

—No es literalmente un ángel —dijo la Hermana Meritorius, su voz más dura de lo que pretendía—. Incluso con esta manada de artífices a su espalda, la Santa tendría que ponerse peligrosamente fuera de posición para explorar los cráteres más altos. Además, no me gustaría acercarme demasiado a esas nubes, ¿verdad?

Las primeras chispas de los relámpagos crepitaban ahora a través de las nubes en lo alto. Una pesadez seca se instaló en el aire, haciendo que todo se sintiera cerrado y cargado. Efectos corposant parpadeaban sobre los imponentes íconos del Caos, haciéndolos parecer extrañamente energizados.

A pesar de sus palabras, Meritorius no podía quitarse de encima la traidora sensación de que la Santa *sabía* si había enemigos aquí y simplemente había decidido seguir adelante pese a todo. Por lo tanto, no se sorprendió cuando, una hora después de su marcha, el gemido de enormes cuernos resonó sobre los campos de cráteres y masas de siluetas aparecieron en los labios de los cráteres más altos.

—El enemigo está aquí —gritó Meritorius, apretando el botón de activación de su bólter—. ¡Busquen su fe y sus armas de fuego, Hermanas! ¡Por el Emperador, prepárense para luchar!

Señales de alarma se dispararon a lo largo de la columna apretadamente ordenada del avance imperial. Chisporrotearon a través de los canales vox. Pasaron de tanque en tanque elevando banderines de peligro. Resonaron en los tensos y disciplinados ladridos de órdenes de los sargentos de Cadia. Blaskaine oía la mayoría mientras permanecía sentado en el vientre de su Taurox con un auricular sujeto a la oreja.

—Necesito números, posicionamiento del enemigo —dijo—. ¿Hay alguno detrás de nosotros?

—Negativo, señor —dijo Kasyrgeldt mientras la información fluía hacia la consola de mando del vehículo—. Parecen dos fuerzas considerables, emergiendo de cráteres aquí y aquí. —Señaló con el dedo la rudimentaria pantalla auspex de la consola—. No hay noticias de la retaguardia de algo moviéndose detrás nuestro.

—Divida los pelotones y que se muevan hacia los flancos —dijo Blaskaine—. Líneas de disparo escalonadas con prioridad de línea de visión para los escuadrones de armas pesadas. Tienen laderas desnudas de roca por las que descender, así que castiguémoslos en cada paso del camino.

—Sí, señor —dijo Kasyrgeldt, y comenzó a difundir sus órdenes a través del vox. Mientras tanto, Blaskaine cambió de canal.

—Teniente Tasker, ¿me recibe?

—*Recibido, mayor* —llegó la voz de Tasker.

—Su lote no avanzará —dijo Blaskaine—. Mantenga el centro, vigile nuestra retaguardia, y si parece que las líneas están a punto de romperse, refuerce inmediatamente.

—*Sí, mayor* —dijo Tasker, sonando irritantemente optimista como siempre. El teniente no colaboró en su caso cuando finalizó con un sincero —: *¡El Emperador protege!*

Blaskaine frunció el ceño cuando otro estruendoso sonido de alarmas resonó en los campos de cráteres. Podía oír los sonidos apagados de los tanques y la infantería volviendo a desplegarse más allá del casco de su transporte y se tomó un momento para sentirse agradecido por la buena eficiencia de Cadia.

—Capitana Maklen, subduque Velle-Marchon, Hermana Superiora Meritorius, ¿me reciben? —preguntó, tecleando en el canal de comando del grupo. Las voces volvieron a él, y escuchó himnarios de batalla que se cantaban de fondo.

—*Mayor, el enemigo está sobre nosotros* —anunció Velle-Marchon, con demasiado gusto para el paladar de Blaskaine.

—Me he percatado, muchas gracias —respondió Blaskaine—. Maklen, Velle-Marchon, estoy distribuyendo a mis soldados en líneas de fuego. Desplieguen sus escuadrones blindados a lo largo de sus líneas de retaguardia y presten apoyo en el bombardeo. Los convertiremos en polvo antes de que se acerquen a nosotros.

—*Mayor, con todo respeto, una carga blindada sólida en cualquiera de los flancos podría destruirlos incluso antes de que estén al alcance de las armas pequeñas* —dijo Velle-Marchon—. *Los hombres informan de turbas de cultistas mineros y milicianos planetarios traidores, y nada más.*

—*¿A nadie le parece extraño?* —preguntó Maklen—. *Sé que los caminos de los herejes son oscuros en el mejor de los casos, pero han tenido tiempo de prepararse para nuestra llegada y* esto *es todo lo que nos ofrecen.*

Pasó la transmisión de video de la óptica de la torreta de su tanque a sus pantallas de comando. Blaskaine observó la imagen granulada de varios miles de figuras que gritaban corriendo atropelladamente por la ladera de un cráter hacia el flanco norte de la fuerza imperial. Se lanzaban precipitadamente, con el atuendo de mineros y chalecos antibalas de los soldados de defensa pintados con marcas de sangre y runas cenicientas en forma de calavera. Sin embargo, era cierto, pensó. Esta no era una emboscada magistral.

—*Hay algo más* —dijo la voz de la Hermana Meritorius—. Sonaba sombría, pensó Blaskaine, pero eso no estaba fuera de lugar—. *Observen la tormenta, los íconos.*

La imagen en el monitor de Blaskaine se volvió borrosa y osciló salvajemente cuando Maklen le ordenó redirigir la orientación a su comunicador. Volvió a asentarse con uno de los iconos obscenos ligeramente desenfocado en el centro y las negras nubes de tormenta por detrás.

—Trono... —susurró Kasyrgeldt mientras miraba por encima del hombro de Blaskaine. El icono parpadeaba con haces de luz antinatural y humo brotaba de algún lugar cercano a su base, fuera de la vista detrás del borde montañoso del cráter. Mientras tanto, las propias nubes se agitaban con violencia. Un relámpago las atravesaba, y el ceño de Blaskaine se profundizó cuando se percató de que era carmesí, el color de la sangre derramada.

—*El enemigo se prepara para atacarnos con diabluras desde más allá del vacío.* —La voz de la Santa llegó de repente a través del canal de comando y Blaskaine fue consciente de que había estado escuchando todo el tiempo. El pensamiento lo hizo sentir oscuramente culpable, aunque no la había estado excluyendo conscientemente de las decisiones de mando. Al menos, eso se dijo a sí mismo.

—*¿Qué debemos hacer, Santa?* —preguntó Velle-Marchon.

—*Seguir las órdenes de su mayor y rezar al Emperador* —dijo Celestine—. *Han quemado ofrendas y hecho sacrificios al Dios de la Sangre, y lo que han puesto en marcha ahora no se puede evitar. Solo podemos resistir, con fe en nuestros corazones. Recuerden, el ojo del Emperador está sobre nosotros y Su protección sobre nuestras almas.* —Con eso, Celestine cortó el enlace.

Blaskaine parpadeó.

—Bueno… ya oyeron a la Santa —dijo tras de una momentánea pausa—. Después de todo, si el Emperador protege, entonces lo hace con buen acero de Cadia y fuego láser concentrado, así que hagámoslo. Capitana, subduque, tienen sus órdenes. Hermana Superiora, supongo que sus guerreras reforzarán nuestras líneas.

—*Lo haremos, mayor* —dijo Meritorius—. *Por el Emperador.*

—Por el Emperador —coronaron los oficiales, antes de emprender con voluntad sus deberes.

Meritorius corrió a su posición, sus restantes Celestes flanqueándola. Una de sus Hermanas de Batalla levantó un relicario en el asta de un estandarte a sus espaldas, guiando a los soldados de Cadia a su alrededor en una belicosa oración de batalla.

Los escuadrones de Cadia se alejaron a ambos lados de la posición de las Hermanas, sus rifles láser enviando ráfagas sibilantes hacia las laderas del cráter. Se podían ver más Sororitas esparcidas a lo largo de sus líneas, los bólters rugiendo mientras añadían su fuego a la descarga. Los tanques de Cadia se cernían a sus espaldas, y el suelo polvoriento parecía saltar con las ondas de choque mientras sus cañones retumbaban una y otra vez.

Los cultistas cargaron contra ellos en una masa de gritos y murieron con horrible rapidez. Varias explosiones florecieron entre sus líneas, arrojando cadáveres rodando por el aire. Las explosiones láser y los proyectiles bólter derribaron a más hombres y mujeres a cada segundo.

—Su carga ni siquiera alcanzará nuestras líneas —dijo Penitencia—. Los herejes se someten a una masacre sin sentido.

—La Santa dice lo contrario —dijo Meritorius, echando una mirada hacia donde estaba Celestine sobre un transporte Taurox, con sus Geminae Superia flanqueándola—. Hay alguna hechicería herética trabajando aquí, ¿no puedes sentirla?

Ciertamente podía. Incluso cuando levantó su bólter y disparó al aullante enemigo, los vellos de la nuca se le erizaron. Los relámpagos resquebrajaron secos como leña sobre su cabeza y se tornaron de un rojo espeluznante. Un trueno retumbó como un dios enojado. Las energías reunidas alrededor de los íconos bailaron más rápidamente. Hacía que sintiera náuseas al mirarlos.

—Niebla —gritó sorprendido un cadiano—. ¡Niebla resurgiendo de entre los muertos!

Meritorius vio que tenía razón. Los restos irregulares de la fuerza enemiga seguían acercándose, disparando con las pistolas automáticas y rifles láser mientras cargaban. No tenía dudas de que un espectáculo similar

se estaba desarrollando en el flanco sur. Sin embargo, su atención no se centró en el enemigo que cargaba, sino en los hirvientes vapores carmesí que se elevaban de los muertos por detrás.

El miasma se hizo más espeso a cada segundo, y mientras sus armas continuaron martillando y los cultistas seguían cayendo, se arremolinó y acumuló.

—Sacrificios —susurró—. ¡Eran sacrificios rituales, todos ellos!

El cielo se iluminó de repente con una feroz telaraña de rayos rojos como la sangre, y en medio de un trueno furioso, una lluvia roja como la sangre comenzó a caer. En el mismo instante, rayos abrasadores de energía saltaron de los enormes íconos que se cernían sobre el campo de batalla. Golpearon la niebla como chispas entre los vapores de promethium, y una furiosa tormenta de fuego estalló en las laderas del cráter.

Los ojos de Meritorius se abrieron cuando vio figuras oscuras nadando a la vista a través del humo y el fuego. Elevaron sus cornadas cabezas. Rugidos bestiales clamaron por encima del martilleo de los disparos. Un viento sulfuroso aulló para azotar las líneas imperiales.

—Cíñanse a sus almas y manténganse firmes, sirvientes del Emperador —gritó Meritorius—. ¡Porque han conjurado demonios!

El mayor Blaskaine hizo girar el mecanismo de apertura de la escotilla y saltó desde el lateral de su Taurox, con la pistola láser ya en mano. Había oído el terror en las voces que se filtraban a través del comunicador, luego todo había sido ahogado por una cacofonía de aullidos y gritos que le habían hecho arrancarse el comunicador de la cabeza con un gruñido de dolor.

Había intercambiado una mirada de horror con Kasyrgeldt, luego sacado sus armas. Las botas de Blaskaine golpearon el suelo y, desafiando el aguacero rojo y caliente que lo empapó de inmediato, levantó sus magnoculares para observar ladera arriba a los infiernos que rugían al norte y al sur.

Con la misma rapidez, dejó caer los magnoculares con un espasmo de horror, retrocedió y logró no vomitar solo por pura fuerza de voluntad.

—Trono todopoderoso —jadeó—. ¿Qué demonios son esas cosas, en nombre del Emperador? ¿Monstruos? ¿Mutantes?

—Oh Emperador, señor, esto no es lluvia, es sangre —dijo Kasyrgeldt con horror.

Blaskaine sintió el regusto a cobre. Se arrancó la sangre de los ojos con repugnancia, la sintió correr caliente y húmeda por su piel, saturando su uniforme. Volvió a mirar hacia arriba y vio que el enemigo, el verdadero enemigo, ahora cargaba hacia las líneas imperiales. Criaturas de patas largas, con piel de escamas rojas y cabezas con cuernos, blandiendo cuchillas negras tan altas como un hombre adulto. Monstruosos sabuesos del tamaño de caballos lanzaban aullidos mientras corrían por las laderas. Enormes monstruos de bronce brotaban de las llamas y avanzaban con ruidosas patas mecánicas, sus formas de carne y metal retorciéndose mientras brotaban cañones y garras impulsadas por pistones. Y allí, entre las masas, desplegando enormes alas de murciélago mientras se alzaba en toda su altura, había una pesadilla que cobraba forma viva. Con diez metros de altura o más, el señor demonio tenía una aproximación de pesadilla al rostro de un sabueso y llevaba un yelmo de bronce coronado con cuernos irregulares. En un enorme puño sostenía un hacha de guerra de hoja negra, en el otro un látigo de latón enrollado. Su cuerpo era todo músculo rojo oscuro y placas de armadura de bronce, y se erguía sobre gigantescas pezuñas.

Los pensamientos de Blaskaine saltaron a las escrituras imperiales que había leído en su juventud, a su charla sobre los engendros de disformidad que acosaban a los santos imperiales y devoraban las almas de los herejes. Su mente se rebeló ante la idea de que lo que enfrentaban aquí podría no ser un enemigo natural en absoluto, sino más bien una manifestación maléfica del más allá. Era imposible, de seguro. Los adoradores de los Dioses Oscuros simplemente estaban engañados, ¿cierto? Pero entonces, pensó, un ángel imperial conducía a sus fuerzas a la batalla ese día. Y si *realmente* aceptaba eso, entonces, ¿no podrían los demonios del Caos ser también criaturas reales y literales? Se estremeció ante la idea.

La malvada criatura echó la cabeza hacia atrás y lanzó un bramido de pura furia que se hizo más y más fuerte por momentos. Los cadianos cayeron de rodillas en medio del sangriento aguacero y gritaron de terror.

La descarga imperial se hizo irregular, algunos soldados disparaban salvajemente, otros dejaban caer sus armas de manos inertes.

La visión de Blaskaine se nubló mientras el rugido llenaba su mente, y de repente estuvo en otro lugar.

Se erguía junto al panel rúnico que cerraría la rampa de carga del módulo de aterrizaje. Las llamas llenaban los cielos y el suelo temblaba. Detrás suyo, soldados heridos gemían y rezaban, pero eran muy pocos. Tan pocos. Allí, en medio de las ruinas apocalípticas del paisaje urbano en llamas, podía ver a la gente de Kasyr Haslen luchando desesperadamente por llegar a su punto de evacuación. Se tambaleaban a través del humo, aferrando bultos contra sus pechos diciéndose a sí mismos que eran pertenencias personales y nada más. Por favor, Emperador, no eran nada más. Las llamas rugían. La tripulación de vuelo le gritó que tenían que irse ahora antes de que la desestabilización tectónica volcara el módulo de aterrizaje y escapar fuera imposible.

Blaskaine dejó de escuchar. Observó a la gente luchar y vacilar cuando el suelo se estremeció y la roca fundida estalló entre ellos. Volvió a mirar a los soldados bajo sus órdenes y por un impactante y vergonzoso momento pensó en su propia vida, en su propio deseo de escapar. En ese instante, tomó su elección. Fue su mano la que presionó el panel rúnico. Oyó su voz diciéndole a la tripulación de vuelo que despegaran de inmediato y se dirigieran a la órbita baja. Sus oídos oyeron los gritos desesperados de los soldados y ciudadanos de Cadia que estaban a solo unos metros de la seguridad cuando tomó su decisión.

Su vergüenza, que permanecería con él por el resto de sus días.

Los demonios surgían por las laderas del cráter bajo un cielo ennegrecido. Gritaban y aullaban mientras descendían sobre los desventurados soldados imperiales. La sangre salpicó y las cabezas cayeron de los hombros cuando los demonios empuñaron sus espadas.

El predicador Gofrey exclamaba oraciones al Emperador mientras disparaba su pistola de lleno en la cara de un monstruo con colmillos puntiagudos. Sus disparos hicieron cráteres en su asqueroso rostro, pero fue la vehemencia de su fe lo que realmente lo hizo tambalearse. Gofrey

disparó una y otra vez, enviando al aullante e inmundo ser al vacío de donde había venido.

—¡Peleen, perros cobardes, peleen! —rugió. Algunos de los soldados que lo rodeaban obedecieron, pero disparaban con expresiones de pánico. La mayoría ni siquiera podía manejarlo, tropezando o colapsando en medio de la sangrienta lluvia, indefensos contra el enemigo que se abalanzaba sobre ellos. Sucedió en el momento en que el señor de los demonios rugió, pensó Gofrey. Una maldición había caído sobre los cadianos y las Hermanas de Batalla, y pensó que conocía su origen.

Unctorian Gofrey se giró para mirar con veneno al verdadero agente del enemigo. Allí estaba, encima de un tanque imperial, con las alas extendidas por detrás y la espada en mano. Sus Hermanas elegidas estaban de rodillas, luchando con las mismas expresiones aterradas que acosaban a sus camaradas. Sin embargo, Celestine se mantenía erguida, su rostro como tallado en piedra. Le ardían los ojos y Gofrey vio temblores que le surcaban las extremidades, incluso desde esta distancia, el sudor le corría por las sienes y descendía por su rostro. La lluvia de sangre siseaba en el casco del tanque, pero ni una gota tocaba a Santa Celestine. Nada en absoluto mancillaba su perfecta forma, pensó Gofrey con disgusto.

Los tontos podrían tomarlo por un milagro, por el poder del Emperador protegiendo a Su Santa Viviente de la corrupción del Caos. Podrían creer que estaba luchando contra los demonios que arremetían en algún nivel más allá del físico, en una forma que solo podía ser percibida a través de los sentidos de los ángeles del Emperador.

Gofrey sabía más. Veía la forma en que la realidad brillaba como una neblina alrededor de la Santa. Era testigo, en fugaces imágenes secundarias, de cómo el aire hervía en llamas a su alrededor y por un momento el suelo parecía desmoronarse, de modo que ella estaba sobre una montaña de huesos astillados y cráneos rotos. Era algo proveniente del empíreo, un ser escupido de las fauces de la disformidad una y otra vez. ¿Qué era eso sino un demonio?, pensó Gofrey, sintiendo que sus sentidos otorgados por el Emperador cantaban con la verdad. Energías antinaturales emanaban de la Santa al igual que brotaban de los demonios de Khorne. Gofrey sabía lo que era y, con la absoluta certeza del odio religioso, alcanzó lo que colgaba debajo de su camisa.

Era hora. El Emperador había hablado.

Luego, la Santa se puso en movimiento y el momento de Gofrey se esfumó.

El rugido del demonio llenó el mundo de la Hermana Meritorius.

La Hermana Meritorius no veía una lluvia de sangre, sino de cenizas. Sintió una agonía dentro de su pecho y miró hacia abajo para ver el peto de su armadura brillando con un calor ardiente. Meritorius trató de gritar, pero en su lugar tosió una nube de humo ennegrecido que se desplomó ante ella. No podía respirar, apenas podía ver. Se arañó el pecho y arrancó coágulos fundidos de armadura que quemaron la carne de sus dedos.

Meritorius se puso de rodillas con un golpe, el torturado pecho subiendo y bajando mientras el peto de su armadura ardía por debajo. Miró el agujero chamuscado donde debería haber estado su pecho, sintió que su cordura se tambaleaba al ver un cráter de carne ennegrecida lleno de brasas que ya se estaban extinguiendo. Sin corazón, solo una caja torácica carbonizada repleta de cenizas. Meritorius miró hacia arriba, con lágrimas aceitosas corriendo por su rostro, para ver un gran agujero quemado en los cielos en lo alto. Allí era de donde caían las cenizas, se percató. Terra, ardiendo, y su fe, quemándola viva de adentro hacia afuera junto con ella.

Todo era cenizas, pensó Anekwa Meritorius. Todo estaba perdido.

Un repentino destello de luz dorada atravesó la sofocante visión. La bañó como la luz del sol dividiendo las nubes, y mientras lo hacía, las cenizas se dispersaron y su pecho volvió a estar completo. Aspiró una bocanada de aire aullante, y las lágrimas que bajaban por sus mejillas fueron una vez más solo lágrimas.

Una figura apareció a su lado y miró a los ojos de un ángel.

—Santa —jadeó.

Una cosa con cuernos se abalanzó, aullando, y la Santa lo cortó por la mitad a la altura de la cintura. Giró y apuñaló, derribando a otro demonio antes de que sus Geminae Superia cayeran a su lado en estelas de llamas. Sus pistolas bólter atronaron y más demonios se desmoronaron en chorros de sangre e icor.

—Hermana Superiora Meritorius —dijo Celestine mientras su cabello bailaba con los vientos del horno y un halo dorado ardía en sus sienes—. El

trabajo del Emperador permanece ante nosotros. ¿Luchará a mi lado?

Meritorius abrió la boca para responder, pero no emitió ninguna palabra. La luz, pensó. Esa luz dorada, que se derramaba de la Santa como los rayos de una estrella resplandeciente. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que la luz había muerto? ¿De verdad había estado tan ciega?

Con la fuerza resurgiendo de sus extremidades, la Hermana Meritorius se puso de pie.

Las brasas se convirtieron en chispas. Las chispas en llamas. Anekwa Meritorius se entregó alegremente al fuego mientras lo sentía fluir a través suyo.

—Lo haré —dijo y, alzando el bólter, disparó.

El mayor Blaskaine creyó ver un muro de fuego barriendo la superficie devastada de Cadia. Había esperado demasiado y ahora los matarían a todos. Pero luego se volvió un amanecer dorado que colmó sus sentidos y lo calentó hasta la médula.

Tan repentinamente como se había apoderado de él, la visión desapareció. Blaskaine se dio cuenta de que estaba arrodillado en un pantano sangriento, Kasyrgeldt desplomada junto a él, mientras sus soldados luchaban y morían ante ellos.

—¡Trono divino! —exclamó, poniéndose de pie.

Blaskaine agarró su pistola láser y miró con ojos duros el horrible tumulto. Captó la situación en momentos, la misma agudeza de pensamiento estratégico que le había servido tan bien estos últimos años resurgiendo en medio de ese brillo dorado.

Aunque los soldados imperiales los superaban en número, docenas a uno, el engaño de los monstruos había privado a los cadianos de su ventaja y les había permitido estrellarse de cabeza en el combate cuerpo a cuerpo. Enormes sabuesos de piel escamosa con collares de bronce alrededor del cuello apretaban las mandíbulas alrededor de los soldados aullantes y los sacudían como trapos ensangrentados. Guerreros infernales saltaban y giraban entre las filas de Cadia, cortando cabezas con cada golpe de espada. Grotescos motores de carne del tamaño de tanques pisoteaban las líneas imperiales, acribillándolas con fuego de cañón, mientras apenas a cien

metros de distancia, el señor de los demonios aplastaba y bramaba. Blaskaine reprimió el terror afloja intestinos que evocaba el monstruo, y se estremeció al verlo blandir su poderosa hacha y aplastar un tanque de batalla astorosiano de costado con un solo golpe.

—¿Señor? —La voz de Kasyrgeldt era insegura cuando se tambaleó sobre sus pies—. Señor, ¿qué fue...? Vi...

Blaskaine asintió, sabiendo que debía verse tan angustiado como ella. Había visto a Cadia caer en llamas y sangre por segunda vez, y creído que sería la peor manifestación de la malicia del Gran Enemigo que jamás presenciaría. Pero ahora esto, ahora estas abominaciones para las que no podía producir una explicación racional. Blaskaine se veía envuelto en una guerra entre ángeles y demonios. A la deriva en mareas tan enloquecidas, fue consciente de que aferrarse a su confianza en la estrategia y las tácticas, las armas de fuego y las municiones simplemente no sería suficiente para mantenerse a flote. La comprensión despertó en la mente de Blaskaine, impulsada por su veterano sentido de conveniencia; debía mantenerse cuerdo y encontrar una solución viable a una situación imposible, una en la que todas las enseñanzas prácticas de la Tactica Imperialis eran singularmente insuficientes. Así, como muchos antes que él, aunque quizás no en términos tan crudos y pragmáticos, el mayor Charn Blaskaine abrazó la esperanza de la salvación a través de la fe.

—No importa, Astryd —dijo Blaskaine—. Solo hay una palabra para lo que luchamos aquí. Demonios. Busque la luz de la Santa para que le guíe, porque es una batalla más allá de la comprensión mortal.

Blaskaine negó con la cabeza en mudo asombro. Santa Celestine se encontraba en medio de las líneas de Cadia, elevándose sobre la Hermana Meritorius e irradiando una luz dorada en ondas. La Santa agitó su espada y un demonio cayó, bifurcado. Otro se le abalanzó y ella clavó la punta de su espada en su cráneo, antes de girar y arrojar su cadáver bien lejos. Sus Geminae Superia seguían disparando, cada uno de sus disparos destrozaba otra entidad empírica y la enviaba aullando al vacío.

A medida que la luz dorada se derramaba desde la Santa Viviente, disipaba cualquier espejismo repugnante que hubiera acosado a los cadianos. Los soldados se pusieron en pie tambaleándose, parpadeando, rezando o buscando sus armas. Los tanques Leman Russ estancados se

estremecieron cuando sus tripulaciones reiniciaron sus motores y volvieron sus torretas hacia nuevos blancos.

—*Charn* —llegó la voz de la capitana Maklen por el comunicador, mareada como si acabara de despertar—. *¿Qué, en nombre del Emperador, fue eso?*

—Diabluras, creo que lo llamó la Santa —dijo Blaskaine, sintiendo que su ira resurgía—. Crueles visiones destinadas a convertirnos en víctimas.

—*Los cadianos nunca serán víctimas.* —Escuchó que el acero volvía a su voz, su ira indignada igualaba la suya.

—Cadia resiste —espetó Blaskaine, comprobando la carga de su pistola láser y limpiándose la sangre de los ojos.

—*Y así será para siempre hasta el final de la luz del Emperador* —concordó Maklen—. *Ahora, si me disculpa, mayor, tengo tripulaciones que poner en acción.*

—Por supuesto —dijo Blaskaine, sintiéndose cada vez más él mismo. Y furioso. Se sentía absolutamente furioso. El peor y más difícil momento de su vida se había convertido en un arma para socavar su férrea disciplina cadiana, para acusarlo de indigna cobardía; había sido una violación de su mente y alma. Peor aún, le había costado la vida a docenas de sus hombres mientras se revolcaba en el suelo.

—No más —gruñó, alcanzando un vox manual del interior del Taurox y tirando de él desenredando su cable. El miedo aún amenazaba con convertir sus piernas en gelatina y aplastar el aliento en su pecho, pero la ira del mayor Blaskaine y su nueva chispa de fe fueron suficientes para hacer retroceder tales sentimientos. No importaba su terror personal, pensó el mayor, sus soldados debían ver solo el coraje de Cadia.

—Blaskaine a todos los soldados cadianos —ladró—. Levántense del lodo y abran fuego de inmediato. Sientan la luz de la Santa sobre sus almas. Escuadrones de lanzallamas, muévanse hacia arriba y purguen a los rompelíneas. Que las armas pesadas apunten a esos caminantes de combate... bestias... esas cosas de seis patas con todas las armas. Recen al Emperador y hagan retroceder a estos monstruos. ¡Cadia resiste! El Emperador protege.

Vio a sus guerreros reuniéndose mientras la luz de la Santa los bañaba y sus palabras atravesaban su terror y locura. Los rifles láser y las pistolas de plasma destellaron. Las granadas resonaron. En su retaguardia, los tanques

saltaron cuando sus cañones se descargaron, los proyectiles surcaron el aire ensangrentado y volaron en pedazos los motores demoníacos.

Entonces el señor demonio se volvió hacia él, y la sangre de Blaskaine se heló. Pisoteó cadáveres en el barro mientras avanzaba hacia su posición. Su látigo arremetió y arrebató a una Hermana de Batalla del suelo, lanzándola por el aire para estrellarse contra el costado de un tanque con una fuerza desgarradora. Su hacha se balanceó, y un tanque se partió casi en dos, llamas y humo explotaron desde adentro.

Sin esperanza ni razón, Blaskaine levantó su pistola láser y disparó una y otra vez. Los rayos de energía brillaron contra el peto del demonio, sin dejar ninguna marca perceptible. Kasyrgeldt levantó su escopeta y añadió su propio disparo al suyo. No hizo ninguna diferencia.

El señor de los demonios se lanzó hacia ellos, con fuego lamiendo de sus fosas nasales y enormes alas de murciélago desplegándose detrás de él.

—Ha sido un placer, señor —dijo Kasyrgeldt—. Sin importar lo que sucedió en Cadia, ha sido un maldito honor.

Blaskaine sintió una oleada de gratitud hacia su ayudante, luego la sombra del demonio los envolvió y trajo consigo un frío terror.

Hubo un destello de luz, una llamarada de fuego y algo cruzó como un relámpago el campo de visión de Blaskaine. Algo húmedo e hirviente lo salpicó y cayó hacia atrás con un grito de dolor. Blaskaine golpeó el suelo y su arma voló de su mano. Miró hacia arriba y allí estaba ella, de pie sobre él, con las alas extendidas y sus Geminae Superia a su lado. El demonio se cernía sobre ellos, pero algo iba mal con él. *Muy* mal, se corrigió Blaskaine, sintiéndose ligeramente trastornado.

Su cabeza lucía extraña. Deformada. Y luego, una gran parte del yelmo del demonio simplemente cayó, llevándose consigo un trozo de su cráneo. El demonio se tambaleó, medio cegado y con icor hirviendo derramándose de su dolorosa herida. Celestine sacudió la sangre burbujeante de su espada y miró con desafío al monstruo.

—Vamos, demonio. Haz la voluntad de tu amo y yo haré la mía.

El demonio bramó y barrió su hacha en un arco de guadaña, moviéndose mucho más rápido de lo que algo tan enorme podía. Celestine lo detuvo, pero la fuerza del golpe fue suficiente para arrojarla de lado al Taurox de Blaskaine. El vehículo se balanceó sobre sus orugas con la fuerza del impacto y Blaskaine gritó horrorizado.

Las Geminae Superia saltaron hacia el cielo sobre estelas de fuego, descargando sus pistolas bólter una y otra vez contra el demonio. Este bramó y las golpeó mientras los proyectiles perforaban su carne y detonaban para dejar cráteres sangrientos. Atacó con su látigo y golpeó a una de las Geminae en el aire. Se estrelló contra el suelo cerca de Blaskaine y gimió de dolor mientras rodaba, aturdida y sangrando.

El demonio se volvió hacia Celestine, pisoteó hacia ella y levantó su hacha.

Blaskaine no dudó. Se puso de pie, arrebató una de las pistolas bólter de la Hermana y se colocó entre el monstruo y la Santa caída. Blaskaine apretó el gatillo y envió uno, dos, tres proyectiles autopropulsados que se estrellaron contra el rostro devastado del demonio. Detonaron en rápida sucesión y desviaron la cabeza del demonio hacia un lado, rociando icor de la herida.

Por un escaso segundo, Blaskaine se permitió creer que había matado aquella cosa monstruosa. Luego giró los restos devastados de su rostro hacia él, y no vio nada más que lujuria psicótica ardiendo en el ojo que le quedaba. El demonio balanceó su hacha hacia atrás y luego barrió hacia él. Blaskaine sintió un impacto atronador, después todo se oscureció.

Más allá

Conciencia, un retorno al dolor, a una búsqueda incumplida. Celestine abrió los ojos y vio a Fe y Deber de pie junto a ella, con las alas plegadas sobre los hombros y las antorchas encendidas en la mano. La observaban con expectación y, por un momento, no sintió nada más que agotamiento.

Ahora sabía quién y qué era y entendía algo de la tarea eterna a la que había jurado. Sin embargo, aún no sabía con precisión *dónde* estaba, por qué o cómo se encontraba en este lugar. Sus únicas certezas eran que tenía que seguir la luz del Emperador y que, independientemente de las fuerzas que se desplegaran contra ella en este lugar, de seguro no habían terminado de testearla. La idea de seguir luchando la hizo sentirse tan cansada que por un momento casi dejó que sus ojos se cerraran otra vez. Luego pensó en lo lejos que había llegado, los peligros que había superado y el rostro de una niña que estaba perdida en algún lugar de este infernal reino.

Fue ese último pensamiento lo que hizo que Celestine se pusiera de pie.

—¿Cuánto tiempo? —les preguntó a Fe y Deber.

—El tiempo tiene poco sentido aquí —dijo Fe.

—El tiempo suficiente para recuperar algo de fuerza, al menos —añadió Deber.

Celestine asintió. Recogió su espada de donde yacía cerca de los restos destrozados del Verdugo. Parte de ella había esperado que sus alas pudieran haber sido restauradas durante el descanso, pero una flexión de sus hombros le dijo que ese no era el caso. Allí no había nada más que un dolor profundo, el agudo dolor de las heridas recién cerradas. Cada articulación de su cuerpo le dolía, cada tendón y músculo se sentía estirado más allá de su tolerancia, y podía sentir cada hematoma y abrasión de sus batallas con las entidades demoníacas de este reino.

Celestine cuadró los hombros y lo encerró todo en lo más profundo de su mente. Inspeccionó su hoja, tanto para darse un momento para encontrar su centro como para asegurarse de que el arma estaba en buenas condiciones. Ya sabía que estaría limpia, brillante, sin mellas ni muescas. Sabía que el arma era un regalo del Emperador y eso significaba que era inmune a la corrupción de este lugar. Esperaba que lo mismo sucediera con ella.

—¿La cueva, entonces? —No era realmente una pregunta. Podía ver el brillo de la luz del Emperador, imposiblemente alto, pero sin alas no había

forma de que pudiera continuar el ascenso por la cara de la montaña. Le dolieron las extremidades ante el mero pensamiento.

—Parece el único camino a seguir —dijo Fe—. Y donde hay un camino a seguir, podemos estar seguras de que el Emperador lo ha puesto ante nuestros pies.

—Antes de que continuemos, Deber, la niña... —Deber negó con la cabeza. Celestine notó que ahora parecía más joven, su cabello más oscuro, sus rasgos un facsímil más duro de los de Fe.

—Lo siento, Santa, pero no sé más de la niña que tú misma —dijo Deber—. Si aún no recuerdas quién o qué es ella, o por qué te preocupa tanto, entonces no puedo decirte más de lo que puedes decirte a ti misma.

—¿Y ninguna de los dos sabe a dónde fue? La vi, espiando por encima del saliente poco antes de que lo alcanzara.

Fe y Deber intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza disculpándose.

—No la vi, Santa —dijo Fe.

—Yo tampoco —dijo Deber—. Pero puedo ofrecerte este regalo. Mi servicio, Santa, siempre, y mi espada.

Con eso, Deber se arrodilló y presentó la espada que había llevado sobre su espalda. Como antes, Celestine colocó su propia espada contra ella y, en un destello de luz, las dos hojas se convirtieron en una. Deber se levantó, con tizones ardientes en la mano, y asintió una vez a Celestine con una expresión ilegible en su rostro.

Celestine echó una última mirada hacia atrás por donde había venido, el viento cálido le revolvía el cabello mientras miraba desde el acantilado hacia los informes y brumosos páramos a su espalda. Luego se volvió hacia la hendidura dentada en la pared rocosa que tenía delante y, sintiendo el calor de la tenue vela parpadear en su rostro, caminó hacia la oscuridad.

Pronto descubrieron que la cueva era más bien una fisura, irregular y estrecha. Celestine, Fe y Deber se vieron obligadas a abrirse camino con cuidado en la penumbra, evitando los fragmentos de cristal perversamente afilados que sobresalían por todas partes. Extraños fuegos brillaban en lo profundo de las paredes, chocando con la iluminación de las marcas de Fe y

Deber y haciendo que extrañas sombras bailaran y se sacudieran a su alrededor.

—Al menos no caminamos en la oscuridad —dijo Deber.

—Mejor la oscuridad que la iluminación de lo impuro —respondió Fe, abriéndose paso entre un vicioso nido de cuchillas de cristal.

—Es el Emperador quien proporciona nuestra iluminación —dijo Celestine.

Siguió adelante, sus hermanas avanzando tras ella. Mientras lo hacía, un extraño olor asaltó sus fosas nasales. Comenzó como una mancha cuajada en el aire, un ligero olor a algo sulfuroso y dulce. El sutil olor se convirtió en un hedor a podrido a medida que avanzaban, y pronto las tres respiraban por la boca y retrocedían ante el hedor a putrefacción que se arremolinaba a su alrededor.

—Algo indescriptiblemente asqueroso se avecina —dijo Deber—. Sin embargo, ese es nuestro camino.

Una niebla gris verdosa flotaba alrededor de sus pies ahora, y Celestine notó que las paredes de cristal estaban veteadas con venas de algo negro y viscoso. Se extendían como capilares debajo de la reluciente superficie, latiendo levemente y pareciendo nada más que podredumbre o moho.

La fisura terminó abruptamente, desembocando en una enorme caverna. No, se percató Celestine, no era una caverna.

—Un túnel —dijo en voz alta. De forma aproximadamente circular, el piso y el techo del túnel estaban a cientos de pies de distancia, sus paredes igualmente espaciadas. Se extendía a derecha e izquierda, con numerosas fisuras como la que se habían deslizado a través de ella.

También era nocivo. Dedos negros de podredumbre se habían convertido en sistemas radiculares radiantes aquí, cavando a través de la superficie del cristal roto por todos lados. Una capa de espeso y goteante limo cubría las paredes y el techo, y se acumulaba en un fango estancado sobre el suelo del túnel. Tenía el color del pus rancio, atravesado por vívidas vetas de lo que parecía sangre enferma.

—Emperador, protégenos de la corrupción del Caos —dijo Fe, ahogándose con los repugnantes vapores que se elevaban del lodo.

—¿A dónde ahora, Santa? —preguntó Deber—. ¿Seguimos este maloliente túnel o tratamos de encontrar una ruta hacia adelante a través de otra fisura?

—El túnel no fue manufacturado, sino excavado. Estos pasajes laterales no son más que grietas, donde el cristal sobrecargado se ha quebrado debido al paso de algo enorme —dijo Celestine—. No creo que nos lleven a nada más que a un callejón sin salida. Además, siento la luz del Emperador florecer contra mi mejilla izquierda. Creo que ese es nuestro camino.

—El lado más siniestro —susurró Deber—. Quizá tengamos suerte y, sea cual sea la abominación que ha creado este pasaje, se ha desplazado hacia nuestra derecha.

—¿De verdad crees que resultaría tan fácil? —preguntó Fe. Deber resopló y sacudió la cabeza. Celestine les ofreció a ambas una sonrisa sombría.

—Seremos testeadas, y prevaleceremos. Es la forma de este lugar, y si es la voluntad del Emperador, que así sea. Vengan, hermanas. No hagamos esperar nuestro destino.

El pasaje serpenteaba a través del cristalino lecho rocoso con un movimiento lento y ondulante, cubierto de gases espiralados y un fuerte hedor a podredumbre. El lodo que cubría el suelo variaba en profundidad, de modo que en un momento podrían estar caminando penosamente a través de suciedad hasta los tobillos, solo para descubrir que al siguiente les llegaba hasta las rodillas o incluso, por un tramo intolerablemente repugnante, hasta la cintura. Celestine agradecía por la armadura sellada que cubría su cuerpo y evitaba que la basura tocara su piel. Sentía pena por sus hermanas, cuyas túnicas no proporcionaban tal protección. Muy pronto estuvieron completamente cubiertas de líquido gangrenoso, sus rostros pálidos por la náusea.

Cosas innombrables flotaban en medio del limo, coágulos de materia y huesos podridos que Celestine no sentía deseos de investigar. El efluente mucal que cubría las paredes se hacía más espeso a medida que avanzaban, goteando en pesados grumos para aterrizar con ruidosos *plops* en el lodo del suelo del túnel.

Una vez más, Celestine descubrió que su sentido del tiempo fluctuaba. Era difícil decir cuánto tiempo habían avanzado a través del río de inmundicia, el túnel serpenteaba perezosamente a través de curvas hacia la

izquierda y hacia la derecha, pasando por grutas cristalinas donde las estalagmitas habían sido arrasadas y dejadas para que sobresalieran del limo en pedazos destrozados. El viaje se sentía tan interminable como la subida anterior, una caminata sin final a la vista.

Mientras salían de otro lodazal más profundo y veían que el túnel volvía a girar a la derecha, Fe tropezó. Celestine la agarró y la puso en píe, pero vio alarmada que la piel de Fe estaba cubierta de sudor y sus ojos estaban enrojecidos y febriles. Su cabello estaba pegado a sus mejillas y cuello, y temblaba como si estuviera paralizada. Los fuegos de las marcas de Fe habían muerto, sosteniendo solo un par de palos ennegrecidos.

—Santa, lo siento, este lugar... —jadeó Fe—. Estoy enferma.

Celestine miró a Deber, que estaba pálida y con el rostro sombrío, pero por lo demás intacta.

—Te apoyaremos, hermana —dijo Celestine, ignorando los dolores y molestias que aullaban en cada centímetro de su cuerpo. Pasó uno de los brazos de Fe alrededor de sus hombros y Deber hizo lo mismo del otro lado. Así siguieron avanzando otra vez, ondas lentas se extendían alejándose mientras se abrían paso a través del pesadillesco río de suciedad.

Al doblar la siguiente curva, Celestine escuchó un murmullo bajo, aumentando constantemente en volumen a medida que se acercaba.

—¿Voces? —preguntó Deber.

—Los gemidos de los condenados —graznó Fe. Celestine sintió que se helaba ante el espantoso sonido, que se le erizaba el vello de la nuca.

La profecía de Fe se cumplió cuando doblaron la curva hacia una espantosa visión. El túnel se alejaba de ellas, recto como una flecha y desapareciendo en una neblina de gases de color verde pardusco y motas arremolinadas que Celestine se percató que eran moscas. Las paredes y el techo del túnel se retorcían con el movimiento, y le tomó un momento entenderlo. Cuando lo hizo, la boca de Celestine se contrajo con horror y repugnancia.

—Personas —dijo Deber, sonando igualmente horrorizada.

—Debe haber miles —dijo Fe con la voz apagada, la cabeza colgando mientras miraba a través del cabello lacio de su flequillo.

Formas humanas alfombraban las paredes y el techo del túnel, aparentemente adheridas a espesas capas de limo. Mirando a las más cercanas, Celestine vio que todas exhibían signos de deterioro y

enfermedad. Sus carnes estaban repletas de bubones gordos y lesiones goteantes. Parásitos pululaban por el cabello lacio que se caía en mechones. Sus ojos miraban ciegamente, amarillentos por las cataratas, mientras las bocas llenas de dientes podridos y encías ennegrecidas se abrían para emitir lastimeros gemidos de desesperación.

—¿Qué nuevo horror es este? —preguntó Celestine. Deber solo negó con la cabeza, mientras que Fe emitió un gemido bajo alarmantemente similar a los sonidos provenientes de las almas condenadas atrapadas en el túnel.

—¿Se está moviendo algo ahí abajo? —preguntó Deber, señalando con una de sus teas. Mientras lo hacía, Celestine notó que el fuego se le agotaba, pero su atención fue captada por la sugerencia de que algo se movía en el otro extremo del corredor.

Algo verdaderamente inmenso.

—Sea lo que sea que haya excavado este túnel y creado este lugar infernal, se está acercando —dijo Celestine—. Aquí, entonces, se halla nuestra prueba.

—¿Todavía sientes la luz del Emperador, Santa? —preguntó Deber, sofocando la tos. Celestine la miró y vio que su hermana estaba empezando a desfallecer, al igual que Fe antes que ella.

—Sí, la siento —dijo. La sensación del calor de velas todavía acariciaba su piel, sintiéndose como si brillara sobre su frente como la fugaz calidez del sol de invierno.

—Eso... eso es bueno —dijo Deber, antes de que le fallaran las rodillas y cayera hacia delante. Celestine maldijo cuando Deber se desplomó sobre manos y rodillas en el enfermizo lodo del suelo del túnel, arrastrando a Fe con ella.

Envainando su espada, tratando de ignorar la enorme forma que se acercaba gradualmente a lo largo del túnel, Celestine agarró a sus dos hermanas por sus túnicas y las arrastró hasta donde el suelo se curvaba hacia la pared más cercana.

Las figuras condenadas volvieron hacia ella sus rostros llenos de tizón y emitieron suplicantes gemidos. Varios levantaron manos temblorosas para agarrarla. Otros agitaron tocones podridos con desesperación. Celestine los ignoró, aunque le dolía hacerlo. No tenía ningún deseo de apoyar a sus hermanas contra la resbaladiza pared, pero era eso o dejarlas caer en el lodo

y ahogarse. Apoyó a Fe y Deber una al lado de la otra, asegurándose de que todavía tuvieran sus marcas bajo control. La miraron agradecidas, haciendo lo poco que podían para ayudar.

—Santa... —murmuró Deber—. Lo siento…

—Silencio, simplemente no se dejen convertir en uno de ellos —dijo Celestine—. Las necesito a ambas, si es que alguna de nosotras quiere escapar con vida de este infierno inferior. Por ahora, las defenderé.

Dicho esto, Celestine dio varios pasos hacia atrás en el lodo, en busca de un terreno más nivelado. Afirmó sus pies y blandió su espada, tratando de penetrar en la oscuridad para distinguir con precisión lo que fluía por el túnel a su encuentro.

No tardó mucho en resolverse, y cuando lo hizo, Celestine deseó que la criatura hubiera permanecido escondida. Lo que se acercaba era un gusano inmenso, su carne pálida abultada, tensa y ondulante. Miles de patas quitinosas sobresalían de su masa y lo arrastraban a lo largo del túnel, enviando ondas de inmundicia rodando ante él y aplastando sin cuidado a aquellas malditas almas que tenían la mala suerte de ser consumidas por su inmensa masa. Aberturas parecidas a quistes arrojaban chorros de limo con cada movimiento, cubriendo las paredes y lloviznando hasta el piso de abajo. Una ola de indescriptible hedor fluía ante la criatura, tan absolutamente repugnante que hizo que Celestine se mareara.

Sin embargo, lo peor era el rostro de la cosa. En su frente, el gran gusano demoníaco se estrechaba, segmentos de armadura quitinosa se reunían en ondas superpuestas alrededor de unas inmensas fauces. Varias filas circulares de colmillos del tamaño de tanques de batalla rechinaron cuando el gusano se acercó. Dentro, sobresaliendo de entre una masa de carne roja palpitante como una lengua obscena, había una cabeza claramente humanoide del tamaño de una roca.

Tres ojos la miraron fijamente, protuberantes orbes negros rodeados de rojo y goteando lágrimas de pus. Cuernos agrietados y podridos sobresalían por encima de ellos, mientras que debajo había una lasciva boca de varios pies de ancho, bordeada de colmillos afilados y colocada en medio de papadas y barbillas blancas y temblorosas.

Con un sonido como mil sacos de despojos siendo sacudidos, el demonio gusano se detuvo, cerniéndose sobre Celestine, quien sostuvo su espada en alto, reluciendo en la penumbra. Moscas y gases apestosos revolotearon a

su alrededor, y la sonrisa del monstruo se ensanchó. Aunque podría haberla aplastado en un instante, Celestine se sorprendió de que el gusano no mostrara signos de atacar.

—Sea lo que seas, criatura, te interpones entre la luz del Emperador y yo —dijo Celestine.

—***Oh, pequeña santa*** —retumbó el gusano, con una baba biliosa saliendo de su boca mientras hablaba—. ***Estoy demasiado hinchado para permanecer de pie. ¿No ves claramente mi munificente magnificencia?***

—Sólo veo una abominación —dijo Celestine—. Un inmundo demonio de los Dioses del Caos, que derribaré con la ira del Emperador.

Incluso mientras lo decía, Celestine sabía lo ridícula que era la amenaza. La criatura tenía varios cientos de pies de altura y no había forma de saber cuánto se extendía su largo y repugnante cuerpo. Por millas no parecía una suposición irrazonable.

—***¿Y cómo harías eso?*** —preguntó el demonio en un tono afable, como si discutiera una hipótesis divertida con un niño rebelde—. ***No quiero faltarte el respeto, bocado, pero eres muy pequeña y, bueno...*** —El gusano sacudió su enorme cuerpo, haciendo que todo el túnel se estremeciera. Los gemidos de los condenados se convirtieron en lamentos aterrorizados—. ***Te devoraré de un solo bocado*** —rugió el monstruo, antes de estallar en una atronadora andanada de carcajadas que hizo que Celestine se tambaleara.

—El Emperador guiará mi espada —dijo, buscando desesperadamente cualquier lugar donde pudiera atacar a este monstruo. Su rostro parecía un objetivo obvio, pero incluso eso estaba a más de treinta metros por encima suyo, más allá de anillos de colmillos rotos y goteante baba ácida.

—***Si tan solo tuvieras tus alas, ¿eh, bocado?*** —dijo el demonio como si leyera sus pensamientos. Hizo un puchero con los labios en una repugnante mueca de fingida tristeza—. ***Pero no las tienes. Tu hermanita enfermiza las cortó, ¿no? ¡Oh, la ironía!***

Mientras los ecos del alegre bramido del demonio se alejaban, Celestine lo miró fijamente. Tal vez si pudiera incitarlo a que se acercara...

—Si eres tan poderoso y yo tan débil, ¿por qué dudas? —preguntó—. Ven y devórame, si no soy más que un bocado para ustedes.

El demonio se rió otra vez, enviando ondas rodando por su cuerpo resbaladizo.

—***No necesito devorar un fragmento como tú. Sólo deseo disfrutar de la charla. No irás a ninguna parte, pequeña santa.***

Celestine miró desafiante al demonio. Observó a hurtadillas a sus hermanas y vio con horror que manchas y sarpullidos se extendían por su piel a medida que el limo de las paredes del túnel se sellaba lentamente alrededor de sus formas. Deber se agitaba débilmente. Fe simplemente yacía, catatónica, mientras el limo la reclamaba. Celestine volvió a mirar al demonio, despreciando su sonrisa cómplice y de algún modo compasiva.

—***Lo que sea que vayas a hacer, tienes que hacerlo rápido*** —se rió entre dientes el demonio—. ***Sin embargo, ¿qué se puede hacer, pequeño bocado? No puedes volver. Tu Emperador espera que solo vayas hacia adelante, siempre al frente. Sin embargo aquí estoy yo, el obstáculo inamovible que desmiente tu irresistible fuerza. No puedes ayudarlas. Solo puedes verlas enfermarse hasta la condenación. La entropía es un hermoso regalo.***

—No puedo aceptarlo —gruñó Celestine. Dio tres pasos a la carrera y se lanzó contra el demonio. Saltó alto y bajó su espada en un arco sibilante, cortando fácilmente a través de la pálida carne de gusano. Inmediatamente éste la hizo retroceder cuando grasa rancia y baba brotaron de la herida y la salpicaron de la cabeza a los pies.

Se tambaleó, vomitando y escupiendo, cubierta de apestosa suciedad. Mientras se quitaba la baba de los ojos, oyó la risa del demonio y vio que la herida que le había infligido se cerraba lentamente.

—***No sentí nada, pequeño bocado*** —musitó el demonio—. ***Pero, por todos los medios, sigue cortando. Es decir, si no te importa ahogarte. El abuelo Nurgle ha sido muy generoso conmigo. Estoy lleno hasta el borde con su magnanimidad.***

Celestine escupió, una pequeña parte de su mente gritando de horror al sentir *algo* retorciéndose a través del limo que la había cubierto.

—¿Qué deseas? —gritó, frustrada y furiosa.

—Solo deseo que te des cuenta de lo terriblemente impotente que eres —dijo el demonio, y para su horror, Celestine estaba segura de que esta vez sonaba verdaderamente compasivo—. ¿***Sigues la luz de tu Emperador, y un poco de fe, un poco de deber, y se supone que estas cosas son suficientes para impulsarte por el camino? ¿Los obstáculos que Él espera***

que superes? ¿Los horrores que debes enfrentar, las penalidades que debes soportar, y para qué?

Una vez más, la imagen del rostro de la niña apareció en la mente de Celestine, pero cuando miró hacia el acantilado inamovible de carne enferma que se cernía ante ella, sintió que la desesperación la amenazaba.

—***Oh, ya sé, ¿cómo puedes alcanzarla conmigo en el camino?*** —preguntó el gusano—. ***Pobre niña, perdida y sola en el reino de los dioses, y tú incapaz de ayudarla. Supongo que no durará mucho, si es que ha llegado tan lejos.*** —El demonio sacudió la cabeza con tristeza.

La mente de Celestine se aceleró, pero no podía ver ninguna salida.

—***Tus hermanas enferman. Sólo tienen minutos, a lo sumo, hasta que estén más allá de tu ayuda*** —dijo el demonio—. ***Estás pensando que tal vez podrías huir, arrastrarlas contigo y encontrar otra ruta. Pero sabes que eso no funcionaría. Estás cansada, Celestine. Incluso tu despótico Emperador sabe que nunca lo lograrás.***

Celestine sintió la verdad de las palabras del demonio cuando cada dolor que había encerrado volvió a la superficie. Sus rodillas temblaron por un momento. Su agarre casi vaciló sobre su espada.

—***No deseo comerte, pequeño bocado, pero...*** —El demonio pareció considerarlo por un momento—. ***¿Quizás sería más amable? Después de todo, les has fallado.*** —En ese momento, Celestine supo que el demonio no solo se refería a sus hermanas, no solo a la misteriosa niña con la que sentía un vínculo tan extraño y silencioso. Ni siquiera al Emperador. Miró a lo largo del pasillo a las innumerables almas humanas, atrapadas en la desesperación. ¿Habían muerto todos por su culpa?

—Ojalá hubieras terminado la guerra como dijiste que harías —suspiró el demonio—. ***Pero entiendo. Eres una mujer y es una galaxia tan vasta. Tienes más posibilidades de apartar mi bulto con una sola mano que de extinguir los fuegos de la guerra que se tragan las estrellas.***

Celestine sintió que la duda se abría paso en su corazón. La mucosa suciedad casi se había apoderado de sus hermanas; habían comenzado a parecerse a las otras almas condenadas atrapadas en este terrible lugar. ¿Qué *podría* hacer una persona contra un horror tan abrumador?, pensó. Su fe en el Emperador no le había brindado ninguna ayuda que pudiera divisar. Su deber era claro, pero seguramente demasiado grande para ella sola.

—No puedo… —susurró cuando un momento de debilidad la sacudió y su agotamiento volvió multiplicado por mil—. Simplemente no puedo…

Entonces miró a los ojos del demonio y vio allí el hambre, la lasciva y deseosa mirada de un avaro a punto de recoger otro montón de monedas. Pensó en la niña, perdida y sola en una tierra de monstruos como estos. Sintió un momento de autodesprecio por su propia debilidad, pero vio que a su vez era una trampa. No, no se odiaba a sí misma por todo esto. Odiaba a los demonios que la atormentaban a ella, a sus hermanas y a todos los demás humanos a los que trataban como poco más que juguetes, moneda del alma acumuladas como un dragón atesora el oro.

—Deseas que me rinda. Que ceda —escupió Celestine, irguiéndose—. Quieres que me rinda porque sabes que la única forma en que me impedirás luchar es si dejo mi espada por mi propia voluntad —dijo, levantando su arma al frente una vez más. Sintió una ira justificada dentro suyo, una candente furia porque este repugnante montón de despojos casi la había manipulado para que se rindiera.

—***¿Por qué hay que luchar?*** —preguntó el demonio, su tono burlón—. ***¿Por un Emperador que no se preocupa por ti? ¿Por una especie de seres lamentables y egoístas que saben poco de tus sacrificios por ellos y se preocupan aún menos? ¡Ya se han dado por vencidos, Celestine, y eso los hace más sabios que tú!***

Un repugnante escupitajo salpicó a Celestine mientras el demonio bramaba, y su hedor a podrido se redobló en asquerosidad. Pero ella los ignoró.

—¿Y de quién tengo la palabra sobre eso, demonio? —escupió Celestine, manteniéndose firme contra su bramido que hacía temblar el suelo—. Desde que desperté en este lugar, basuras como tú han estado tratando de convencerme de que mi tarea es ingrata, interminable, que está *condenada*. Pero eso plantea la pregunta, ¿por qué los demonios de este reino seguirían tratando de convencerme de tal cosa, a menos que fuera una mentira diseñada para robar mi fuerza y mi voluntad? ¿A menos que, de hecho, me mantenga erguida ante el amor y la luz del Emperador, una espada en la mano de toda la raza humana?

La voz de Celestine se elevó hasta convertirse en un grito y, al hacerlo, un halo dorado apareció en su frente. Sintió un despliegue magnífico entre

sus hombros cuando alas doradas crecieron una vez más de sus omoplatos y se extendieron detrás suyo.

—***¡No eres nadie!*** —rugió el demonio, todo indicio de su antiguo tono solícito ahogado en una marea de ira y desprecio—. ***¿Quién eres tú para enfrentarte a la tormenta del aniquilador primordial?***

—¡Soy Santa Celestine de Terra, saco de inmundicia rancia, y hasta mi último aliento te desafiaré a ti y a los dioses alimañas a los que sirves!

Celestine saltó, sus alas batiendo poderosamente y llevándola hacia la cabeza del gusano demoníaco. Al mismo tiempo, un resplandor dorado surgía de ella como una estrella recién nacida, inundando el túnel y haciendo que el demonio retrocediera con un rugido de dolor.

—Te nombro el Gusano de la Duda —gritó Celestine, esquivando los enormes colmillos de la cosa y atacando con su espada—. ¡Y te derribaré por toda la humanidad!

Su hoja dio en el blanco, cortando la cabeza del demonio de su carnoso cuello en un solo y limpio corte. La cabeza se hundió en el fango, aún bramando de furia, y el cuerpo del monstruo se lanzó hacia adelante, intentando aplastar o devorar a Celestine. Sin embargo, allí donde su resplandor brillaba a lo largo del pasadizo, las miles de víctimas del gusano se agitaban y jadeaban, sus dolencias se desvanecían y recuperaban sus fuerzas. Miles de rostros se torcieron con ira repentina al darse cuenta de que el gusano se había alimentado de su desesperación y los había atrapado dentro de su repugnante despensa. Miles de manos se extendieron para agarrar los rancios flancos del demonio, para golpear y desgarrar. Guerreros sacaron espadas ya no más oxidadas. Soldados blandieron armas de fuego que hasta momentos antes no habían sido más que chatarra antigua.

El Gusano de la Duda se retorció cuando su viscosa piel fue perforada en miles de puntos a la vez. Celestine sintió el calor abrasador de las llamas en su espalda cuando Fe y Deber se elevaron para unirse a ella y verter su fuego en el muñón irregular del cuello del demonio.

—Gracias, Santa —dijo Deber.

—Siento haberte fallado —dijo Fe.

—Nunca me han fallado —replicó Celestine—. Terminemos esto juntas.

Dicho esto, se abalanzaron sobre el demonio mientras sus víctimas lo desgarraban por todos lados. Medio ahogada en su propia inmundicia, la cabeza del gusano siguió despotricando y delirando, pero sus aullidos se

convirtieron en lamentos lastimeros de agonía a medida que más y más partes de su cuerpo eran desgarradas y destrozadas. El inmenso gusano se retorció, sus extremidades azotaron para destrozar a sus víctimas por docenas. Aplastó más hasta convertirlos en pasta contra las paredes del túnel y atacó a Celestine, Fe y Deber con sus enormes fauces.

Se apartaron fácilmente de sus torpes ataques, tres ángeles golpeando una y otra vez con fuego y espada. La luz del Emperador brillaba en todas ellas, con el resplandor de una estrella furiosa que quemaba profundamente la carne del demonio y reducía franjas de sus restos a cenizas negras agrietadas.

Gimiendo de agonía, el demonio se abrió por todo su enorme cuerpo. Sus inmensos cuartos delanteros se estrellaron contra el techo del túnel una, dos, tres veces. En el cuarto impacto, el cristal se resquebrajó y se hizo añicos. En el sexto, grietas irregulares corrieron a lo largo del túnel y fragmentos de cristal llovieron para perforar el enorme y repugnante gusano. En el octavo golpe atronador, el techo del túnel se partió por completo, y todo el espacio se derrumbó con un rugido demoledor como si se rompieran mil millones de espejos.

La luz del día se filtró a través de la masa destrozada.

—¡Ahora! —gritó Fe mientras fragmentos de cristal llovían a su alrededor—. ¡Antes de que nos aplasten!

—¿Qué hay con las víctimas del demonio? —gritó Deber.

—Ya se han ganado la libertad de esta condenación —dijo Celestine con cálida certeza—. Ya no son víctimas de la desesperación, y en la muerte sus almas volarán libres para unirse a la luz del Emperador. Debemos seguirlos.

Sus hermanas no necesitaron más apremios. Los tres ángeles batieron sus alas y se elevaron a través de la irregular lluvia de fragmentos de cristal, dejando que el Gusano de la Duda fuera aplastado por la devastación de su propia agonía.

Por encima, florecía una luz dorada y el calor bañaba el rostro de Celestine.

—¡La luz del Emperador! —gritó, y las condujo hacia arriba, a través de la última lluvia de cristal, y a los cielos dorados más allá.

DÍA 415 DE LA GUERRA – 1840 HORAS IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN A DOS MILLAS DE LOS MUROS DE SHAMBACH – LO:801-A/LA:631-3

Blaskaine se despertó con el vaivén del Taurox cruzando el accidentado terreno. El olor familiar de cuerpos sin lavar en una caja de metal cerrada invadía sus fosas nasales. Los sonidos del motor retumbando y su personal de mando hablando por auriculares llegaban a sus oídos. Era reconfortante, de alguna manera.

—A… —graznó Blaskaine, antes de que un ataque de tos se apoderara de él y lo doblara al medio. Al menos, eso intentó, pero descubrió que sus movimientos estaban restringidos. Abrió los ojos y vio a la teniente Kasyrgeldt y a un médico del regimiento inclinados encima suyo, con expresión complacida y preocupada.

—¡Gracias al Emperador! —dijo Kasyrgeldt, apresurándose a desatar las correas que Blaskaine se percató lo ataban a uno de los asientos del Taurox.

—Tenga cuidado cuando se siente, mayor —dijo el brusco medicae—. Todavía se está recuperando. Señor.

Blaskaine les hizo señas para que se alejaran, tosiendo otra vez mientras se sentaba e inmediatamente arrepintiéndose. El dolor lo apuñaló desde lo que parecía cada parte de su cuerpo. Su cabeza se sentía ligera y mareada, sus extremidades extrañamente entumecidas.

—A-agua —se las arregló para graznar, y un frasco de metal fue presionado cuidadosa pero insistentemente en su palma. Miró agradecido a Kasyrgeldt, cuyo rostro mostraba una apariencia profesional de preocupación, luego se llevó la cantimplora a los labios y bebió.

Fue glorioso

—No demasiada, señor, ha estado inconsciente por un par de días —dijo el medicae—. Ha estado recibiendo fluidos intravenosos tres veces benditos, por lo que su cuerpo tendrá que adaptarse a la introducción de humores más mundanos.

—¿Bendecidos? —preguntó Blaskaine, haciendo una mueca al hombre. Sentía la cabeza aturdida y algo andaba mal en el equilibrio de su cuerpo.

—Por la propia Santa —dijo Kasyrgeldt, con un dejo de asombro en su voz—. Dijo que usted le salvó la vida, y entonces...

Blaskaine parpadeó. ¿La Santa había bendecido los fluidos médicos que le habían bombeado? Borrosos recuerdos se acumularon y se estremeció al pensar en el horror demoníaco contra el que se había enfrentado. Descubrió que no podía imaginárselo ahora; sólo una oscuridad rugiente, una neblina de sangre y fuego. Su mente se estaba protegiendo a sí misma, supuso. Su cordura podría no sobrevivir mucho tiempo a ese tipo de recuerdo.

—Señor, sus heridas fueron sustanciales —dijo el medicae—. Roturas por compresión, lesiones por aplastamiento, trauma por impacto. He hecho todo lo posible, pero necesitará ver a un augmético lo antes posible. De tercer grado o superior, diría.

—Un momento, ¿qué? —Los pensamientos de Blaskaine se agudizaron ante la palabra augmético.

Aquellos que instalaban mejoras biónicas.

Augméticos para reemplazar partes del cuerpo humano demasiado rotas para ser salvadas.

Apretó los dientes y miró hacia abajo.

Blaskaine observó fijamente su cuerpo roto por un momento, el muñón en escorzo de su brazo izquierdo, el voluminoso arnés de compresión cuyos tubos desaparecían en su pecho y abdomen. La pesada jaula biónica entablillada que encerraba su pierna izquierda, las articulaciones como remaches perforando la carne arrugada por los puntos.

—Oh —dijo Blaskaine en voz baja, y luego vomitó su primer trago en tres días sobre su regazo.

Media hora más tarde, el mayor se vistió lo mejor que pudo con un uniforme de repuesto. El medicae, con profusas disculpas, se había visto obligados a cortar agujeros en las prendas para permitir el paso de las feas mejoras quirúrgicas. Blaskaine soportó las atenciones del hombre con la vacilante dignidad que pudo reunir. Ahora estaba sentado en el mismo banco en el que aparentemente se había desangrado, operado y luego yacido mientras se tambaleaba lentamente alejándose del reino mortal. Sostenía un paquete de raciones de aluminio en una mano, en su *única* mano, chupando su contenido pastoso con una pajita mientras Kasyrgeldt hablaba.

Algo en un rincón de su cabeza quería empezar a gritar. Blaskaine, en cambio, se refugió en el entumecimiento emocional que se había instalado en su mente como un manto de nieve. Se enterraría bajo dicho manto todo el tiempo que pudiera. Con suerte, no tendría que enfrentarse a nada de esto, no realmente, antes de que su desesperada misión los aniquilara a todos.

Se dio cuenta de que sus pensamientos habían divagado.

—Lo siento, Astryd, ¿podría repetirlo? —preguntó, sus palabras todavía un poco más lentas de lo que estaba acostumbrado. Secuelas de los filtros anestésicos, según el medicae. Blaskaine se preguntó si tenía más que ver con ser arrastrado trescientos metros por el aire por… no, no pensaría en ello. Se obligó a concentrarse en su ayudante, en dar sentido a sus palabras.

Kasyrgeldt miró la placa de datos que tenía en la mano y luego volvió a mirar a Blaskaine. ¿Enmascara un destello de simpatía, se preguntó, o tal vez inquietud? Después de todo, ¿estaba realmente en condiciones de actuar como oficial superior?

—Por supuesto, señor —dijo ella—. Como decía, desde los campos de cráteres no hemos sido detectados por las fuerzas enemigas durante nuestro avance a través de los hidroplejos agripónicos fuera de la ciudad. En los días transcurridos desde que perdió el conocimiento, no hemos visto más señales del enemigo.

—¿Ninguna? —preguntó Blaskaine, una repentina oleada de sospecha disipando la niebla alrededor de su mente como agua fría vertiéndose en su rostro—. ¿No era acaso esta tierra suya? ¿Su punto álgido de poder? Deberían estar sobre nosotros como ácaros de sangre.

—Hay varias teorías —dijo Kasyrgeldt, aclarándose la garganta—. La capitana Maklen sostiene que esto debe ser prueba de que aún hay más

reductos imperiales sitiados en otras partes del planeta, y que el Motor de Guerra vació sus territorios de seguidores en un intento por aplastarnos a todos. Eso parece viable.

—¿Dijo varias teorías? —preguntó Blaskaine.

—Sí, señor —dijo Kasyrgeldt—. Velle-Marchon insiste en que el enemigo creyó que su emboscada nos aplastaría, que arrogantemente no prepararon una segunda línea de defensa.

—¿En un radio de cien millas? —preguntó Blaskaine—. No, se equivoca.

—Yo también lo pensé, señor. La otra teoría que prevalece, que debo decir proviene de las Hermanas de Batalla, es que es un milagro. Dicen que el Emperador nos ha favorecido y nos ha escondido de la vista del enemigo para que podamos hacer Su obra.

Hubo un momento de silencio entre los cadianos, antes de que Blaskaine asintiera.

—Eso también suena plausible —dijo.

—Em... supongo... sí, señor, dado todo lo que hemos visto.

—Está bien, Astryd —dijo con cansancio—. Sé lo que está pensando. ¿Pero por qué no? Hemos luchado contra demonios de las escrituras. Hemos visto a un ángel del Emperador desterrarlos. Por el Trono, cuando esa... *cosa* fue por ella, no dudé.

—Fue increíblemente valiente, señor —dijo Kasyrgeldt, pero él le hizo un gesto para que se alejara.

—Nunca se sabe —dijo, mientras su mente regresaba a la última vez que vio a Cadia—. Quizás he puesto la balanza un poco a mi favor. De todos modos, ¿qué piensan los otros oficiales? ¿Meritorius? ¿Tasker?

Kasyrgeldt se aclaró la garganta.

—Como dije, señor, el teniente Tasker murió durante la emboscada, junto con la gran mayoría de sus soldados.

—Ah. Sí. Así fue —dijo Blaskaine, tratando y fallando en recordar sus palabras—. ¿Y nuestras otras bajas?

—De nuevo, como dije, señor, fueron sustanciales. El desglose completo está aquí para que lo vea si desea, pero en esencia nos queda quizás la mitad de nuestra fuerza inicial de infantería, un poco más de un tercio de nuestros tanques y un puñado de piezas de artillería autopropulsadas. Ah, y las Hermanas de Batalla y los sacerdotes supervivientes, por supuesto.

—Entonces, apenas lo suficiente para organizar un combate a pie —dijo Blaskaine.

—También tenemos a la Santa Viviente de nuestro lado —respondió Kasyrgeldt.

—Desde luego que la tenemos, Astryd, y es posible que aún nos ayude a algunos de nosotros a superar esto —dijo Blaskaine—. Lo que queda de nosotros, de todos modos. —Se las arregló para no mirar su destrozado cuerpo.

—Podemos esperar y rezar, señor —dijo Kasyrgeldt—. Pronto lo sabremos de una forma u otra. La cruzada dejó atrás los agripónicos hace varias horas y entró en la zona de saqueo alrededor de la ciudad. Tenemos unas últimas crestas que coronar y entonces veremos las murallas.

—Y después, imagino, que incluso nuestra suerte, bendiciones, o lo que sea, se agotará —dijo Blaskaine—. Aun así, no tiene sentido retrasar nada. Páseme esa placa de datos.

Kasyrgeldt vaciló. Blaskaine se dio cuenta de que la mano que había tratado de alcanzar ya no estaba allí. Se aclaró la garganta y dejó a un lado su paquete de raciones antes de estirar la mano buena para tomar la pizarra.

Unctorian Gofrey acechaba a la sombra del Taurox de Blaskaine. El vehículo se había detenido en la ladera de sotavento de la última cresta antes de Shambach, utilizando la alta cresta para protegerse en parte de los ojos enemigos. Decenas de vehículos blindados y miles de soldados esperaban a su alrededor. Se habían dispuesto en formaciones de ataque, pero detenido aquí para esperar el avance final.

Gofrey se había arriesgado a echar un rápido vistazo por encima de la cresta, visto la antigua ciudad de piedra que se elevaba en hileras enmarañadas para encontrarse con los pies del monte Imperator. Los trabajos mineros podían verse allí arriba, en medio de las calles del Distrito del Mineral, sus entradas cavernosas brillaban con una luz roja profana.

Se habían cavado trincheras bordeadas de púas fuera de los límites de la ciudad, para obstruir la aproximación de un atacante. Se habían levantado altos muros de ferrocemento alrededor de la Ciudad de los Lingotes, incongruentes en su fea funcionalidad. Sus murallas estaban llenas de varios

cañones pesados y emplazamientos de artillería y bullían de cultistas. Estandartes rojos se elevaban sobre ellos, mientras que las feas paredes estaban adornadas con runas tanto del Dios de la Sangre como del Motor de Guerra. El último sigilo representaba una tosca figura humanoide formada a partir de engranajes entrelazados. Tenía un yelmo con cuernos, un hacha en una mano y un cañón en la otra. Algunos afirmaban que representaba al propio Motor de Guerra, aunque Gofrey confiaba en que era una exageración difundida por el renegado señor de la guerra para parecer más temible.

Los enemigos del Emperador eran dados a las falsedades, había pensado, lanzando una mirada venenosa hacia las Hermanas de Batalla y su supuesta Santa.

Gofrey se había desplazado hasta su posición actual de ocultamiento, y la mayoría de los cadianos trataban de evitarle. Un par de centinelas habían intentado hacer avanzar a Gofrey, pero los paralizó con su mirada desorbitada y empujó con fuerza. Habían estado a cien pasos de distancia, caminando cuesta abajo y completamente inseguros de su propósito, antes de recuperar la capacidad de pensamiento independiente. Para entonces, Gofrey estaba fuera de la vista y de la mente.

Ahora, escuchaba con ira farisaica mientras el mayor Blaskaine celebraba una conferencia por vox con Celestine y los otros líderes de la cruzada. Los soldados que rodeaban el transporte de Blaskaine vitorearon al hombre cuando salió, torpemente, de la escotilla superior para inspeccionar la escena. Vitorear era quizás una palabra demasiado comedida. Casi habían elogiado al comandante como si él mismo fuera otro santo resucitado.

Había sido su acto de sacrificio que había llevado a cabo, por supuesto, interponiéndose en el camino de la arrasadora entidad disforme el tiempo suficiente para que Celestine pudiera erguirse, y para que el capitán del tanque cadiano solucionara todo con un disparo. Al instante siguiente, el demonio se había desvanecido bajo una lluvia de fuego de artillería y golpes de espada, y la batalla había cambiado a partir de ahí. Blaskaine había pagado esa victoria con su propia sangre. Su cuerpo destrozado nunca se recuperaría por completo.

Y los hombres lo sabían, pensó Gofrey con amargura. Oh, sí que lo sabían. Al menos Blaskaine había tenido la delicadeza de parecer desconcertado. Pero eso no fue suficiente, porque estaba muy claro que

incluso el mayor había sido engañado por las mentiras de la llamada Santa. Gofrey había pensado en buscar la confianza del hombre, pero ahora, ¿como mártir herido y talismán de la cruzada? De ninguna manera. Gofrey aferró aquello debajo de su camisa y murmuró una oración de agradecimiento al Emperador por su claridad de visión.

—Sí, Santa, lo entiendo —estaba diciendo Blaskaine—. Entonces, los Basilisks concentran todo el fuego en el sector nueve de las murallas exteriores, y nos abalanzamos sobre la brecha. ¿Ese es su plan?

—*Aunque la artillería derribe una sección del muro, cuando crucemos el terreno abierto, nuestros enemigos habrán colocado sus reservas en posición para bloquearnos* —dijo la voz metálica de la capitana Maklen a través del comunicador vox—. *Lo siento, Santa, no estoy segura de que esto funcione.*

—*No esperaremos a que se abra la brecha* —respondió la Santa, su voz transmitida impregnada de serenidad y convicción—. *Confío en el Emperador. Se abrirá un camino para nosotros, y lo atravesaremos, luego hacia las calles y hacia las minas antes de que el enemigo pueda reaccionar. El Emperador me ha mostrado que la fuente de la corrupción de este mundo se encuentra en lo más profundo de esas minas. Lucharemos hasta alcanzarla y vencerla.*

—¿Está sugiriendo que ataquemos el muro *antes* de que se abra la brecha? —preguntó Blaskaine—. ¿Qué pasa si nuestra artillería no puede hacer el trabajo a tiempo, o siquiera hacerlo en absoluto? Nos quedaríamos sentados ante murallas de ferrocemento de quince metros de altura, sin posibilidad de avanzar ni retroceder, a merced de sus cañones.

—*Si la Santa dice que se abrirá una brecha, entonces así será* —dijo la voz de Anekwa Meritorius—. *Tenga fe, mayor.*

—Oh, sí —dijo Blaskaine, y Gofrey frunció los labios ante la solicitud que percibió en la voz del hombre—. Pero debo pensar en la vida de mis soldados.

—*Por supuesto, eso es justo y apropiado, porque el buen pastor piensa primero en su rebaño* —dijo Celestine—. *Conduciré a mis Geminae hacia las murallas y haremos lo que podamos para combatir a las dotaciones de cañones desde allí. Y mis Hermanas prestarán sus oraciones a este esfuerzo, para proteger mejor nuestro ataque bajo la gloria de la luz del Emperador.*

Hubo un momento de profundo silencio sobre el comunicador, durante el cual Gofrey esperaba que uno u otro de los oficiales imperiales pudiera entrar en razón. Seguramente el demonio Celestine no podría haberlos hechizado a todos.

—Que así sea, difundiré las órdenes ahora mismo —dijo Blaskaine—. Avanzaremos en quince minutos.

—*Emperador, ten piedad de todos nosotros* —dijo la capitana Maklen.

—*La tendrá* —dijo la Hermana Meritorius, y Gofrey se sorprendió al oír la convicción en su tono.

—No lo hará —siseó Gofrey entre dientes. Todos estaban condenados. Serían llevados al matadero como el ganado infiel que eran. Bueno, él se movería entre ellos como el lobo proverbial, listo para cumplir con su último deber para el Emperador.

Gofrey ya había empujado a un puñado de cadianos particularmente sugestionables. Los quebrantados, los resentidos, los consternados, seguirían sus órdenes cuando llegara el momento. Tenía algunos candidatos más en mente y, por el sonido de las cosas, poco tiempo para actuar.

—Emperador, no temas, todavía queda un hombre fiel vivo en este mundo —dijo Gofrey, y echó a andar colina abajo hacia la multitudinaria soldadesca de Cadia—. Y él tiene la fuerza para hacer Tu voluntad.

Los motores aceleraron y los estandartes se desplegaron cuando la orden de ataque resonó a lo largo de las líneas imperiales. El estandarte del regimiento de Cadia, con su puerta de rastrillo y sus relámpagos empuñados por el águila, ondeaba orgulloso en la brisa. No se pronunció ningún discurso, no hubo palabras conmovedoras para un ataque suicida como este. Solo la presencia de la Santa, brillando como una estrella guía. Eso, pensó la Hermana Meritorius, era suficiente. Cuando Santa Celestine se había erguido sobre ella en los campos de cráteres, cuando desterró las dudas de Meritorius y la levantó para luchar otra vez, todo cambió. Meritorius aún sentía vergüenza, pero ahora no era por falta de fe en su interior; más bien, vergüenza de haber tardado tanto en reconocer que la luz del Emperador no brillaba desde los cielos, sino que resplandecía desde el interior de cada uno de Sus fieles servidores.

Echó a correr, sosteniendo su bólter por la empuñadura en una mano y su espada de crepitante energía en la otra. Sus Hermanas avanzaban a su alrededor, las Imaginadoras alzaban sus iconos bien alto mientras las pocas docenas de Hermanas de Batalla elevaban sus voces en la Oración de la Fiel Lambastación. Abrían el camino sobre la cresta, arena triturada bajo las botas de Meritorius antes de que el suelo se desplomara y se encontrara acelerando para correr cuando la pendiente descendió. Los tanques y transportes de la Guardia Imperial rugieron cuando sus unidades orugas se elevaron orgullosas de la cresta y luego descendieron, cayendo mientras los vehículos aceleraban. Hombres y mujeres de Cadia acudieron en masa junto a ellos, cientos y cientos de desesperados fieles cargando a la batalla con la promesa de un milagro.

Cuando golpeó el suelo llano al pie de la pendiente, Meritorius supo que era un milagro que no hubieran caído en el olvido. No había forma de que el enemigo no hubiera podido detectar una fuerza tan considerable más allá de sus muros, y estaba agradecida de que las cañoneras y los ataques con cohetes no hubieran terminado ya con su asalto.

Pese a todo, descubrió que estaba de buen humor. Cuando el rugido ondulante del fuego de los Basilisks resonó detrás de la cresta, Meritorius se dio cuenta de que realmente creía que abrirían un camino. Sus proyectiles se lanzaron como un latigazo hacia la ciudad, todavía a una buena media milla por delante, y golpearon la sección de muralla designada. Florecieron explosiones de fuego, y sintió su calor dentro de su corazón. Meritorius había visto la luz, supuso. O mejor dicho, había visto lo que la luz de la Santa dejaba al descubierto. El Emperador no había desaparecido, Mundo Trono no había ardido. Meritorius lo sabía ahora, con una certeza que solo podía ser la fe. Reconoció que, si había habido oscuridad en su alma durante las últimas semanas, había anidado en su interior, no fuera. La muerte de la canonesa, la llegada de las tormentas, la caída de los fieles de este planeta; ¿soportar tal serie de golpes de castigo, uno tras otro, y luego ser la única responsable del bienestar de sus Hermanas en una guerra que parecía totalmente imposible de ganar?

No era de extrañar que la galaxia se sintiera más oscura.

Disfrutó de las simples sensaciones de sus pisadas golpeando el lecho de roca y las empuñaduras de sus armas en sus manos. No había habido una transformación milagrosa dentro suyo, solo una reunión de perspectiva.

Mientras observaba a la Santa derrotar a los demonios del Caos, se había dado cuenta de que el final aún no había llegado. Meritorius podría no sentir su fe tan intensamente como antes, pero sabía que aún residía en su interior, recuperando su fuerza. Por ahora, luchaba por una causa sagrada a la luz de Santa Celestine, junto a las fieles y decididas Hermanas de Batalla de su Orden, por un Emperador que ahora sabía que aún velaba por ella incluso en sus momentos más oscuros.

Para Anekwa Meritorius, eso era suficiente.

Un monótono y terrible rugido comenzó a elevarse desde lo más profundo de Shambach. Era una sirena industrial cuya nota se había corrompido en algo oscuro y antinatural. Meritorius se percató de que el sonido no era continuo; era una voz, formando palabras oscuras, vociferándolas con tal fuerza de odio que asestaban como golpes físicos.

—La voz del Motor de Guerra —gritó—. No oigan sus palabras, fieles. ¡No son más que los gritos de una bestia sin sentido!

A su alrededor, las Hermanas de Meritorius cantaban más fuerte, con mayor fervor, haciendo coincidir sus plegarias de batalla con el llamado del Motor de Guerra.

Detrás de ellos, los Basilisks rugieron nuevamente, enviando otra lluvia de proyectiles sobre sus cabezas. Sin embargo, ahora los cañones de Shambach respondieron, y en ese momento Meritorius se dio cuenta de cuán desesperadas eran sus probabilidades. Si la andanada de fuego de los Basilisks era un trueno, la cacofonía de los cañones de la ciudad fue la furia en toda regla de la tormenta. Docenas de cañones de las murallas estallando. Los emplazamientos de armas se abrieron, bólters pesados y ametralladoras resoplaron sin piedad mientras escupían proyectiles contra el ejército imperial que cargaba. Estallidos más profundos resonaron desde el interior de los límites de la ciudad, explosivos ascendieron desde posiciones ocultas de artillería para precipitarse sobre las líneas imperiales.

—¡El Emperador protege! —gritó Santa Celestine, que volaba al frente del ejército con las alas extendidas y la espada en alto.

Al instante siguiente, el fuego y el trueno transformaron el mundo. El suelo tembló bajo los pies de Meritorius, casi haciéndola trastabillar. Los amortiguadores de inercia de su armadura se activaron, compensando las potentísimas ondas de choque. Las explosiones la cegaron y ensordecieron,

y cuando se despejaron vio lechos de roca partidos y cuerpos ensangrentados lloviendo del cielo.

Tanques imperiales ardían, sus cadáveres eviscerados rodaban hasta detenerse.

Soldados heridos yacían y gritaban de horror, de agonía, de furia.

Sin embargo, la luz de la Santa aún estaba allí, intacta al frente del asalto, brillando como el propio Astronomicón del Emperador para guiar su camino.

—¡No cejen en su avance! —ordenó Meritorius, su voz amplificada para transmitir contra el terrible rugido de la batalla—. ¡Hermanas, comiencen la oración de la Santa Abjuración! —Las Sororitas volvieron a alzar sus voces en un canto llano, y mientras lo hacían, una neblina resplandeciente creció en el aire a su alrededor.

La artillería retumbó. Los proyectiles llenaron el aire, azotando en ambos sentidos.

Más explosiones.

Más muerte.

—*Cuidado con las trincheras* —llegó la voz del mayor Blaskaine por el canal de mando general. Sin embargo, no era tan fácil, en medio del humo y el caos. La propia Meritorius estuvo a punto de caer hacia delante en una enorme trinchera. Las púas metálicas que la recubrían la hacían parecer las fauces hambrientas de algún monstruo. Saltó la brecha, aterrizando en el otro lado. Varias de sus Hermanas fueron menos afortunadas, y los gritos de dolor se alzaron detrás suyo mientras caían.

Un trío de carros de combate Leman Russ pasó atronando a la derecha de Meritorius, con los cañones elevados. El trío abrió fuego, los disparos se alejaron y se estrellaron contra las murallas con una fuerza explosiva. Los cañones de campaña enemigos se desintegraron, sus municiones se dispararon y levantaron una tormenta de fuego ondulante que redujo a los aullantes herejes a cenizas arrastradas por el viento.

Meritorius bramó un sonido inarticulado de triunfo ante la vista, que fue ahogado cuando un enorme proyectil silbó y aterrizó sobre el tanque central. Se protegió los ojos antes de que la explosión la cegara, pero esta vez salió despedida. Mientras la Hermana Penitencia la ponía en pie, Meritorius vio que dos de los Leman Russ no eran más que restos, mientras

que el tercero seguía avanzando hacia las murallas con una unidad oruga medio rota y el casco en llamas.

—¡Sigan moviéndose! —gritó Meritorius a quien aún pudiera oírla—. ¡Hermanas, eleven sus oraciones al Emperador en esta oscura hora!

Corrió una vez más, en dirección a las murallas, siguiendo la luz de la Santa que se alejaba disparada hacia los muros. A su alrededor, las voces de sus Hermanas se elevaron y esta vez la iluminación brumosa resplandeció.

—*Lo que eso sea* —se oyó la voz de la capitana Maklen por el comunicador—, *¡sigan así! ¡Miren a las dotaciones de los cañones enemigos, están cegados!*

Sin el beneficio de los augures multiespectrales y los conjuntos de objetivos, Meritorius no podía ver nada del enemigo, pero tenía fe y, efectivamente, el bombardeo del enemigo disminuyó mientras las Hermanas continuaban cantando.

Meritorius surgió a través del humo, aún al frente de más de veinte Hermanas de Batalla, que a su vez dirigían a cientos de aullantes soldados cadianos. Las explosiones florecían más adelante, mostrando dónde los proyectiles de los Basilisks golpeaban la muralla una vez más.

Estaban tan cerca ahora. Ya casi.

Atravesó las últimas estelas de humo y se detuvo tambaleándose.

La sección nueve del muro seguía en pie.

Destrozada. Magullada. Hendida con grietas abiertas y en llamas de un extremo al otro de sus almenas.

Pero todavía muy intacta.

Llovieron disparos desde secciones vecinas de la muralla, acertando a dos de las Hermanas de Meritorius. Los cadianos se tambalearon detrás suyo, sus masivas filas eran blancos fáciles reuniéndose apenas a treinta metros del pie de la muralla. Los restos devastados del glifo del Motor de Guerra los miraban con lascivia. A los ojos de Anekwa parecía triunfante.

—¡Encuentren refugio! —ladró—. Supriman el fuego contra la parte superior de la muralla. Que las armas pesadas ataquen la brecha con todo lo que tengan. Lanzallamas, quemen a los herejes que puedan alcanzar. Fe y determinación, hermanas y hermanos. ¡El Emperador no nos abandonará! —Levantó su bólter y disparó a los muros, esperando contra toda esperanza que sus palabras sonaran ciertas.

En el interior de su Taurox, Blaskaine maldijo tanto en voz baja como en alta. La exhibición rúnica en su auspex era tosca, pero le mostraba lo suficiente. Veía a la Santa en lo alto de las murallas, causando una carnicería equivalente a la de un pelotón entre las dotaciones de los cañones enemigos. Veía que los Basilisks continuaban con su bombardeo de la sección nueve. Pero también veía el avance imperial bloqueado cuando llegó a una brecha que aún no existía. Los atacantes se acumulaban, extendiéndose como un líquido encharcado en una superficie plana.

—Que se separen —ordenó Blaskaine por el comunicador—. Usen los pozos de los proyectiles y los restos para cubrirse. Que no dejen de disparar.

Era todo lo que podía hacer. Su Taurox estaba a mitad de camino atravesando la tierra de nadie, abriéndose paso entre las trincheras, siguiendo a un par de Leman Russ Punisher hacia las murallas. Estaban entre las líneas de retaguardia del ataque, pero pronto alcanzarían los muros.

—¿Y luego qué? —se preguntó a sí mismo.

—¿Señor? —inquirió Kasyrgeldt, levantando un auricular de sus orejas.

—¿Luego qué, Astryd? ¿Nos concentramos en las murallas y esperamos? Seremos masacrados en cuestión de minutos.

—La Santa dijo que debemos tener fe, señor —dijo Kasyrgeldt, y Blaskaine asintió con frustración. La agitación de emociones en su pecho era demasiado compleja para transmitirla: *sentía* fe de una forma en la que nunca la había sentido, incluso antes de la caída de Cadia; tenía que preservar la vida de sus soldados si podía; cada línea de las escrituras estratégicas que había aprendido le gritaba que ordenara una retirada y repensara este ataque suicida; no quería desesperadamente admitir la derrota y retirar los activos que aún podían salvarse, para no revivir a los abandonados en Cadia reflejados en cada soldado que cayera durante la derrota posterior.

En cambio, Blaskaine se conformó con un gruñido hosco. Sus ojos se dirigieron rápidamente a la transmisión de video de uno de los tanques de Maklen cerca de la muralla. Mostraba a la Santa, brillando como una estrella mientras saltaba y giraba a lo largo del muro con su espada azotando y apuñalando. Los herejes se lanzaban sobre ella y eran

aplastados, arrojados de las murallas o convertidos en jirones ensangrentados. Las Geminae Superia luchaban al lado de su ama, con las pistolas encendidas mientras derribaban a las dotaciones de artillería y las milicias heréticas. Era una vista conmovedora, pero por sí sola, Blaskaine sabía que aún no era suficiente. Luego, por el comunicador, llegó una desesperada voz que le heló la sangre.

—*¡Auxilio, auxilio, aquí el sargento de artillería Hokwis a cualquier fuerza imperial disponible! ¡Batería de Basilisks bajo ataque! ¡Repito, estamos bajo el ataque de masivas fuerzas cultistas! ¡Origen del asalto desconocido, números abrumadores! ¡Por el fantasma de Creed, los lideran los Mas'drekkha! Repi…*

La voz de Hokwis se cortó en medio de un chillido de estática. Blaskaine miró a Kasyrgeldt, su expresión horrorizada haciéndose eco de la suya.

—Sin artillería, no hay brecha —susurró.

—Trono, *maldición* —gruñó Blaskaine, tratando de golpear la consola con un puño que ya no poseía. No era así como se suponía que sería el ataque. Había visto la gloria de la Santa. ¡Él la había *salvado*, por el bien de Terra! ¿Cómo podrían salir las cosas de esta manera? ¿Era este su castigo por Cadia?, se preguntó ¿Era un castigo para todos por dejar caer la Puerta?

No. Esto no era obra del Emperador. Todavía estaba ante ellos, se percató, sin importar las probabilidades, sin importar el costo.

—Aquí Blaskaine a todas las fuerzas —ladró por el comunicador—. Todas las armas pequeñas, concéntrense en la parte superior de la muralla. Todo más pesado que un maldito rifle láser, disparen en la brecha. ¡Haremos una incluso si tenemos que derribar las murallas con nuestras propias manos! ¡Es lo que el Emperador espera de nosotros, damas y caballeros, y no lo defraudaremos!

—*Un noble sentimiento, mayor, pero dejemos que la fuerza se encargue de esto, ¿eh?* —La capitana Maklen se dirigía a él por un canal privado. Frunció el ceño, mirando el auspex para ver su runa designadora moviéndose hacia las líneas del frente. Varias de sus máquinas más veteranas formaron una punta de lanza frente a su Executioner, y la infantería se dispersó en su camino.

—Capitana, ni siquiera sus armas derribarán ese muro sin una gran cantidad de fuego de apoyo y un milagro enviado por el Trono —dijo Blaskaine.

—*Soy muy consciente de las tolerancias y capacidades de mis motores, mayor* —replicó Maklen con tono altivo.

—¿Entonces qué...? Un momento, Petronella, ¿qué está haciendo? —Agarró la consola con la mano que aún conservaba cuando se percató de que su punta de lanza no estaba desacelerando. Un indicador de un Russ parpadeó, luego otro. Maklen y dos tanques restantes seguían adelante, casi en la línea del frente ahora.

—*No puede haber mayor demostración de la fe en el Emperador que ofrecer lo que uno más ama en el altar de Su grandeza* —dijo Maklen.

—¡No me cite las Escrituras ahora, capitana! —espetó Blaskaine—. ¡Este no es el momento!

—*Diría que es precisamente el momento, ya que no tendré otra oportunidad* —replicó Maklen, y Blaskaine percibió un trasfondo de pena y aceptación bajo su digno tono.

—¡Capitana! Su experiencia y habilidad son necesarias si queremos que este ataque tenga éxito. Sea lo que sea que esté planeando, ¡le ordeno que detenga su avance y dispare sobre la brecha de inmediato! —ladró Blaskaine.

—*Lo siento, mayor, pero sabe que solo hay una manera de que ese muro pueda ser derrumbado. Lo malo de tomar el control de un Executioner es que se acepta desde el principio que básicamente uno está a cargo de una gran bomba sobre ruedas. He tenido una mejor carrera que la mayoría, y ha sido un honor servir a su lado.*

—¡Petronella, hay otra manera! —dijo cuando vio la runa de su tanque romper la línea del frente y lanzarse hacia la brecha, los dos indicadores de los Russ restantes despegándose para dejarla ir—. ¡Tiene que haberla!

—*Fe, deber y sacrificio* —fueron las últimas palabras de Petronella Maklen por el comunicador.

La Hermana Meritorius vio salir el tanque de plasma de las líneas imperiales, rodando sobre los cuerpos de los muertos, abriéndose paso entre las llamas y los escombros. Una tormenta de fuego siseó desde el casco de la máquina, pero milagrosamente siguió adelante, con proyectiles y cohetes rebotando en su pesado blindaje. Meritorius sabía muy poco de los

misterios sagrados del Omnissiah, pero incluso ella podía ver la forma en que las bobinas de plasma del tanque brillaban alarmantemente y el vapor que salía de las ventilaciones del intercambiador.

—Se sobrecargará en la brecha —susurró, y luego gritó—: ¡Abajo! ¡Abajo y cúbranse, ahora, ahora, ahora!

A su alrededor, tanto las Hermanas como los Guardias se taparon los ojos y se agacharon lo mejor que pudieron. El tanque se estrelló a toda velocidad contra la estremecida sección de la muralla y luego el mundo se volvió blanco. La explosión fue tan feroz que ensordeció por completo a Meritorius. Todo pareció detenerse por un instante, reemplazado por la pureza de la sagrada y brillante luz.

Luego, los sonidos regresaron, escombros en llamas cayendo, gritos de soldados heridos y un estruendo de la avalancha de la sección nueve de la muralla derrumbándose sobre sí misma.

Meritorius se levantó en un santiamén, con la espada en alto y crepitando. Miró los restos del sacrificio de la capitana Maklen y sintió que la furia se acumulaba en su interior. Meritorius se alegró por Maklen, en ese momento, porque la capitana estaba ahora con el Emperador, pero al mismo tiempo no sentía más que odio por los herejes que habían obligado a Petronella Maklen a dar su vida.

—¡Tenemos nuestra brecha! —bramó, su voz amplificada por vox rodando como un trueno—. ¡Alabado sea el Trono, tenemos nuestra brecha! ¡Adelante, en nombre del Emperador!

Los guerreros se levantaron, el desconcierto se convirtió en furia cuando vieron el enorme agujero donde el martirio de la capitana Maklen había abierto el camino. Al unísono, la asediada máquina de guerra imperial se puso en movimiento y atacó la brecha. Meritorius encabezó la marcha y, mientras se abría paso a través del desgarro aún brillante en la pared de ferrocemento, vio la luz de la Santa que descendía desde lo alto para guiarlos al frente.

—A la victoria —bramó Anekwa Meritorius—. ¡A la victoria!

Más allá

Celestine se elevó hacia la luz dorada que resplandecía tan brillante como el corazón de una estrella. Escuchó una nota de canto que crecía a su alrededor, y su alma cantó a coro con ella, porque seguramente aquí se hallaba la luz divina del Emperador.

—¡Hemos encontrado lo que buscábamos, hermanas! —gritó, pero no hubo respuesta de Fe ni de Deber. Celestine se dio cuenta de que la luz a su alrededor se había vuelto tan fulminante que ya no podía ver la montaña desde la que había volado, ni los cielos revueltos que se habían cernido sobre ella durante tanto tiempo, ni siquiera a sus dos hermanas que instantes previos se hallaban a su lado

—¿Fe? ¿Deber? ¿Dónde están? —gritó Celestine. Su única respuesta fue esa nota singular, el anillo de cristal tallado creciendo por momentos en un

repique ensordecedor que vibró a través del cuerpo de Celestine y pareció estremecer sus huesos.

No había arriba ni abajo, nada a su alrededor por lo que navegar u orientarse. Sólo estaba la luz, tan cegadora que apenas podía mantener los ojos abiertos, y el sonido, tan ensordecedor ahora que era todo lo que Celestine podía hacer para soportarlo.

—Es el poder ilimitado del Emperador, una última prueba contra la cual debo demostrar mi valía —se dijo a sí misma, aunque el timbre alrededor de Celestine se había vuelto tan fuerte que bien podría no haber hablado. Sintió una humedad en los lados del rostro que podría haber sido sangre goteando de sus oídos. Cerró los ojos contra el resplandor, pero aun así podía verlo incluso a través de sus párpados.

Celestine fue acribillada por la luz y el sonido, saturada por ambos hasta que sintió como si todo lo que la convertía en lo que era pudiera disolverse y dispersarse como motas en el aire. Todavía batía sus alas doradas, esforzándose por subir más y más hacia la luz.

Regresar es fallar a la vista del Emperador, ser sellado fuera de la última puerta, pensó. Regresar es ser consignado a ese páramo del purgatorio para siempre, o hasta que mi alma se cuaje y se pudra en medio de la corrupción del Caos. Sabía que debía seguir adelante. Debía…

Sin embargo, cada aleteo significaba un dolor más severo. Celestine ardía en el corazón de un horno divino. Era golpeada por maremotos de sonido, atravesada por cuchillas de iluminación abrasadora y sinfonía nítida. Todo pensamiento coherente fue expulsado de su mente, todo menos esa idea.

No des la vuelta…

No des la vuelta…

No des…

No lo hagas.

La luz y el sonido se desvanecieron tan repentinamente que fue como si una bomba hubiera estallado dentro de la mente de Celestine. El cese de los estímulos fue impactante, y solo después de un momento se dio cuenta de que había estado, y todavía estaba, gritando.

Cerró la boca y abrió los ojos, luchando por un segundo con el miedo de que seguramente se había quedado sorda y ciega.

En cambio, Celestine se encontró tendida sobre suave hierba junto a una corriente de agua cristalina que fluía rápidamente. El aroma de las flores llegó a sus fosas nasales, y cuando sus oídos dejaron de zumbar por fin, captó el suspiro de una suave brisa a través de las hojas y el perezoso zumbido de los insectos.

Celestine se incorporó, adormilada, desconcertada. Sintió el suave calor del sol sobre su piel, su luz moteada filtrándose a través de las agitadas ramas de los árboles que se extendían para formar un dosel abovedado sobre el claro.

—¿Qué es esto? —preguntó Celestine, sintiendo la desconfianza crecer en su pecho. No recibió respuesta, excepto el suave murmullo del arroyo y el lento susurro de los árboles mientras bailaban perezosamente en la brisa.

Frunciendo el ceño, Celestine se incorporó. Se percató de que tenía sed por primera vez desde que había despertado en la cima de la montaña de huesos. También tenía hambre. Miró las aguas cristalinas que pasaban y los arbustos frutales que crecían aquí y allá en medio de la línea de árboles. Celestine negó con la cabeza y apretó la mandíbula.

—No confiaré en nada de este reino, no importa lo justo que luzca —dijo. Sin embargo, no pudo evitar sentirse fuera de lugar, la guerrera ensangrentada con su armadura manchada de suciedad, demasiado atormentada en mente y alma para aceptar la generosidad natural que la rodeaba. Era como si todo lo demás fuera una suave sinfonía y ella la única nota discordante.

Celestine no sentía nada de la caótica corrupción que la había rodeado en la guarida del gusano, o en la ciudad cenicienta, o sobre la montaña de hueso. Dicho esto, tampoco sentía nada de la divinidad del Emperador en este lugar. Celestine decidió que no bajaría la guardia. En su lugar, con los ojos revoloteando en busca de posibles amenazas, desenvainó su espada y se preparó para que algo monstruoso viniera a estrellarse contra los árboles.

—Fe, Deber, por favor respondan —dijo por su comunicador en el gorjal. La estática le silbó—. Hermanas, ¿están ahí afuera? —Celestine lo intentó otra vez, pero aún así no recibió respuesta.

Pasaron los minutos. La brisa movía los árboles con un suave siseo. Las aguas del arroyo seguían fluyendo. La luz del sol bailaba a través de las ramas, esparciendo un delicado juego de luces y sombras sobre la exuberante hierba del claro. Celestine sintió sus ojos atraídos por sus

formas cambiantes a pesar de sí misma, y algo le hizo cosquillas en el fondo de su mente mientras observaba el suave juego de luces y sombras. Un recuerdo, tal vez, moviéndose justo debajo de la superficie de su mente consciente.

No estaba segura de cuánto tiempo permaneció así, viva para las amenazas, antes de que un insecto regordete y borroso volase por el aire y se posara sobre su hombrera derecha. Celestine miró bruscamente hacia él, lista para abofetear a la criatura a la primera señal de amenaza. Éste la ignoró por completo, limpiándose meticulosamente las extremidades, girando en un círculo lento e involuntario mientras luchaba por alcanzar sus propios cuartos traseros. Era, reflexionó Celestine, un espectáculo tan absurdo como el que ella misma debía presentar en ese momento.

—Oh, por el amor de Dios —dijo, sacudiendo la cabeza y bajando la guardia. Apartó al insecto y este montó un zumbido indignado mientras se alejaba tambaleándose por el aire—. No puedo quedarme aquí para siempre, con la hoja levantada contra amenazas inexistentes —se dijo Celestine—. Si mis hermanas se pierden, debo encontrarlas, y ya sea que se trate de un paraíso creado por el Emperador o simplemente de otro velo de niebla, no descubriré la verdad que se encuentra aquí.

Celestine cerró los ojos y buscó la luz del Emperador. Después de un momento se dio cuenta de que todo lo que podía sentir era la cálida luz del sol acariciando su piel. La sensación era buena, pura de algún modo, pero diferente a la efímera llama de vela que había guiado su camino hasta el momento. Celestine abrió los ojos, sorprendida e inquieta.

—Y sin embargo, ¿y si son uno y el mismo? —se preguntó a sí misma. Al darse cuenta de que no tenía otra forma de guía por el momento, y no estaba dispuesta a simplemente adivinar una dirección aleatoria en la que viajar, Celestine decidió que seguiría la luz del sol. Una mirada al dosel le dijo que, por el momento, despegar no era una opción. En cambio, Celestine plegó sus alas cerca de su espalda y, tomándose un momento para fijar la posición del sol en el cielo, caminó hacia él con una mirada de determinación en su rostro.

Quizás pasó una hora mientras Celestine marchaba por el idílico bosque. Había suficiente maleza para agregar a la belleza del bosque, pero no tanta como para impedir el progreso de Celestine. Los árboles crecían altos y orgullosos. Descubrió que cuanto más miraba su nudosa corteza y sus extendidas ramas, más familiares le parecían.

—¿Dónde *es* este lugar? —se preguntó a sí misma Celestine, pero no obtuvo respuesta. Cualesquiera que fueran los recuerdos que se movían en las corrientes más profundas de su mente, se negaban a salir a la superficie.

Poco a poco fue consciente de otro sonido en el aire, un rugido entrecortado y distante que la hizo buscar amenazas nuevamente. Al pasar a través de un matorral de árboles jóvenes, Celestine escuchó el sonido un poco más claro y sintió una sonrisa involuntaria curvarse en las comisuras de su boca.

—El océano —susurró—. Ese es el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

Celestine sintió una simple felicidad en su corazón, una sensación de paz que no podía explicar. Se preguntó por qué esto era tan familiar.

—Fe, Deber, si pueden oírme, me estoy acercando a un tramo de la costa —anunció Celestine—. Hermanas, diríjanse al sonido de las olas o, si pueden volar, muévanse hacia la costa y búsquenme allí. Estoy procediendo y tomaré la disposición del terreno.

Siguió adelante, emergiendo de debajo de los aleros del bosque. Árboles frutales dispersos formaban un huerto natural a su alrededor, sus ramas cargadas de orbes carmesí maduros, pero ya no eran lo suficientemente densos como para ser llamados bosques. Celestine los ignoró y siguió caminando por el arcilloso suelo bajo un cielo azul claro. Jirones de nubes blancas cabalgaban sobre los vientos en lo alto, y formas aladas giraron, haciendo que levantara su espada otra vez. Sin embargo, Celestine pronto identificó a las criaturas como nada más que una especie de ave costera y las descartó como irrelevantes.

Más adelante, la tierra se elevaba en un acantilado empinado con matas de hierba dura que se aferraban a su lado de sotavento. Celestine sabía, aunque no cómo, que esta cresta era el borde posterior de una enorme duna de arena. Más allá de su cresta, el susurro de las olas prometía una hermosa vista al mar.

Celestine sintió que la felicidad crecía en su interior. Sintió una oleada de satisfacción que no pudo hacer nada para disipar, una sensación de familiaridad que no podía ubicar ni expulsar. Era enloquecedor y placentero a partes iguales.

Mientras clavaba sus pies blindados en la pendiente de la duna y comenzaba a escalar, Celestine miró hacia la cima.

Se detuvo.

Allá arriba, discordante e incongruente en este hermoso pero vacío lugar, vio la silueta de una cabeza y unos hombros humanos apenas visibles por encima de la línea de la cordillera, dirigiendo su mirada hacia el océano. Eran pequeños, silueteados por el sol, derramándose sobre la duna y tiñendo de oro el cabello oscuro de la figura.

La conocía.

Empezó a subir de nuevo, repentinamente tan nerviosa y ansiosa como quien ha estado lejos del amor de su vida durante mucho tiempo y ahora se apresura con impaciencia hacia el reencuentro. El corazón de Celestine latía con fuerza en un pecho apretado por los nervios y la anticipación. Los pensamientos de peligros potenciales, de sus hermanas perdidas o de su ubicación actual, fueron expulsados de su mente por el pensamiento singular de que al fin...

Celestine se detuvo a mitad de la duna. ¿Al fin qué? ¿Que se reuniría con una niña que había conocido hacía solo unas horas o días? ¿Que por fin alcanzaría a esta figura silenciosa que había ido y venido como un espejismo, permaneciendo fuera de su alcance?

¿La conocía realmente? Su cautela volvió, y una mano apretó la empuñadura de su espada. ¿Qué sabía de ese lugar, si es que sabía algo, excepto que nada era lo que parecía al comienzo?

La niña no se había movido. No había respondido al zumbido de los servos de la armadura de Celestine ni al crujido y el deslizamiento del suelo arenoso que se movía bajo las poderosas botas, aunque sin duda debía haber oído ambas. Simplemente permanecía sentada, inmóvil como una piedra excepto por el ligero movimiento de su cabello en la brisa marina.

Con cautela ahora, Celestine alteró el ángulo de su escalada, dando la vuelta a la derecha de la niña mientras ascendía hacia la cima de la duna. Su espada brillaba a la luz del sol, sus asesinos bordes afilados, la plata atrapando la luz en ondas apretadas. Se imaginó lo que podría ver cuando

finalmente posó los ojos en el rostro de la niña, temiendo alguna espantosa aparición enviada para atraerla y luego atacarla, la púa envenenada en el corazón de una paradisíaca trampa mortal.

—Solo una niña —dijo en voz alta cuando finalmente pudo verla. Era como Celestine recordaba, una pequeña delgada con cabello oscuro y ojos negros que la miraban con curiosidad. La muchacha arrugó la cara con los ojos entrecerrados, protegiéndoselos con una mano.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Celestine, sin saber qué más hacer.

Ambas permanecieron así durante varios segundos. Celestine vio que sus sombras formaban un cuadro helado por el flanco de la duna, la alta guerrera con una espada en la mano y las alas plegadas contra su espalda, la voluta de una niña mirando hacia arriba con inocente curiosidad.

Celestine se dio cuenta con un sobresalto de que todavía tenía su espada levantada. Rápidamente, la envainó.

De los dos aquí, era ella la que debía aparecer como el monstruo.

—¿Quién eres? —preguntó Celestine, tratando de impregnar suavidad en su voz. La chica no parecía estar en peligro de sobresaltarse o huir, pero Celestine tenía poca experiencia con alguien que no fuera un guerrero o un enemigo. Las niñas pequeñas eran un territorio totalmente desconocido. Y no se arriesgaría.

—Soy Esperanza —respondió la niña.

Celestine parpadeó cuando el nombre provocó algo en su interior, una sacudida que recorrió todo su cuerpo.

—¿Qué haces aquí, Esperanza? —preguntó Celestine.

—Estoy mirando las olas —dijo Esperanza—. ¿Te gustaría unirte a mí? —añadió tímidamente tras un momento de pausa.

—Yo... gracias, Esperanza, lo haré —respondió Celestine, sin saber cómo contestar. Con la mayor delicadeza posible con una servoarmadura completa, se acomodó cerca de la niña. Celestine dejó un metro despejado de arena y aire entre ellas. Se dijo a sí misma que era para evitar poner nerviosa a Esperanza, pero se preguntó si sería más acertado decir que era por su propio beneficio.

—La vista es hermosa —dijo Celestine después de que el silencio se prolongara entre ellas. Descubrió que lo decía en serio. La pendiente de barlovento de la duna se desvanecía ante ella, arena dorada salpicada de

matas de hierba en los primeros doce metros. Más lejos, las arenas de la playa calentadas por el sol descendían hasta la línea de la marea, donde se volvían resbaladizas, varios tonos más oscuras donde las aguas se habían retirado. El océano en sí mismo era una magnífica inmensidad más allá, sus olas entraban y salían en medio de danzantes chorros de espuma cerca de la costa. Se ondulaban lentas y majestuosas sobre las profundidades más lejanas, coronadas de oro por los rayos del sol. Eventualmente, la vista se desvanecía hasta que el mar y el cielo se convertían en uno sobre un distante y brumoso horizonte.

Celestine esperó a que la niña hablara, pero Esperanza había vuelto a mirar el paisaje, con las cortas piernas estiradas frente a ella, un tallo de hierba retorciéndose ociosamente entre sus dedos.

—Esperanza, ¿dónde es este lugar? —preguntó Celestine.

—La playa más allá del bosque —dijo la niña, sonando distraída.

—Eso es todo lo que puedo ver —dijo Celestine suavemente—. Pero ¿*dónde* es esto? ¿Estamos... es este un mundo en el espacio real? ¿O en alguna otra parte?

Esperanza no respondió, solo siguió retorciendo su tallo. Celestine decidió probar otra cosa.

—Te he visto antes, ¿verdad? —preguntó—. Estabas allí, al pie del acantilado, y luego otra vez en la cima de la subida. Y estoy segura de que te he vuelto a ver desde entonces, corriendo delante de mí a través de las sombras. ¿Cómo llegaste a estar aquí, Esperanza? ¿Cómo sobreviviste?

Esperanza la miró.

—Esa mujer no era agradable —dijo—. Me lastimó el brazo.

—Lo sé, Esperanza, y lamento que lo haya hecho, pero no era ella misma —dijo Celestine, tratando de parecer lo más amable posible—. ¿La has visto? ¿O la otra mujer con la que estaba?

Esperanza sacudió la cabeza. Frunció el ceño con severidad infantil ante la hierba que se retorcía entre sus dedos.

Celestine suspiró. Volvió la mirada al horizonte.

—¿Cómo que no sabes dónde estás? —preguntó Esperanza, después de una pausa—. ¿Estás perdida?

—Sí, Esperanza, creo que lo estoy —dijo Celestine—. Seguí una luz, y me trajo aquí, pero ahora no sé dónde es *aquí*, y no sé qué hacer a continuación.

El ceño de Esperanza se profundizó, y Celestine tuvo la clara impresión de que la niña estaba considerando seriamente sus palabras.

—¿Y si aquí es a donde ibas? —preguntó—. ¿Y si ya has llegado?

Celestine se rió con tristeza.

—Es una idea encantadora, niña, pero tengo un deber. Hay una gran tarea que debo completar antes de poder descansar.

—Oh —dijo Esperanza. Luego, tras una pausa, preguntó—: ¿Cuál es? ¿Tu tarea?

—Tú me ayudaste a recordarla, Esperanza. ¿No te acuerdas?

La chica negó con la cabeza.

—¿Sabes lo que son los monstruos, Esperanza? —preguntó Celestine suavemente. Esperanza asintió con rapidez—. Bueno, hay monstruos por ahí, en la galaxia. Vienen de otro lugar, de algún lugar perverso, y mi trabajo es enviarlos de vuelta.

—¿Hay muchos monstruos? —preguntó Esperanza en voz baja.

—Los hay, pero no debes temer. Estoy a la altura de mi tarea —dijo Celestine, su voz endureciéndose con determinación en las últimas palabras.

—¿Tienes que luchar contra ellos sola? —preguntó Esperanza.

—No, tengo a mis hermanas, donde sea que hayan ido —dijo Celestine—. Y hay otros. Tantos otros, todos juraron luchar contra los monstruos también.

Esperanza frunció el ceño.

—Pero... si hay tanta gente que puede luchar contra los monstruos, ¿por qué es *tu* deber? ¿No podrías detenerte y dejar que ellos lo hagan en tu lugar? Podrías quedarte aquí. Es agradable.

Celestine hizo una pausa, una respuesta a medio formar en su boca abierta. La sacudió la repentina certeza de que podía hacer lo que Esperanza sugería. Se percató de que podía despojarse de su armadura, dejar su espada para ser enterrada por las arenas movedizas y simplemente no luchar más.

Sin embargo, mientras miraba a la niña, sintió una repentina punzada de reconocimiento, un estilete de emoción que se deslizó entre sus costillas.

—¿Quién *eres*? —preguntó otra vez Celestine. Esperanza simplemente pareció confundida, su expresión bajando un poco cuando la agudeza del tono de Celestine amenazó con alterarla.

«Lo siento, niña —dijo Celestine—. Solo... no estoy segura de si puedes entenderlo, pero cuando te miro siento una gran sensación de familiaridad.

Como que, si hiciera lo que me sugieres, si me quedara aquí contigo, por fin llegaría a saber quién eres y qué eres para mí.

Esperanza parpadeó y Celestine se dio cuenta de que la chica estaba luchando contra las lágrimas.

—¿Quedarte? —preguntó Esperanza de repente—. ¿Quedarte esta vez? —Celestine sintió que se le cortaba el aliento ante la dolorosa necesidad que sentía de tomar a la niña entre sus brazos y consolarla. Había tanta tristeza en la vocecita de Esperanza, mucha más de la que cualquier niña debería sentir jamás.

—Oh, niña —murmuró, y se dio cuenta de que estaba luchando por contener sus propias lágrimas—. ¿A qué te refieres con esta vez?

—¿No lo sabes? —preguntó Esperanza, y ahora las lágrimas brotaron, cayendo de las comisuras de sus ojos y bajando por sus mejillas. Su estrecho pecho se contrajo y se le escapó un sollozo.

—Esperanza, no…

—¡Siempre te vas! —gritó la niña, repentinamente furiosa. Se puso en pie y corrió por la duna, mientras las ráfagas de arena se levantaban detrás de sus talones. El trozo de hierba triturada cayó al suelo a su paso.

—¡Esperanza! —llamó Celestine, poniéndose de pie. La chica no respondió y se lanzó a toda velocidad por la ladera de la duna hasta las arenas más planas de su base. Corría hacia la línea de la marea y, de repente, el rugido de las olas resonó con fuerza en los oídos de Celestine mientras avanzaban hambrientas. Lo que había parecido pacífico y pintoresco ahora se había tornado codicioso, las olas una presencia rapaz que se abalanzaba hacia adelante para apresar la arena. Sintió una oleada de miedo por Esperanza, que sollozaba desconsoladamente mientras corría hacia las aguas.

Celestine se lanzó al aire, la arena arremolinada alejándose de sus aleteos. Se arqueó hacia un cielo que se oscurecía con veloces nubes de tormenta y descendió como una flecha sobre la playa. Unos pocos movimientos rápidos de sus alas la llevaron sobre Esperanza y la vieron caer en la húmeda arena frente a la niña, Celestine colocándose protectoramente entre ella y el océano.

Esperanza siguió corriendo y golpeó a Celestine con la poca fuerza que tenía, lanzando sus brazos alrededor de la cintura de la Santa. Celestine escuchó el rugido de grava de las olas y se agachó, rodeando a Esperanza

con brazos y alas. Las aguas frías y oscuras golpearon a Celestine por detrás y la mecieron hacia delante. Espuma helada hirvió alrededor de sus piernas y Esperanza gritó en medio de sus sollozos mientras el agua la empapaba. Las aguas casi engulleron a Celestine por un momento, pero se aferró a la diminuta vida que tenía entre sus brazos.

Entonces las olas retrocedieron y Celestine se levantó con Esperanza acunada en sus brazos. Caminó de regreso por la playa, una triste certeza amaneciendo dentro suyo. Esperanza se aferró a ella, húmeda y fría, sus lágrimas se calmaron lentamente mientras presionaba su mejilla contra la dura superficie del peto de Celestine. Mientras caminaban de regreso a la playa, el sol volvió a abrirse paso entre las nubes. Columnas de luz dorada barrían la playa como reflectores, ampliándose a medida que las nubes se desvanecían en la nada.

Celestine se detuvo al pie de la duna y se arrodilló, depositando suavemente a Esperanza en el suelo. El camisón de la chica estaba empapado, pero el cálido sol ya estaba haciendo incursiones para secarlo. Las lágrimas que recorrían su rostro tardarían más en disiparse, pensó Celestine.

—Quédate —dijo Esperanza de nuevo con una quejumbrosa vocecita, pero Celestine negó con la cabeza.

—Lo siento mucho, niña, pero no puedo —dijo—. Ese no era el trato. Ahora sé que si me quedara te conocería, y tú y yo tendríamos la paz de ese conocimiento. Moraríamos en este hermoso lugar y lo sentiríamos como toda la recompensa que podría esperar por las incontables vidas que he dado. Pero Esperanza, si me quedo, nos destruirá a ambas como si hubiera dejado que las olas del océano te arrastraran. Entregarse a la tentación dejaría entrar a los monstruos. No me preguntes cómo lo sé, niña, porque no puedo decírtelo. Solo lo sé.

—Pero me siento sola —dijo Esperanza—. Y nunca te quedas. Nunca se termina.

—Algún día, Esperanza —dijo Celestine—. Ten fe, mi niña, un día terminará.

—¿Lo prometes? —preguntó Esperanza, y la confianza desesperada que Celestine escuchó en la voz de la niña hizo que le doliera el alma.

—Te lo prometo, Esperanza. No importa lo que deba hacer, lo que deba dar, no faltaré a mi deber. Y un día, cuando vuelva aquí, me quedaré. Nos

conoceremos y entenderemos, y eso será suficiente.

Y luego se puso de pie y se dio la vuelta, y se dijo a sí misma mientras lo hacía para no sentir el dolor sofocante de su corazón rompiéndose dentro de su pecho. Pensamientos traicioneros se arremolinaron en su mente mientras se alejaba primero un paso, y luego otro, y otro, tratando de no escuchar a la niña que había dejado llorando a su paso.

¿Había sido alguna vez suya?, se preguntó Celestine. ¿O era ella de alguna manera? ¿Su inocencia? ¿Su oportunidad en la vida? Celestine no lo sabía, pero su espada se sintió repentinamente más pesada que nunca, la adherencia de su claustrofóbica y odiosa armadura, y los suaves sollozos de la niña le dieron ganas de arrojar todo a un lado, para levantarla y abrazarla hasta que su llanto se detuviera.

—Emperador, te juro que ni un demonio ni un hereje se interpondrán entre mí y lo que has prometido, y que lucharé por ti hasta que los fuegos de la guerra se apaguen con la sangre de tus enemigos masacrados —dijo Celestine mientras caminaba hacia el océano. Su voz era de acero afilado como una navaja, templada por el dolor y la furia—. Pero aunque soy Tu fiel servidora, y aunque solo siento amor por Ti en mi corazón, digo esto ahora. Mantenla a salvo hasta que termine mi tarea. Llena sus días de simple felicidad y aparta su mente de pensamientos de soledad o pérdida. El Emperador protege, eso es lo que siempre les he dicho a aquellos que buscan mi guía. Así que protégela y hónrala, o te juro que el último corazón en el que hunda mi espada será el mío, tantas veces como deba hacerlo, porque ya no cumpliré ningún deber para Ti.

Celestine esperó que algún rayo de ira divina la derribara por sus blasfemas palabras, pero no ocurrió. En cambio, caminó hacia las hambrientas olas y no miró hacia atrás ni una sola vez.

Cuando llegó a la línea de la marea, las aguas se estremecieron y se apartaron. Se separaron ante ella y donde pisaron sus pies blindados, Celestine encontró el lecho marino duro y firme, tierra seca y agrietada donde debería haber habido arena mojada.

Con cada paso hizo retroceder el océano. A cada momento, la luz dorada del sol se volvía de un tono más sangriento, hasta que se convirtió en la hosca luz del fuego que danzaba entre nubes de humo negro y espeso. El suelo se estremeció como si fuera el latido de un gran corazón, y mientras se estremecía, se agitaba y crujía. Las aguas del océano rugieron hacia

abajo en esas fisuras, desapareciendo en medio de gotas de vapor mientras rollos de alambre oxidado crecían del suelo seco como hojas de afeitar. Celestine sintió que su corazón se endurecía con cada paso que daba a través de lo que rápidamente se estaba convirtiendo en una árida y quebrada tierra de nadie, donde ensangrentados cadáveres ardían en los agujeros irregulares de los proyectiles y el cielo se perdía en medio del humo de la batalla.

Aún así, no se atrevió a mirar hacia atrás.

—*Alto. Puedo sentirla* —dijo una voz, chisporroteando desde el comunicador de gorjal de Celestine.

—¿Fe? —preguntó Celestine—. ¿Eres tú?

—*Soy yo, Santa* —fue la respuesta—. *¡Alabado sea el Emperador! Pensamos que te habías perdido con seguridad.*

Con unos pocos ajustes rápidos, Celestine enrutó la transmisión de Fe a la unidad de auspex básica de su armadura y trianguló su ubicación, quizás una milla más adelante, a través de los páramos.

—Quédate donde estás —dijo Celestine—. Iré a ti. ¿Está Deber contigo?

—*Lo estoy, Santa* —fue la respuesta de *Deber*—. *Te hemos buscado durante muchos días en medio de este lugar sombrío. ¿Dónde has estado?*

—Para mí ha sido solo una cuestión de horas —dijo Celestine, abriéndose camino entre las ruinas disecadas de una batalla librada hacía mucho tiempo. Rodeó un tanque oxidado, algo corpulento e imperial cuyos restos destrozados estaban alojados en medio de un montón de escombros. En cuanto a dónde estaba... Descubrió que no se atrevía a hablar de ello. No quería. El bosque y la playa eran suyos.

Esperanza era suya.

En cuestión de minutos, Celestine y sus camaradas se reunieron. Fe rió con pura alegría cuando vio a Celestine a través del humo, mientras que el ceño fruncido de Deber dio paso a una sonrisa lobuna.

—Mis hermanas —dijo Celestine, observando que ninguna de las angelicales mujeres mostraba señal alguna de las penurias que habían soportado. No estaban marcadas por la inmundicia de la guarida del gusano, y sus túnicas y armaduras no estaban manchadas por la suciedad o la sangre. Sus marcas brillaban intensamente, al igual que sus ojos.

—Santa —dijo Fe—. Estás aquí por fin.

—¿Pero dónde es aquí? —preguntó Celestine.

—Bueno, es el final —dijo Deber—. Y el comienzo. Es lo que hemos buscado juntas, lo que tú misma has buscado. Cualquiera que haya sido tu última prueba, la has superado.

Con eso, el humo comenzó a retroceder, alejándose de ellas como impulsado por un fuerte vendaval y revelando una llanura agrietada que se extendía por milla tras milla. En el mismo instante, Celestine volvió a sentir el calor de vela sobre su piel, pero esta vez aumentó hasta convertirse en un fuego lento y luego en uno rugiente, una abrasadora estrella, y su luz y calor la bañaron de una manera que el saturado resplandor previo no había hecho. Se sintió bien, iracundo, y su corazón latió más aprisa cuando la llamada a la guerra la llenó.

—La luz del Emperador —dijo mientras rayos dorados caían sobre ellas desde lo alto. Miró a sus hermanas. Pensó, brevemente, en Esperanza, sentada en lo alto de su duna, aguardando. Luego, Celestine encerró a Esperanza en lo más profundo de su corazón, donde nada podía tocarla, y desenvainó su espada.

—¿Sabes quién eres? —preguntó Deber.

—Soy la espada del Emperador y su luz de guía —dijo Celestine—. Soy la llama de la vela en la oscuridad cuando todas las demás luces han fallado a Sus fieles servidores. Yo soy la Fe, el Deber y la Esperanza.

—Estamos listas, Santa —dijo Fe con aprobación.

—Estamos tan listas como tú —dijo Deber.

—Entonces hagamos la voluntad del Emperador —dijo Celestine, lanzándose hacia el cielo. Mientras batía sus alas con fuerza y se elevaba hacia la luz con sus hermanas a su lado, se preguntó si esta vez sería la última.

La luz del Emperador se hinchó.

Dorada y pura, llenó el mundo de Celestine.

Celestine se elevó a lo alto, hacia la luz del Emperador. Fe y Deber giraron en espiral cada vez más cerca suyo hasta que las tres se elevaron como una sola, sus ojos encendidos con el magnífico resplandor del Amo de la Humanidad. Por un instante, Celestine sintió el suave toque de unos pequeños dedos en su mejilla y volvió a ver una pequeña figura sentada en lo alto de una duna mientras las olas entraban y salían debajo.

—Nos volveremos a ver —dijo, y a sus oídos sonó como una promesa.

Celestine sintió que los vientos etéricos la elevaban más y más, atrayéndola hacia la luz cada vez más velozmente. La luz de las alas de Fe y Deber aumentó y las envolvió en halos de fuego de rubí y amatista. Como una sola, sus formas etéreas brillaron y se plegaron en la de Celestine. Sintió su fuerza fluir en su interior y susurró un agradecimiento silencioso mientras se precipitaba hacia la luz de una estrella abrasadora que se acercaba a cada respiración.

El velo brillaba a su alrededor. Era y no era a la vez. Sabía y no sabía. Moría. Renacía. Y por un glorioso momento percibió todo lo que había hecho, y todo por lo que había luchado, y vio todas las millones de velas que había encendido a través de la galaxia mientras su luz brillaba cada vez más contra la acechante noche.

Entonces el velo se abrió ante ella y los vientos de la eternidad la arrastraron hacia el renacimiento, hacia su destino.

Voló.

Cayó.

Era Celestine.

DÍA 415 DE LA GUERRA – 2240 HORAS
IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN
DISTRITO SHAMBACH ORE – LO:800-8/LA:631-2

El Taurox se detuvo. Blaskaine pudo oír disparos de armas pequeñas resonando desde el casco. Algo explotó cerca, balanceando el vehículo sobre sus orugas y casi volcándolo mientras extendía una mano que ya no poseía para sostenerse. Kasyrgeldt la atrapó. Él le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Señoras, señores, ha llegado la hora —dijo Blaskaine. Con una sola mano, comprobó torpemente la carga de su pistola láser. Quedaban tres cuartos de carga. Sería suficiente. Miró a los soldados amontonados en la bahía. Kasyrgeldt sostenía la escopeta en la que había jurado desde que la conocía. Dos oficiales de comunicaciones habían dejado a un lado sus auriculares por voluminosos equipos vox portátiles, el medicae, incluso los dos conductores del vehículo, aguardaban erguidos con las pistolas láser zumbando. En las minas no habría lugar para vehículos blindados, ni para no combatientes.

—Estamos listos, señor —dijo Kasyrgeldt.

—Maldita sea si lo estamos —dijo uno de los conductores. Jans, pensó Blaskaine. Su nombre era Jans. Era mejor saber los nombres de aquellos junto a los que moriría.

—La Santa nos ha traído hasta aquí y ahora debemos seguirla una vez más —dijo Blaskaine—. Está encabezando la fuerza de ataque alfa,

pudiendo penetrar en Santa Carga. La Hermana Meritorius tiene a la fuerza beta y se encamina a recuperar Santa Costura. Eso nos deja con la fuerza caronte y las Profundidades Doradas. Cualquiera que penetre en el santuario enemigo hacia el corazón de las minas... —Hizo una pausa. ¿Qué *harían* si llegaban tan lejos? ¿Qué encontrarían? Santa Celestine había sido vaga en ese punto—. Somos cadianos. Sabremos qué hacer cuando lleguemos allí —finalizó.

—¿Matamos a todos los herejes a la vista, señor? —aventuró Kasyrgeldt, disparando la corredera de su escopeta.

—Ese sería un maldito buen comienzo —coincidió Blaskaine—. Y trabajaremos a partir de ahí. ¡Cadia resiste!

—Cadia resiste —le respondieron a gritos. Entonces Blaskaine golpeó la runa de liberación. La escotilla trasera del Taurox se abrió para recibir el estruendo de la batalla, y él abrió el camino hacia las calles más allá.

En un patio cercano, Anekwa Meritorius se puso de pie y miró fijamente la boca de la condenación. Sus doce Hermanas de Batalla restantes estaban a su lado, y por detrás varios cientos de cadianos cansados de la batalla se arrodillaban en oración sobre las desgastadas losas. Les había ordenado que hicieran una reverencia al Emperador, y la habían obedecido gustosamente.

Ante ellos, la ladera de la montaña se alzaba monolítica en el cielo nocturno. Cortada con láser en su flanco estaba la cavernosa entrada a la zona de trabajo de Santa Costura, una enorme boca de túnel rocosa rodeada de maquinaria industrial. Huellas de carros de servidores surgían de enormes tolvas de mineral repartidas por el patio y desaparecían en el antinatural brillo carmesí que latía en las fauces de la mina. Una nota monótona resonaba desde el interior, un sonido que hacía rechinar los dientes de Meritorius.

Detrás suyo llegaron los disparos de los cañones cuando los transportes astorosianos Leman Russ de la retaguardia atacaron nuevamente. Los tanques estaban estacionados en la calle más allá del patio, formando un baluarte de plastiacero y hierro que la milicia enemiga no rompería rápidamente. Allá atrás, a través de la penumbra, Meritorius pudo ver el humo saliendo de los fuegos que se extendían por las calles de la ciudad.

Fuegos que habían encendido mientras se abrían paso. Fuegos purificadores.

—No es un espectáculo atractivo, ¿verdad? —dijo la Hermana Absolom, indicando la entrada de la mina.

—¿Cuándo nos ha pedido el Emperador que caminemos al paraíso para hacer Su voluntad? —respondió la Hermana Meritorius con una risa sin humor.

—No hay valor sin sufrimiento —dijo la Hermana Penitencia—. Pero hoy, serán los herejes los que sufran.

—En verdad —dijo la Hermana Meritorius, colocando un nuevo cargador en su bólter. Se volvió hacia los cadianos, que ya se estaban poniendo de pie y preparando sus armas. Parecían cansados de la batalla, pensó, pero sus ojos brillaban con entusiasmo. Realmente pocos habían creído que llegarían tan lejos, y que lo hubieran hecho solo avivaba el fuego de su fe.

Y la fe era algo de lo que Meritorius podría disponer.

—¡Hermanos y hermanas, leales servidores del Emperador! La Santa nos ha conducido hasta las mismas puertas de la victoria —empezó, y su gorguera amplificó su voz hasta un estruendo magnífico—. ¿Tienen la fuerza para atravesarlas y entrar en la luz eterna del Amo de la Humanidad?

Gritaron su asentimiento.

—¡Por el Emperador!

—¡El Emperador protege!

—¡Cadia resiste!

—Más allá de este umbral yace todo el poder de los herejes, los demonios y las abominaciones que se lanzarán contra nosotros —gritó Meritorius—. ¿Tienen la fe y el coraje para enfrentarlos? ¿Tienen la fortaleza para prevalecer?

Más gritos y exclamaciones, más fuertes y más vehementes que antes. Meritorius sintió los vientos cálidos de su convicción avivando las brasas de su fe, tornándolas llamas. La energía la atravesó, un sentido de propósito más puro y más feroz que cualquiera que pudiera recordar.

—¡Aquí, en este día, en este lugar, tenemos nuestra oportunidad de asestar un golpe contra los mismos Dioses Oscuros! —rugió—. Aquí, por la gracia del Emperador, levantaremos nuestras espadas y nuestras armas y les diremos a los demonios "¡no más!" ¡Aquí, ahora, limpiaremos la corrupción

del Caos de este mundo con nuestra sangre para que cuando el nuevo día amanezca sobre Kophyn, lo haga sobre un mundo leal y puro!

Aplausos frenéticos se encontraron con sus palabras. Los artilleros de los Leman Russ dispararon de nuevo y las explosiones resonaron más allá de los edificios que rodeaban el patio. La Hermana Superiora Meritorius se volvió hacia las infernales fauces y apuntó su hoja crepitante hacia ellas.

—¡Adelante, en nombre del Emperador y de Santa Celestine! —gritó, y como uno avanzaron.

Unctorian Gofrey corría por un túnel iluminado en rojo, con su pistola láser brillando en su mano. A su alrededor avanzaban los hijos e hijas de la Cadia asesinada. Los túneles se habían estrechado a medida que se adentraban en las minas, canalizando a los soldados hasta que solo un puñado de guerreros pudo luchar de frente. Subieron con eficiencia bien entrenada, corriendo entre la cubierta de pasajes laterales y generadores quemados, carros de servidores volcados y barricadas improvisadas con sacos de arena. Sus pistolas láser y armamento de apoyo aullaban mientras lanzaban fuego a los cultistas que se movían a través del resplandor carmesí. Muertos de ambos bandos cubrían el suelo de piedra, cadianos con ennegrecidas armaduras antiaéreas y ropa de faena, cultistas con canibalizados atuendos mineros, toscas máscaras faciales y asquerosas túnicas de piel desollada.

Gofrey bramaba su odio mientras marchaba entre la muchedumbre. Empujó a los cadianos a un lado donde impedían su avance y disparó su pistola láser como si lanzara rayos de energía con la mano. Cada disparo encontró a otro cultista, perforando caras y pechos y dejándolos tirados en el suelo. Fuego de respuesta silbó a su alrededor, las balas encontraron blanco en los cuerpos cadianos o arrojaron metralla de piedra de las paredes. Gofrey estaba ejerciendo su habilidad mental al máximo, un fuerte dolor de cabeza crecía detrás de sus ojos mientras empujaba al enemigo para que cambiara su objetivo o entrara en pánico justo cuando apretaban el gatillo.

No le importaba. El espectáculo de un sacerdote caminando milagrosamente intacto a través de una lluvia de fuego valía la pena, ya que inspiraría y aterrorizaría en igual medida, y así facilitaría su paso. Quemaría

su propia mente si tuviera que hacerlo, siempre y cuando cumpliera primero con su deber.

—Y he aquí que incluso cuando las hordas de los inmundos e indignos se les interpusieron, y aunque las hordas eran numerosas y los fieles pocos, los siervos del Emperador prevalecieron, ¡porque sus corazones eran puros! —gritó, su voz profunda resonando sobre el aullido de los disparos y la nota de disformidad en el aire. Los cadianos que lo oyeron se unieron y lucharon con más fuerza, mientras que sus herejes enemigos temblaron de miedo.

Otro hereje salió disparado de detrás de una barricada y cargó contra Gofrey, gritando y blandiendo un cortador de rocas. Gofrey ajustó su puntería sin detenerse y disparó al hombre en la rodilla. El cultista cayó con un grito y su cortador de rocas aterrizó encima de él en un gruñido de sangre y astillas de hueso.

Gofrey soltó una carcajada cruel y siguió adelante.

—¡A mí! —gritó y envió un toque a aquellos cadianos cuyas voluntades había sobornado. Un puñado de soldados se separó de sus posiciones y corrieron a su lado, ignorando los gritos de sorpresa y enfado que procedían de sus sargentos.

Una de esos oficiales trató de evitar que dos de sus soldados rompieran filas, agarrando a uno de ellos por el brazo. Gofrey le disparó a la sargento en la cara, arrojando su cuerpo contra la pared de piedra.

—¡No obstaculices el trabajo del Emperador, *bruja!* —siseó. Gofrey se agachó por un pasillo lateral antes de que los sorprendidos cadianos pudieran reaccionar, y sus esclavos, una docena en total, lo siguieron. Sus expresiones eran frías y relajadas, pero sus pistolas láser seguían disparando igual de bien, segando al puñado de cultistas que corrían por el pasillo hacia su encuentro.

Algo explotó cerca y una ráfaga de humo se elevó. La túnica de Gofrey bailó con los vientos hirvientes. Globos de luz colgados de cables a lo largo del techo tintineaban y parpadeaban encendiéndose y apagándose. A Gofrey no le importaba; incluso si los lúmenes se apagaban, el difuso resplandor carmesí que bañaba los pasajes sería suficiente para navegar. Incluso si perdía esa luz, tenía el faro ardiente de su fe para guiarlo.

Ella estaba más adelante en alguna parte. En algún lugar cercano. Podía sentir la falsa estrella de su alma en medio de la penumbra.

—Voy por ti, engañadora —murmuró, y aferró lo que colgaba de su cuello, lo que siempre estaba pegado a su piel.

Su secreto, oculto durante tanto tiempo, pronto sería revelado.

—*Mayor Blaskaine, ¿hasta dónde ha progresado su grupo de asalto?* —La voz de la Santa llegó a través de una de las mochilas de sus comunicadores. Solo con escucharla llenó a Blaskaine de nuevas fuerzas.

Muy fortuito, reflexionó, porque su fuerza original se estaba desvaneciendo con gran velocidad.

Técnicamente, Blaskaine todavía convalecía, estaba herido de gravedad y cojeaba hacia la batalla con una pierna llena de alfileres mientras los fluidos borboteaban a través de los tubos de su arnés de compresión. Era doloroso y agotador, pero aquí y ahora llegaba la voz de la Santa, tan relajante como cualquier bálsamo curativo.

—Santa Celestine, hemos progresado... —Hizo una pausa para comprobar el auspex que Kasyrgeldt le ofrecía—. A poco más de media milla de la entrada de las obras en las Profundidades Doradas. La resistencia de los cultistas se endurece rápidamente, mi señora. Nuestro avance se ha reducido a paso de tortuga.

Pero seguían avanzando, maldita sea.

Blaskaine y su escuadrón de mando se reclinaron en una cámara lateral, un claustrofóbico espacio de descanso para mineros con unos cuantos bancos de metal oxidado, algunos globos de lumen desnudos y una rejilla con ganchos que sobresalían de la pared para colgar máscaras respiradoras. Afuera, la furia de los disparos resonaba entre los aullidos de la guerra y los gritos de los heridos y moribundos.

—*Siga adelante, mayor* —respondió Celestine—. *Mi grupo ha avanzado casi un kilómetro y medio, al igual que los guerreros de la Hermana Meritorius. Creo que nos estamos acercando al santuario interior del enemigo. El Emperador requiere heroísmo de todos nosotros en esta hora oscura.*

Blaskaine debería haber sentido ira o tal vez resentimiento por la implicación de que sus fuerzas se estaban quedando atrás. En cambio, solo sintió un intenso deseo de hacerlo mejor, de no defraudar a la Santa.

—Redoblaremos nuestros esfuerzos —dijo.

—El Emperador guía su camino este día. Hará que se sienta orgulloso —dijo Celestine antes de cortar el enlace vox.

—Ya oyeron a la Santa —dijo Blaskaine, mirando a su personal de mando—. Es hora de que terminemos con este maldito punto muerto. Kasyrgeldt, evaluación.

La teniente colocó su auspex en uno de los bancos de metal con su pantalla visible para todos. Colocó una placa de datos junto a él, en la que las estimaciones actualizadas de sus fuerzas y las del enemigo se desplazaban constantemente en escritura rúnica.

—Como puede ver, esta sección de las obras tiene un solo túnel principal que corre de suroeste a noreste, alejándose de la entrada y hacia donde la Santa cree que se halla nuestro destino. Tenemos la fuerza suficiente para abrirnos paso por el túnel, pero solo lentamente. Peor aún, el enemigo está utilizando túneles laterales aquí, aquí y aquí —señaló las runas de calaveras que destellaban en el auspex—, para mover fuerzas de flanqueo desde los niveles inferiores cada vez que amenazamos con un avance significativo.

—¿Podemos superarlos o bloquear esos túneles? —preguntó el conductor Jans, inclinándose intensamente sobre el auspex con los nudillos sobre la mesa.

—Nuestro enemigo tiene un mayor conocimiento nativo de estos sitios que nosotros —dijo Kasyrgeldt—. Nuestras posibilidades de atraparlos mediante maniobras son escasas. En cuanto a bloquear túneles, eso requeriría una cuidadosa aplicación de explosivos. Nuestros zapadores tendrían que...

—No bloquearemos los túneles —dijo Blaskaine. Una extraña calma se había apoderado de él, una aceptación.

—¿Señor? ¿Tiene un plan? —preguntó Kasyrgeldt.

—Más simple que eso, Astryd. Tengo fe —dijo Blaskaine.

—¿Señor?

—Nuestro enemigo es fanático, y lo que les falta en concentración de fuerza, lo compensan con tácticas dilatorias y un flujo constante de refuerzos —dijo Blaskaine—. Nuestro número, mientras tanto, es finito, y nuestro tiempo aún más. La Santa requiere que todos los guerreros que puedan se abran paso hasta el corazón de este complejo, porque ahí es donde tendrá lugar el único combate que realmente importe. No llegaremos

a tiempo si continuamos peleando esta batalla de desgaste, y si le fallamos ahora, no importará qué más hagamos. Teniente, ¿qué es este túnel de aquí?

—Es un camino de acceso, señor —dijo Kasyrgeldt—. Un conducto para cableado y transferencia de gas cuando los servidores están en las rocas.

—Si leo bien esto, va desde cien metros detrás de nuestra posición actual hasta este lugar, media milla más adentro de las minas en el centro de intercambio, ¿no?

—Eso es correcto, señor —dijo Kasyrgeldt, con los ojos iluminados por la emoción—. Y con las minas inactivas, no hay gas ahí abajo. Los soldados podrían avanzar agachados por el camino de acceso. Cubriríamos media milla en cuestión de minutos y apareceríamos sustancialmente detrás de las actuales líneas del frente enemigas. Por el Trono, eso es brillante, ¿por qué no lo vi?

—Cuando haya servido tanto tiempo como yo… —empezó a decir Blaskaine con un fantasma de su anterior sonrisa satisfecha, pero Kasyrgeldt agitó una mano y su expresión se desplomó.

—No, espere, señor, *sí* que lo vi, pero lo descarté. Si retrocediéramos en esa posición, sería una maniobra lenta con tantos soldados. Tan pronto como el enemigo comprenda lo que estamos haciendo, podría simplemente activar las bombas compresoras e inundar de gas el pasillo, o simplemente seguirnos o colapsar el pasaje.

—No si están ocupados enfrentándose a la retaguardia —dijo Blaskaine —. Una quinta parte de nuestra fuerza restante mantendrá su posición mientras filtramos silenciosamente escuadrones de vuelta y a través del túnel. Cuando nuestro número escasee, la retaguardia lanza un asalto frontal completo por el túnel principal, atrae el fuego del enemigo y mantiene su atención el tiempo suficiente para que el resto de nuestros soldados retrocedan por el pasillo, entren y se dirijan al centro de intercambio. Con la gracia del Emperador, funcionará.

—Es una decisión desesperada, pero tendría muchas posibilidades de éxito —dijo Kasyrgeldt. Blaskaine se sintió orgulloso al ver a su ayudante y protegida calcular los números. Como sabía que haría, Kasyrgeldt apretó la mandíbula y lo miró a los ojos.

—Señor, permiso para dirigir el ataque de distracción —dijo.

—Denegado —dijo Blaskaine—. Yo mismo tendré ese dudoso honor, teniente.

Pareció confundida, luego horrorizada.

—Mayor, no puede. Usted es el oficial superior a cargo de toda esta operación.

—Puedo, Astryd, precisamente porque soy el oficial superior y, como tal, todos ustedes deben seguir mis órdenes y dejar que me maten de la maldita estúpida manera que elija —dijo Blaskaine—. Mírenme. Un brazo, una pierna y media con suerte, desgastado y herido tan gravemente que bien podría estar muerto. ¿De qué le serviré a la Santa si llego cojeando al corazón del santuario enemigo? ¿Podría, tal vez, morir en la hoja del Motor de Guerra de una manera particularmente distractiva?

—Señor, sé que sus heridas son impactantes, pero con la debida atención médica... —comenzó el medicae, pero Blaskaine lo interrumpió con una mirada aguda.

—No confunda esto con una autocompasión sensiblera —dijo—. No soy un mártir de ojos húmedos. No me estoy suicidando en combate, y dispararé al primer soldado que lo sugiera. He llevado una larga vida al servicio del Emperador y durante ese tiempo he sacrificado muchas, muchas vidas, algunas en circunstancias excepcionalmente difíciles. Siempre me he dicho a mí mismo que esos sacrificios eran necesarios para promover un mayor bien imperial, y lo mantengo hasta el día de hoy.

Volvió a oír el sonido de gritos desesperados, vio los agónicos fuegos de Cadia cortados por la rampa de su nave de desembarco cerrándose. Sabía que había hecho lo correcto, lo difícil, sin importar lo que dijeran los demás.

A veces, el hecho de hacer lo correcto no impedía que uno fuera condenado por ello.

—Si luchar a la luz de la Santa me ha enseñado algo —continuó Blaskaine—, es que a veces, para cumplir con nuestro deber para con el Emperador, debemos estar dispuestos a sacrificar más, todo, de hecho, con nada más que fe en que nuestro fin valdrá la pena. Finalmente he llegado a un punto en el que el sacrificio estratégicamente más viable que puedo hacer es el de mi propia vida, no la de los demás. No dejaré que esa decisión sea menospreciada por preguntas sobre mi razonamiento. ¿He sido ineludiblemente claro?

Los cadianos a su alrededor saludaron, sus rostros sombríos.

—Astryd, la pondré al mando operativo de la fuerza de asalto caronte —dijo Blaskaine. Para su crédito, su ayudante no protestó por ninguna pretensión de indignidad, solo asintió, con el rostro pálido pero resuelto—. Además, quisiera que todos los presentes constataran que en este momento estoy ejerciendo mi derecho como oficial superior del Departmento Munitorum para hacer una promoción de campo. —Blaskaine rebuscó torpemente en uno de los bolsillos de su uniforme y sacó un pequeño broche de metal, una calavera con alas de águila saliendo de ella, grabada en oro—. Astryd Kasyrgeldt, por la presente le asciendo al rango de capitana de la Infantería Pesada Ciento Cuarenta y Cuatro de Cadia. Que sirva al Emperador con honor, orgullo y heroísmo.

La expresión de Kasyrgeldt fue ilegible cuando le colocó la insignia de capitana en la túnica y dio un paso atrás con una sonrisa pálida.

—Le queda bien, capitán —dijo Blaskaine.

—Gracias, señor —dijo ella.

—No me lo agradezca, solo gáneselo —dijo Blaskaine, haciendo una mueca por el dolor en el muñón de su brazo—. Ahora, lamento decir que los pelotones segundo y cuarto permanecerán conmigo como retaguardia. Parecen ser los más destrozados, según su pizarra. No se preocupe, capitana, yo les daré la buena noticia. Solo déjeme uno de los paquetes vox y coordinaré la reunión desde aquí. Mientras tanto, saque a todos los demás de la línea poco a poco y haga que se muevan por el camino de acceso. Sean sutiles. Resistiremos el mayor tiempo posible antes de lanzar nuestra ofensiva.

—Sí, señor —dijo Kasyrgeldt. Hizo una pausa, al igual que el resto del escuadrón de mando, y luego como uno solo lo saludaron otra vez.

—Suficiente. Muévanse antes de que mis instintos de autoconservación se activen y le ofrezca a uno de ustedes mi lugar —dijo Blaskaine, manteniendo su tono de fanfarronería para enmascarar la maraña de emociones que le oprimían el pecho. Sus soldados abandonaron apresuradamente la cámara, retrocediendo hacia el torbellino de gritos de la batalla y de allí a sus lugares designados.

Kasyrgeldt fue la última en partir. Volvió a mirar a Blaskaine y él vio una lealtad feroz en sus ojos, junto con algo más que le tomó un momento ubicar. ¿Aprobación, tal vez? ¿O era orgullo?

—No lo decepcionaré, señor —dijo.

—Nunca lo ha hecho, Astryd, incluso cuando no le devolví la cortesía —dijo Blaskaine, y luego se aclaró la garganta—. Vaya. Haga que el Emperador se sienta orgulloso.

—Lo haré, señor, solo espero poder impresionarlo tanto como usted —dijo, y con eso se fue.

Blaskaine respiró hondo y miró brevemente el techo de piedra. Escuchó el gorgoteo de los fluidos a través de su corsé quirúrgico, sintió el dolor de todo su cuerpo y, peor aún, la oscuridad palpitante en su mente donde había forzado los recuerdos.

Ofreció una oración en silencio al Emperador y esperó que sus razones fueran realmente tan obedientes y desinteresadas como había dicho. Pensó en la Santa, en su dorada luz y su santa magnificencia, en cómo su sacrificio la ayudaría a obtener una gran victoria contra las fuerzas del Caos. Eso era suficiente.

Blaskaine tomó el auricular del comunicador y tecleó un canal, conectándose a las unidades de comunicador del segundo y cuarto pelotón donde luchaban en la línea de fuego.

—Damas y caballeros, este es el mayor Blaskaine —dijo—. Tengo nuevas órdenes para ustedes. —Respiró hondo y tembló—. No les van a gustar, pero deben confiar en mí cuando les digo que no hay otra manera…

La Hermana Meritorius se inclinó, permitiendo que la hoja del hacha de su enemigo silbase sobre su cabeza. Volvió a levantarse, arremetiendo con la punta de su espada de energía. Atravesó el ornamentado peto del guerrero Mas'drekkha y su campo de disrupción molecular partió el metal, la carne y los huesos. Los ojos del hombre sobresalieron detrás de los agujeros visores de su máscara de demonio lascivo. Arrancó su hoja y pateó sus piernas debajo de él.

El Mas'drekkha cayó y Meritorius le dio un fuerte pisotón en la nuca con una bota servoasistida. El hueso crujió y la sangre salió a chorros, y su enemigo se convulsionó en su agonía.

—¡Luchen, luchen por el Emperador! —rugió, levantando su bólter y disparando por un túnel lateral. Otro Mas'drekkha se sacudió cuando sus

proyectiles bólter le atravesaron el torso y luego detonaron en una lluvia de vísceras que explotaron en su interior.

La fuerza de asalto beta había avanzado a un ritmo implacable, los cadianos luchaban por mantener el ritmo de las Hermanas de Batalla con armaduras eléctricas. Meritorius y sus Hermanas cantaban mientras luchaban, orgullosos himnos resonando por los túneles. Aún así, la nota zumbante que llenaba el aire se había hecho más fuerte con cada paso dado hacia el corazón de las minas, y que ahora casi se tragaba su canto por completo.

Un escuadrón de cadianos pasó corriendo junto a ella, subiendo a toda velocidad la empinada pendiente del túnel con las bayonetas caladas y los rifles láser escupiendo fuego. Tres cayeron por disparos de armas automáticas antes de que su carga se estrellara contra la multitud de cultistas en lo alto de la rampa de piedra. Otros dos cayeron con hachas Mas'drekkha incrustadas en sus cuerpos. La sangre voló cuando ambas fuerzas chocaron y Meritorius se lanzó para ayudar.

Su carga hizo caer a un cultista con un crujido de huesos. El barrido de su espada de energía vio a otro colapsar decapitado, la sangre manando del muñón de su cuello. Un tercer guerrero se acercó a ella blandiendo un pico de minero.

—¡¡Sangre para el Dios de la Sangre! —gritó.

Meritorius detuvo el movimiento descendente de su arma con la parte plana de su espada, luego la giró y desarmó al cultista con un movimiento de su muñeca. Descargó el pomo de su espada en su ojo, lo suficientemente fuerte como para hundirse en la parte delantera de su cráneo.

—Ni siquiera valías mi espada, hereje —escupió.

—*Hermana Superiora, el auspex sugiere un espacio enorme más allá de la siguiente puerta del mamparo* —anunció la Hermana Absolom—. *La runa indicadora de la Santa se acerca. Estamos convergiendo en el mismo punto.*

—El santuario del enemigo, sin duda —replicó Meritorius—. Eso explicaría el ataque repentino de los Mas'drekkha.

Hasta ahora, habían usado rifles de fusión para atravesar dos enormes mamparos blindados que se habían levantado para bloquear los túneles internos dentro de las minas. Manejarían este de la misma manera. Meritorius cambió de canal vox.

—¡Fuerza de asalto beta, a todos los guerreros, reúnanse en estas coordenadas! —ordenó, descargando la ubicación en su casco—. ¡Cíñanse de valor, hijos e hijas del Emperador, porque por fin llegamos al corazón de la herejía!

Cambió de nuevo los canales de comunicación cuando los guerreros pasaron junto a ella y a lo largo del túnel de techo alto que conducía hacia el mamparo.

—Santa Celestine, ¿me recibes

—*Le escucho, Hermana Meritorius* —dijo la voz de la Santa, fuerte como el acero y musical como un coro.

—¡Sus fuerzas y las nuestras están a punto de converger —¡dijo Meritorius—. ¡Creo que estamos en el umbral del santuario interior del enemigo! ¿Qué hay de la fuerza de asalto caronte?

—*Están superando los retrasos. Se deben hacer sacrificios, Hermana, pero se unirán a nosotros cuando el Emperador señale su hora para hacerlo.*

—¡¿Nos guiará en esta batalla final? —¡preguntó la Hermana Meritorius.

—*Lucharé a su lado* —respondió Celestine.

—No soy... Es decir, no… —dijo Meritorius, y su voz se apagó.

—*Es, deberá y siempre tendrá* —replicó la Santa sin dudarlo, y la firme calidez de su voz dejó a Meritorius sin ninguna duda de que Celestine había visto las cenizas y el fuego dentro de su corazón—. *El vacío es oscuro, Anekwa Meritorius, y todas las estrellas crecen y menguan en él. Pero rara vez dejan de arder, y la oscuridad no puede disminuirlas.*

Con eso, Celestine cortó el enlace vox. La Hermana Meritorius sintió una increíble sensación de liberación, una ligereza en el pecho y en la mente. La Santa lo sabía, y lejos de juzgarla, sólo le ofrecía aceptación y fuerza.

—Alabado sea el Emperador —dijo la Hermana Meritorius y echó a correr por el túnel.

Emergió a través de una entrada arqueada a un pórtico de metal que corría sobre una amplia cámara de preparación. Su piso había sido nivelado con ferrocemento y estarcido con bahías y números para las docenas de máquinas mineras y unidades de trabajo prefabricadas que albergaba. Estas habían sido arrastradas de su posición y amontonadas para formar barricadas. Varias cámaras laterales salían de ella, quizás oficinas de

administración o áreas de descanso durante tiempos más pacíficos. El techo de la cámara estaba adornado con cientos de globos luminosos, cuya luz parpadeaba irregularmente en medio del resplandor rojo infernal. La mayor parte de la pared norte de la cámara estaba ocupada por una pesada contraventana metálica diseñada para abrirse desde el centro. Estaba embadurnada con las runas del Motor de Guerra, repitiéndose una y otra vez en horrible proliferación, y parecía mucho más nueva que el resto de la habitación.

Disparos y gritos resonaban enloquecidamente por la cámara. Meritorius vio que un núcleo duro de Mas'drekkha y cultistas con túnicas estaban escondidos aquí, ocultos en las cámaras laterales y reclinados detrás de las barricadas de maquinaria. Tenían ametralladoras pesadas servidas por la tripulación que barrían de un lado a otro de la cámara, y chorros de balas silbaban desde el metal y la piedra, atravesando a los cadianos en bocanadas de sangre. Repartidos entre los Mas'drekkha, vio a varios guerreros especialmente enormes y musculosos con capuchas negras, capas de piel ondulantes y hachas ornamentadas. Supuso que estos debían ser sus campeones: los líderes del culto que habían descarriado a su gente, que habían manipulado la simple superstición en algo más oscuro. Meritorius podía ver las asquerosas bendiciones que los archi herejes habían recibido por sus obras, augmentos superficiales de fuerza y presencia física.

—Recompensas insuficientes para las almas de un mundo entero —murmuró disgustada—. Tal es el precio de la herejía.

Las fuerzas imperiales se habían presionado detrás de varias barricadas, pero por lo demás estaban confinadas a las entradas del sur de la cámara. Los cuerpos caídos de los cadianos mostraban dónde se habían hecho intentos fallidos de cargar contra los nidos de enemigos.

—Hermanas, el enemigo está atrincherado aquí y trata de evitar que lleguemos a su santuario. ¿Debemos ceder? —Su mensaje vox fue recibido por un coro negativo adecuadamente estridente de las nueve Hermanas de Batalla que aún vivían.

—*Hermana Superiora, si los cadianos lanzan un ataque de dos frentes por los flancos, debería darnos la oportunidad de atravesar las barricadas centrales* —anunció la Hermana Penitencia—. *Una vez allí, podríamos lanzar granadas de fragmentación a los nidos de armas más cercanos y...*

Meritorius no escuchó el final del plan de la Hermana Penitencia, porque en ese momento Santa Celestine entró en la cámara desde la entrada sureste, sus Geminae Superia siguiéndola de cerca. La Santa se lanzó a través del fuego enemigo, las balas rebotaron en su armadura. Una Geminae aterrizó encima de un camión volcado y descargó sus pistolas contra una dotación de ametralladoras, destrozándolas. La misma Celestine se lanzó sobre los Mas'drekkha con un grito de ira sagrada, su espada atravesó sus cuerpos.

Detrás de Celestine, una segunda fuerza imperial entró en la cámara con sus armas encendidas y Meritorius vio cómo cambiaba el equilibrio de la batalla. Los artilleros trataron frenéticamente de apuntar a la Santa Viviente, y sus reservas salieron de su escondite con aullidos de sed de batalla.

—El enemigo ha desperdiciado su ventaja en su afán por derramar sangre para su inmundo dios —exclamó Meritorius, con los ojos brillantes ante la magnífica vista de la Santa en la batalla—. Así fallan y flaquean todos los esclavos de los Dioses Oscuros. Avancen, fieles, y mátenlos a todos.

Gofrey ardía de furia. Había tenido la intención de atrapar a la falsa Santa mientras luchaba a través de los confinados túneles, y planeado atacarla desde todos lados, gastar la vida de sus asistentes en una emboscada que lo habría acercado lo suficiente como para asestar el golpe mortal. En cambio, se había visto obligado a abrirse camino a través de oleada tras oleada de cultistas. Cada enfrentamiento lo había ralentizado y, aunque más de una vez había visto el brillo del resplandor de Celestine a través de la oscuridad, los agentes del enemigo habían impedido su sagrado trabajo.

—Solo una prueba más de la naturaleza herética de la bruja demoníaca —murmuró para sí mismo.

Delante podía escuchar el estruendo de la batalla mientras la llamada Santa dirigía la carga. Gofrey había esperado a medias que abandonara el ejército ante las murallas, y luego a que Celestine se volviera contra sus seguidores durante el asalto a través de las sinuosas calles de la ciudad y los túneles más allá.

Ahora, sin embargo, conocía su juego. Los Dioses Oscuros luchaban entre sí y utilizaban a los mortales como juguetes y herramientas, pensó

mientras avanzaba por un túnel inclinado. Seguramente, entonces, esta falsa santa era una sirviente de una deidad rival y los usaría para derribar el Motor de Guerra antes de volverse contra los sobrevivientes. Peor aún, tal vez los llevaría a una condenación indescriptible, ¡entonces ellos a su vez lucharían por los Dioses del Caos!

No. No permitiría que esta bruja viviera ni un minuto más. Se terminaba ahora. Vio un arco delante, y escuadrones cadianos que lo atravesaban internándose en una tormenta de disparos entrecruzados. Encontraría a la falsa Santa aquí y la expondría para que todos la vieran, porque la fe de Gofrey era pura y las brujas debían ser quemadas.

Dio un codazo a sus esclavos y los envió trotando hacia adelante, con el rostro flojo y sus rifles láser listos. Uno, sin embargo, permaneció con él. Un artillero en cuyas manos vibraba una pistola de plasma preparada y lista. Un arma suficiente para matar incluso a la Santa resucitada.

Sonrió.

Gofrey echó a correr y, mientras lo hacía, por fin sacó la marca de su orden de la pesada cadena y la dejó colgar orgullosamente sobre su pecho.

El rosetón del Santo Ordo Hereticus. Los cazadores de brujas de la Inquisición.

El Inquisidor Gofrey cargó contra el torbellino de tumultos en la cámara, los fuegos de su fe ardían con un calor infernal en su pecho. La bruja Celestine moriría, y todos verían en el momento de su caída que no era más que un demonio tentador enviado para alejarlos de la luz del Emperador.

Gofrey contempló su forma alada delante y gruñó una orden a sus esclavos. Como uno solo, avanzaron con sus armas levantadas.

En un corredor repleto de humo, cubierto de cuerpos, el mayor Blaskaine permanecía agazapado detrás de una pila de sacos de arena. Sangraba por varias heridas de bala y ya casi no podía sentir la pierna. La carne se había desgarrado alrededor de varias de sus toscas suturas médicas y más sangre empapaba su uniforme. Apenas importaba ahora, pensó. Debía haberle dado a Kasyrgeldt el tiempo suficiente. El Emperador podría concederle ese deseo, ¿no?

Balas golpearon su barricada. Todavía quedaban algunos cadianos, disparando sus rifles láser contra el enemigo desde posiciones de cobertura cercanas. Pero eran una fuerza agotada, y el enemigo se estaba concentrando para un último avance.

Blaskaine volvió a comprobar la carga de su pistola láser. Ya casi estaba agotada. Todavía quedan algunas rondas, pensó. Tal vez la última fuera para él mismo. Pero no, no podía desperdiciarlas. Cada disparo era para otro hereje contra el que sus soldados, sus guerreros, no tendrían que luchar.

—Que esto sea suficiente —dijo mientras escuchaba que los cánticos del enemigo alcanzaban un punto álgido—. Emperador, ruego que esto sea suficiente para saldar mis deudas. Que esta sea mi expiación. Déjame ser perdonado. Y guárdame un asiento al lado de la capitana Maklen en tu mesa, ¿eh?

Volvió a pensar en la Santa, guiando a los fieles supervivientes a la victoria en Kophyn a pesar de todas las probabilidades en su contra.

Era suficiente. Blaskaine se puso de pie. Levantó su pistola temblorosamente hacia la neblina roja y apuntó con un ojo a las figuras que se arremolinaban y se ocultaban en la oscuridad. Disparó una vez, luego otra, luego una más. Al menos acertó a uno, y estuvo seguro de ver caer a otro cultista. Un último hereje enviado a la condenación antes de su final. De repente, una lluvia de fuego en respuesta destrozó la barricada y su cuerpo, convirtiéndolo en jirones sangrientos.

El cuerpo de Charn Blaskaine cayó al suelo, pero no sintió dolor. Solo la tranquila sonrisa de aceptación se extendía por su rostro cuando el mundo se desvaneció por un túnel oscuro y la luz del Emperador floreció ante él.

—Alabado sea… el Emperador... —susurró, y ya no supo más.

La Hermana Meritorius corrió a través del ferrocemento abierto, con el fuego enemigo azotando a su alrededor. Disparó, lanzando proyectil tras proyectil contra los herejes detrás de la barricada, haciéndolos estallar. Su fe era un fuego ardiente. La Santa los estaba conduciendo a la victoria. Mientras observaba, Celestine deslizó su espada y le quitó la cabeza a otro de los gigantescos líderes enemigos.

Era el último de ellos.

El enemigo había sido asesinado.

Solo quedaba el Motor de Guerra.

—Hermanas, rifles de fusión —ordenó Meritorius por el comunicador—. Ábrannos un camino. Sin lugar a dudas, el malvado amo del enemigo se encuentra más allá de este portal.

Varias Hermanas de Batalla avanzaron, acompañadas por un puñado de especialistas en armas cadianos con sus propias armas de fusión. Vertieron fuego de microondas en el mamparo hasta que éste brilló y se estremeció. El mamparo comenzó a combarse cuando el fuego lo devoró, y Meritorius blandió su espada mientras se preparaba para enfrentarse a lo que fuera que moraba más allá. La nota disforme de aserrado en el aire se elevó en tono y vehemencia, convirtiéndose en un rugido de chatarra. Miró a la Santa, que estaba lista encima de una barricada con sus Geminae Superia flanqueándola. El rostro de Celestine era sereno, su calma absoluta. Meritorius sacó fuerzas de ello.

Detrás suyo, Meritorius escuchó una conmoción. Miró a su alrededor con una súbita premonición de temor. Un escuadrón de cadianos corría hacia adelante, sus rostros extrañamente inexpresivos, y entrecerró los ojos cuando vio que Unctorian Gofrey los acompañaba. El ceño de Meritorius se profundizó cuando su mirada se posó en el talismán colgado alrededor del cuello de Gofrey. Sintió un momento de perplejidad mientras absorbía la importancia de la roseta inquisitorial. Luego se fijó en el ángulo en el que los cadianos empuñaban sus armas, el zumbido del arma de plasma en la retaguardia del escuadrón y la máscara de ojos desorbitados de Gofrey.

Tal vez, si hubiera sobrevivido algún psíquico dentro de la fuerza imperial, podrían haber sentido los movimientos de los poderes empíricos que se usaban entre las filas de Cadia y alertar a sus superiores.

Quizás esos psíquicos habrían advertido a sus amos sobre el poder puro que percibían, acechando en algún lugar dentro de las filas imperiales. La potente combinación de poder psíquico y absoluta convicción se cernía como una nube tormentosa sobre todos ellos. El peligro de que las energías de la Gran Fisura hubieran contaminado ese poder.

Pero la fuerza no tenía psíquicos. Ninguno excepto el Inquisidor Unctorian Gofrey, un brujo enviado en secreto para encontrar brujos, un extremista de lo más despiadado y decidido. Un hombre para quien lo que no se originaba en la carne, la sangre y el hierro era para su propia

naturaleza profano y sospechoso. Un hombre que veía brujería a cada paso y solo tenía una solución para tratar con ella.

—¡Santa! —gritó Meritorius, tratando de interponerse entre los cadianos y la Santa. Las Geminae de Celestine fueron más rápidas y, cuando los rifles láser destellaron, los dos Serafines blindadas se interpusieron en el camino de los disparos. La Hermana Intolerus fue derribada en el aire, la mitad de su rostro desaparecido. La Hermana Indómita capeó la tormenta de disparos láser y devolvió el fuego, derribando a dos cadianos.

Gofrey aulló y Meritorius vio que sus ojos brillaban con un poder sobrenatural. La Hermana Indómita fue lanzada hacia un lado por una fuerza invisible, aplastada por el aire como por la mano de un dios petulante. Golpeó la pared del fondo de la cámara con una fuerza quebrantadora de huesos y cayó, inerte como una muñeca de trapo.

Meritorius abrió fuego contra Gofrey mientras, a su alrededor, las fuerzas imperiales se volvían asombradas y confundidas al ver el conflicto en el centro de su avance. Los rayos de Meritorius fueron interceptados por los cuerpos de los esclavos de Cadia, que se arrojaron en el camino de su fuego sin dudarlo un momento.

A cambio, sus compañeros abrieron fuego contra Meritorius y la obligaron a buscar refugio.

La Santa se volvió con una mirada de suma tristeza en su rostro.

—Unctorian Gofrey, no es necesario que haga esto —dijo, y aunque no levantó la voz, se oía el sonido de los disparos, el zumbido del canto fúnebre, el siseo del metal derretido y el crepitar de los fuegos—. Su fanatismo le ha cegado y convertido en una herramienta involuntaria del enemigo, y en su fanatismo y miedo dirige su odio hacia lo que no comprende, aunque sea un regalo del Emperador para usted.

—Mentiras de bruja —escupió Gofrey, y sus ojos brillaron de nuevo. Meritorius observó horrorizada cómo un transportador de carga con orugas del tamaño de un tanque pequeño era arrojado a través de la cámara. Celestine se hizo a un lado, evadiendo la masiva máquina, que, en cambio, se estrelló contra el mamparo debilitado y atravesó el metal reblandecido para estrellarse contra la cámara más allá.

El canto fúnebre de disformidad redobló su volumen. Meritorius divisó en el espacio más allá del mamparo una masa de pesadilla de engranajes y pistones de latón y hornos rugientes, músculos ensangrentados y carne

cosida y ojos fijos, pantallas cogitadoras desplazando runas y lentes llameantes, todo estampado una y otra vez con la runa del cráneo del Dios de la Sangre Khorne.

Los cadianos más cercanos al mamparo que se derrumbaba gritaron aterrorizados cuando los zarcillos de metal segmentados y los cables enrollados se deslizaron desde la oscuridad. Arrancaron extremidades y perforaron cuerpos para derramar chorros de sangre. Se enroscaron alrededor de cuellos y arrancaron cabezas de hombros, arrastrando los cráneos cercenados de vuelta a la masa de la abominación demoníaca.

—¿Es ese el Motor de Guerra? —graznó Meritorius, horrorizada. Su cordura amenazó con quebrarse bajo la tensión de la vista, y solo su fe recién restaurada la mantuvo firme. Luego escuchó una nueva erupción de disparos y retrocedió a tiempo para ver a Santa Celestine descender sobre los cadianos de Gofrey. La Santa atacó con la parte plana de su espada, golpeando a un hombre y luego girando y alcanzando a una mujer para dejarla inconsciente en el suelo. A cambio, el fuego láser resonó en la armadura de la Santa y una granada de fragmentación cayó a sus pies. Celestine pateó el explosivo y luego clavó su puño en el rostro de otro cadiano, aplastándolo.

Recuperando el juicio y viendo a la Santa en peligro, un puñado de cadianos del grupo de asalto beta levantaron sus rifles láser y avanzaron hacia Gofrey, gritándole que cesara su ataque. Valientes, pensó Meritorius, desafiando el sello inquisitorial. Su valentía les valió la muerte, ya que Gofrey no tenía la moderación de Celestine y aplastó los cráneos de los cadianos con un giro de su mente.

—¡Ella no es una santa! —gritó Gofrey—. ¡Es una bruja demoníaca, enviada para llevarles a la condenación! ¡Dirijan sus armas contra ella en nombre de la Santa Inquisición!

Algunos de los cadianos permanecieron boquiabiertos, confundidos, al igual que la mayoría de los predicadores imperiales. Sin embargo, los cadianos se encontraban entre los soldados mejor entrenados y disciplinados de todo el Astra Militarum y, en ausencia de un oficial al mando del que derivar sus órdenes, la mayoría tomó decisiones rápidas en cuanto a su lealtad. Tal vez el treinta por ciento obedecieron la orden de Gofrey. El resto eligió su fe en la Santa, y mientras Meritorius observaba horrorizada, la cámara descendía a la guerra civil, los escuadrones cadianos

volvían las culatas de sus armas y los puños unos contra otros. Vio que pasarían escasos momentos antes de que estos exhaustos y muy nerviosos guerreros perdieran sus últimas dudas y comenzaran a dispararse.

Y pese a todo, los tentáculos del Motor de Guerra se deslizaban más en el interior de la cámara, y su rugido aumentaba en volumen.

Fue entonces cuando Meritorius supo lo que debía hacer.

—Hermanas —ladró a través de su comunicador—. Esta discordia sólo sirve a nuestro enemigo. Tengan fe en que la Santa vencerá a este falso Inquisidor. Debemos desterrar lo que vinimos aquí a desterrar. Debemos acabar con el Motor de Guerra.

Dicho esto, le dio la espalda a Celestine, que ahora combatía en medio de una masa de cadianos trabados en una pelea, y avanzó hacia el horror con tentáculos más allá del mamparo. Meritorius levantó su bólter y comenzó a rezar, pronunciando las resonantes palabras en Alto Gótico del Rito del Destierro. Su arma abrió fuego, enviando proyectil tras proyectil azotando el mamparo para perforar la carne del demonio y lanzar chorros de sangre de su masa.

La descarga se intensificó cuando las Hermanas de Meritorius se unieron a ella, los proyectiles bólter y los disparos de las armas de fusión desgarraron al convulsionado demonio. Su rugido se hizo más fuerte, más furioso a medida que sus engranajes se aplastaban y su carne se rompía, las pantallas de los cogitadores se hacían añicos, los ojos estallaban y los hornos derramaban su abundancia de cráneos llameantes.

Meritorius se percató de que los cadianos se habían unido a ella, sus rostros sombríos mientras luchaban para completar la tarea que el Emperador les había encomendado. No todos, sin embargo; la visión de este horror demoníaco había sido demasiado para algunos de los valientes soldados, y enloquecieron de terror o cayeron de rodillas, arañando sus propios rostros ensangrentados.

Los zarcillos arremetieron, atravesaron a un hombre a su derecha y lo partieron en dos. Un tentáculo de metal segmentado revestido con cuchillas azotó la cintura de la Hermana Penitencia y la arrastró hacia adelante. Penitencia seguía gritando su odio y disparando su bólter contra la masa del monstruo aún cuando la arrojaron en las fauces de un horno en llamas.

Sin embargo, el demonio temblaba y se estremecía, su carne se había vuelto translúcida a medida que flaqueaba su control sobre la realidad.

—¡Oren, hermanas! —gritó Meritorius—. ¡Sigan disparando!

Fue entonces cuando escuchó el distintivo gemido y grito de una pistola de plasma disparando detrás suyo, y un repentino coro de gritos horrorizados.

—¡La Santa!

—¡Emperador, no!

—¡Quemen a la bruja! —llegó el furioso grito de Gofrey.

—¡Herejía! —aulló otra voz, llena de indignación y furia.

—¡Mantengan la posición, miren hacia adelante, no cedan! —exclamó Meritorius, gritando internamente de frustración. Tenía que saber lo que sucedía a sus espaldas, pero ceder, aunque fuera por un instante sería dejar que la bestia se recompusiera y los consumiera a todos.

—¡Granadas! —ladró Meritorius, sosteniendo un puñado de cargas krak y arrojándolas a la masa estremecedora del demonio que había convertido a Kophyn en su propio matadero privado. Siguieron más cargas, surcando el aire en forma de nube y entrando ruidosamente en la cámara del demonio para implosionar con una fuerza feroz.

El Motor de Guerra se agitó y se estremeció enormemente. Su rugido digitalizado alcanzó un crescendo ensordecedor y sus tentáculos de carne y metal azotaron una y otra vez, pero ahora su desgarrado cuerpo estaba ardiendo. Su icor caía en gotas por el suelo de la cámara, y en algunos lugares empezaba a volverse transparente y luego a desvanecerse por completo. Trozos de maquinaria cayeron ruidosamente al suelo, ya no contenidos dentro de la corrupta masa de carne demoníaca. Los cables chispearon. Los motores del cogitador resonaron hasta quedar en silencio.

—¡Lanzallamas! —ordenó Meritorius, y los valientes soldados avanzaron a través del nido de agitados miembros para descargar chorros de fuego sobre la abominación que se desintegraba. Varios pagaron el precio máximo por su valentía.

Meritorius disparó una y otra vez hasta que su cargador se agotó y colocó uno nuevo en su lugar. Ignoró los sonidos de los disparos, los gritos y el choque de las espadas detrás suyo, silenció el estruendo de la voz de Gofrey y los gritos de los heridos, y siguió disparando.

Anekwa Meritorius cumplió con su deber.

Por fin, el Motor de Guerra estalló con una ráfaga explosiva de vientos calientes y sangre atomizada, y un grito de muerte tan ensordecedor que

hizo que los lentes se rompieran y los oídos sangraran.

Por fin, con la abominación muerta ante ella, Meritorius fue libre de volverse y contemplar el horror que se había forjado a sus espaldas.

El Inquisidor Gofrey podía sentir la sangre manando de su nariz, lloriqueando por sus mejillas desde los ojos que ahora debían estar rojos por los vasos reventados. Había empujado a docenas de soldados cadianos a su causa con tanta fuerza que había matado a casi tantos como había cautivado exitosamente. No le importaba. Era un hombre desleal que se resistía al costo de hacer la voluntad del Emperador.

Sin embargo, aún no estaba hecha. La armadura de la Santa estaba agrietada y ennegrecida donde los rayos láser habían perforado su cuerpo. Se había desprendido de su molesto retrorreactor después de que Gofrey hubiera aplastado una de sus finas alas con su mente. Su rostro era una máscara de sangre donde la espada de un sargento cadiano le había abierto el cuero cabelludo, pero sus ojos seguían fijos en Gofrey con furiosa intensidad.

Otros cadianos, aquellos demasiado perdidos por la herejía para escuchar la advertencia de Gofrey, se habían unido a ella. Ahora se le acercó con la espada levantada, y los alguna vez orgullosos soldados del Astra Militarum se desollaron unos a otros con disparos a quemarropa.

—¡Esta herejía termina ahora! —rugió Gofrey, y empujó con fuerza a su artillero de plasma. El primer disparo del hombre había sido detenido por una cadiana que se lanzó desinteresadamente en el camino del disparo. Decidido a evitar que volviera a ocurrir lo mismo, Gofrey centró su voluntad y, con un grito de dolor, apartó a golpes a los soldados que se interponían entre él y la falsa Santa. Cuerpos se desplomaron, huesos se rompieron y algo en la mente del Inquisidor se desgarró.

—Ahora —gruñó, a través de la ola de agonía al rojo vivo—. ¡Sobrecarga y dispara!

Su esclavo obedeció, las bobinas de la pistola de plasma del hombre brillaron, sus condensadores gritaron mientras acumulaban su ferocidad. La falsa Santa percibió el peligro y se movió, pero demasiado tarde. Hubo un destello cegador, un aullido de descarga energética, y Celestine fue

golpeada de lleno en el pecho por una voraz bola de plasma ardiente como el sol.

El disparo la levantó del suelo y la arrojó hacia atrás para estrellarse contra el metal destrozado de una barricada. Jadeó de dolor, y bien podía hacerlo, porque Gofrey vio con viciosa satisfacción que su pecho era una ruina fundida de armadura derretida y carne y huesos ennegrecidos. Cómo era que la maldita mujer todavía respiraba con semejante agujero en ella estaba más allá de su comprensión, pero Gofrey sabía que ahora era su momento. Mientras los incrédulos gritaban consternados por la caída de su Santa, Unctorian Gofrey caminó hacia ella, su visión brillando carmesí en los bordes.

—¡Ahora, bruja! ¡Ahora, demonio! ¡Ahora viene el juicio de la Santa Inquisición! ¡Ahora llevaré a cabo el trabajo del Emperador y te derribaré, para que las vendas de los ojos caigan de todos los que te han seguido hasta la condenación!

Fue entonces, mientras estaba de pie junto a la ensangrentada y jadeante falsa Santa, que algo rugió y golpeó a Gofrey en la espalda con la fuerza de un mazo. El mundo se sacudió, y le tomó un momento darse cuenta de que había caído de rodillas, toda su espalda reducida a una masa ardiente de agonía. Gofrey buscó a tientas detrás de sí mismo y su palma emergió goteando líquido rojo.

—¿Qué…? —graznó.

La capitana Kasyrgeldt cargó su escopeta y avanzó hacia el predicador derribado. De alguna manera, todavía estaba de pie, a pesar del disparo de gran calibre que había descargado en él. Ignoró resueltamente la forma herida de Santa Celestine más allá de él, para que la vista no la deshiciera por completo. ¿Qué diablos había pasado aquí?, se preguntó.

—¡Todos los soldados cadianos, retírense y bajen las armas inmediatamente! —ladró, su voz transmitiendo más autoridad de la que sentía. A su alrededor vio a los soldados retroceder con alivio, otros sacudiendo la cabeza y secándose las narices sangrantes como si salieran de algún tipo de trance. Un hombre apuntó su arma hacia ella, pero los soldados a cada lado lo golpearon instantáneamente. Nadie más reaccionó.

Imposiblemente, la Santa se estaba poniendo de pie, la sangre corría por sus piernas desde la catastrófica herida en su torso.

—Santa Celestine, por favor, no intente moverte —instó Kasyrgeldt, y luego gritó pidiendo un medicae. Celestine negó con la cabeza y dio pasos cuidadosos y firmes hacia Gofrey, con la espada en una mano temblorosa.

—Unctorian Gofrey, su fanatismo y su miedo le han cegado, y le han convertido en un instrumento del enemigo —dijo la Santa con voz áspera, mientras la sangre le goteaba por la comisura de la boca.

—Mentiras —siseó Gofrey, todavía tratando de erguirse a pesar de los perdigones que le habían roto la columna. Kasyrgeldt frunció el ceño al sentir oleadas de fuerza que emanaban del sacerdote caído, luego se quedó sin aliento cuando vio que esas mismas fuerzas agitaban su túnica y lo levantaban.

—En la misma guarida de la abominación que esclavizó este mundo a la voluntad de los Dioses Oscuros, puso a los nobles guerreros del Emperador unos contra otros en el momento de su triunfo —dijo Celestine con voz áspera—. No es mejor que Horus el traidor. Hereje le llamo, *traitoris extremis*.

—*No escuchen sus mentiras* —gritó Gofrey, apopléjico de rabia, y Kasyrgeldt percibió claramente la locura en la voz del hombre. Los exhaustos cadianos miraban desde todos los lados, sin saber si interceder, si ayudar a la Santa o contener a su ensangrentado agresor, cautelosos aún del escudo inquisitorial que colgaba de su cuello.

—Ha profanado la fe del Emperador y ha hecho de ella un látigo con el que aguijonear a su prójimo —escupió Celestine, levantando su espada con las dos manos—. Usted no cree en la voluntad del Emperador, sino que invoca Su nombre para excusar sus propios y monstruosos actos. Siento amor y simpatía en mi corazón por cada alma leal, sin importar cuán descarriadas o perdidas puedan estar. Pero a usted, Unctorian Gofrey, su propio fanatismo le ha transformado en lo que más odiaba, y la oscuridad disminuirá con su muerte.

Kasyrgeldt sintió que fuerzas antinaturales se arremolinaban alrededor de Gofrey y gritó una advertencia a la Santa. La espada de Celestine atravesó el aire, un rayo de plata en medio de la penumbra, y la cabeza del Inquisidor cayó al suelo ensangrentado. Su cuerpo lo siguió, la presión zumbante abandonó el aire mientras los poderes de Gofrey morían junto

con su mente. Al instante siguiente, la Santa cayó a su vez, su espada se deslizó de su agarre y sus ojos rodaron hacia su cráneo.

1er DÍA DE PAZ – 0616 HORAS IMPERIUM NIHILUS – PLANETA KOPHYN DISTRITO SHAMBACH ORE – LO:800-8/LA:631-2

Llevaron a Santa Celestine a través de las minas y al frío aire de la noche. Meritorius permitió que la capitana Kasyrgeldt la ayudara a ella y a sus Hermanas a sacar a la Santa de la guarida del demonio. Las lágrimas corrían por sus rostros mientras caminaban, majestuosas y sombrías, llevando a Celestine sobre un improvisado féretro.

El resplandor carmesí había desaparecido de los túneles, de modo que solo los globos luminosos desnudos alumbraban su camino. El horrible zumbido fúnebre se detuvo en el instante en que el Motor de Guerra desapareció. Ahora reinaba el silencio, y en él el tintineo del equipo de guerra y el gemido de los servos de las armaduras eran tan fuertes como la respiración entrecortada de Celestine. Los cadianos estaban demasiado exhaustos, o demasiado estoicos, para lanzar algún tipo de grito de duelo por la Santa caída, y cuando los sacerdotes intentaron exhortarlos, Meritorius los silenció con una fría mirada.

Este no sería un grotesco espectáculo de fanatismo. Había sido testigo de adónde conducían tales perversiones de la fe imperial a un hombre, y su cuerpo ardía en su espalda, consignado a los mismos fuegos que el demonio. Meritorius sabía que sería digna, porque era lo que se merecía.

Depositaron a la Santa sobre las losas de piedra del patio por donde habían entrado a las minas. Colocaron a sus destrozadas hermanas Geminae a su lado, ofreciéndoles el mismo honor en la muerte que su ama. Los médicos de Cadia hicieron lo que pudieron, aplicando geles y vendajes, pero expresaron sus dudas de que Celestine recuperara la conciencia, y mucho menos sobreviviera a sus terribles heridas.

Y entonces Meritorius y Kasyrgeldt permanecieron de pie, atendiendo a la Santa mientras su respiración entraba y salía, sin saber qué más hacer. Los ayudantes iban y venían, proporcionando a la capitana cadiana informes de pizarra de datos que revisó rápidamente antes de murmurar órdenes y enviar a sus subordinados a toda prisa. Meritorius asintió con aprobación. El mayor Blaskaine había tenido razón al promocionarla. El mando era algo natural en ella.

—Escuchen, la lucha ha cesado —dijo Kasyrgeldt.

Meritorius se dio cuenta de que la cadiana tenía razón. Podía oír fuegos ardiendo, voces que lloraban pérdida, desconcierto o dolor, pero no disparos.

—La ciudad languidece bajo un manto mortuorio —dijo—. ¿Se supone que, con el destierro del demonio, se ha roto su influencia sobre la población?

—Me temo que la verdad es bastante más sombría —dijo Kasyrgeldt mientras escaneaba una placa de datos que le entregó uno de sus ayudantes

—. Estamos recibiendo informes de suicidios en masa entre las fuerzas del culto. Se corresponden con la desaparición del demonio.

—¿Todos? —preguntó Meritorius, horrorizada. Miles y miles, quitándose la vida al unísono, pensó. Y todos una vez sirvientes leales del Emperador.

—Todos —confirmó Kasyrgeldt.

—Tal vez sea mejor —dijo Meritorius—. Estaban irrevocablemente contaminados. No habría habido perdón para ellos de este lado de la tumba.

—Me alegro de que no estén todavía en el campo y buscando venganza —dijo Kasyrgeldt—. Temía que, en el mejor de los casos, esta fuera una victoria pírrica y, sin embargo, aquí estamos. Gracias a ella. —Miró hacia abajo a la propensa forma de la Santa—. ¿Deberíamos recitar algunas oraciones?

—Mis Hermanas ya lo hacen, pero si alguno de sus soldados desea unirse a ellas, parecería apropiado —dijo Meritorius—. El Emperador debería conocer la victoria a la que la Santa nos llevó hasta este día, y nuestra gratitud hacia ella.

—La conoce... —llegó la voz áspera de Celestine cuando sus ojos se abrieron. Se arrodillaron a su lado.

—Descanse, mi señora, no se esfuerce —dijo Kasyrgeldt—. Ha sido gravemente herida.

Celestine le ofreció a la cadiana un irónico intento de sonrisa.

—Veo que el talento cadiano para la subestimación... todavía sobrevive —susurró, y una nube pasó por su rostro—. Lo siento... lo siento, capitana. Luché en la caída de su mundo y... no pude salvarlo.

Kasyrgeldt pareció quedarse sin palabras, por lo que Meritorius habló por ella.

—Santa, nos ha conducido a una gran victoria sobre Kophyn con la luz de su fe. —Ahora se estaban reuniendo más soldados, cadianos y Hermanas de Batalla e incluso algunos petroleros astorosianos supervivientes que formaban una sombría multitud alrededor de la Santa caída. Muchos tenían heridas curadas apresuradamente, mientras que otros se apoyaban en pistolas láser como muletas improvisadas. Aun así, solo tenían ojos para Celestine, y Meritorius pensó brevemente que debían asemejarse a alguna escena de las Escrituras. Quizás, si alguna vez escapara de este mundo, se encargaría de que el momento fuera recreado en vidrio o tapiz.

—Luché a su lado, y... —hizo una pausa, ahogándose—. Ofrecí el consejo del Emperador, nada más. Fue su fe, su fuerza y coraje, su determinación... lo que les regaló la victoria en este día. —Alrededor del círculo, los soldados heridos se irguieron un poco más rectos, con fuego encendiéndose en sus ojos ante las palabras de la Santa. Meritorius sintió una oleada de tremendo amor por Santa Celestine en ese momento, porque la había ayudado a avivar los fuegos de su propia fe nuevamente y ahora ardían más que nunca.

«El demonio ha sido desterrado, ¿sí? —preguntó Celestine, tosiendo dolorosamente. Su puño cerrado regresó de sus labios rojos como arterias.

—Desde luego, Santa —respondió Meritorius—. Lo matamos con disparos, explosiones y llamas.

—Una inspección inicial sugiere que el Motor de Guerra era tanto una máquina como un demonio —dijo Kasyrgeldt—. Nuestros ingenieros están trabajando en la hipótesis de que los lugareños tenían algún tipo de máquina pensante de la Edad Oscura escondida aquí arriba, y que por alguna razón la activaron cuando llegó la Grieta. Solo podemos adivinar sus motivaciones, o cómo la inteligencia de la máquina llegó a ser corrompida por una entidad demoníaca, pero… —Kasyrgeldt se detuvo cuando sintió que todos la miraban.

Esta era una oficial que reducía todo a datos para hacer frente a la pérdida, se percató Meritorius.

La Santa colocó su mano sobre la de Kasyrgeldt y asintió levemente.

—Gracias, capitana. Es bueno... saber la naturaleza de la corrupción a la que hemos puesto fin aquí hoy. Pero existe la bendita ignorancia, porque el demonio corrompe a aquellos que buscan comprender en lugar de aborrecer. Queme… todo lo que quede, y haga que sus sacerdotes purguen su… —La Santa se interrumpió cuando otro ataque de tos la sacudió.

—Por supuesto, mi señora —dijo Kasyrgeldt.

Meritorius sintió un ligero calor en la nuca. Miró hacia arriba y vio que las primeras luces del sol del amanecer se deslizaban por el pico de la montaña.

—¿Qué hacemos ahora, Santa? —preguntó, mirando hacia abajo.

—Han servido —dijo Celestine, su voz vacilando hasta convertirse en un susurro—. Han encontrado la fe y el deber en sus interiores... tienen que esforzarse todos los días para mantenerlos en sus corazones. Son los

soldados del Emperador, y llevarán su luz hacia... los lugares más oscuros sin... sin miedo ni dudas.

—Mi señora, haremos lo que nos pida —dijo Kasyrgeldt—. Pero me temo que nunca lo haremos más allá de los límites de este mundo, porque no tenemos manera de escapar de él.

—El Emperador... provee —susurró Celestine con una sonrisa.

El aliento de la Santa resonaba dolorosamente en su pecho destrozado. Seguramente, pensó Meritorius, no tenía mucho tiempo. Los rayos del sol iluminaban el pico de la montaña mientras el cielo se teñía de azul pastel y rojizo sobre ellos. Una lanza de luz solar cayó sobre el patio, y los soldados reunidos se quedaron boquiabiertos cuando coronó a Celestine con un halo parpadeante. Meritorius creyó haber visto paz en los ojos de la Santa en ese momento, pero también algo más, una sensación de aprensión, tal vez.

—¡Señora! —se oyó un grito cuando un oficial de comunicaciones se abrió paso a través del círculo para llegar al lado de Kasyrgeldt—. ¡Señora, es un maldito milagro!

Kasyrgeldt le lanzó al hombre una mirada penetrante.

—Strevsky, muestre un poco de respeto —le espetó en voz baja—. Ahora, ¿qué sucede? ¿Qué es un milagro?

—Naves, señora —dijo Strevsky, convenientemente escarmentado pero todavía ardiendo de emoción—. Hay naves de la Armada Imperial en órbita solicitando hablar con nuestro oficial superior.

—¿Como puede ser? —preguntó Kasyrgeldt con asombro—. Estábamos aislados. Nadie sabía que nos encontrábamos aquí.

—Visión astropática, señora —dijo Strevsky—. El capitán no fue muy claro, pero parece que alguien vio algo divino, una figura dorada que los guió a través de las tormentas y los trajo aquí, ahora...

—El Emperador provee —susurró Meritorius. Miró a Celestine, pero sus palabras de agradecimiento murieron en sus labios. Los ojos de la Santa se habían vuelto vidriosos y ya no pestañeaban. Su cuerpo había quedado completamente inmóvil.

Santa Celestine había pasado más allá del velo.

Más allá

Fue consciente, de forma súbita y violenta.

Sus ojos se abrieron de golpe y una luz roja infernal entró a raudales. Jadeó y se sentó, dirigiendo una mano a su destrozado pecho. Lo encontró entero debajo de la palma de la mano, la tela de su camisola intacta, la carne por debajo sin marcas.

Parpadeó cuando su visión regresó lentamente, al percibir la montaña ósea sobre la que se había despertado. No sabía su nombre, ni dónde estaba, ni cómo había llegado hasta aquí. Mientras el pánico la amenazaba, sintió un ligero calor en la mejilla, como la luz de una vela o el roce de unos pequeños y cálidos dedos.

En ese momento supo que debía seguirlo, y que, si lo hacía, eventualmente todo estaría bien.